



EUROPA, ¿OTOÑO O PRIMAVERA?

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

MIGUEL ARIAS CAÑETE

JUAN LUIS ARSUAGA

JOSEP BORRELL

IGNACIO CAMACHO

ARACELI MANGAS

CRISTINA MANZANO

CÉSAR ANTONIO MOLINA

MERCEDES MONMANY

ENRIQUE MORADIELLOS

VICTORIA PREGO

JUAN CLAUDIO DE RAMÓN

IGNACIO S. GALÁN

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

JOSÉ IGNACIO TORREBLANCA

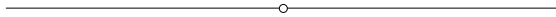
ALFONSO GUERRA (EDITOR)

zenda
Autores, libros y compañía

IBERDROLA



Europa, ¿otoño o primavera?



Ensayos

Ensayos

Alfonso Guerra (Editor)

Miguel Ángel Aguilar

Miguel Arias Cañete

Juan Luis Arsuaga

Josep Borrell

Ignacio Camacho

Araceli Mangas

Cristina Manzano

César Antonio Molina

Mercedes Monmany

Enrique Moradiellos

Victoria Prego

Juan Claudio de Ramón

Ignacio S. Galán

José Manuel Sánchez Ron

José Ignacio Torreblanca

Director editorial

Arturo Pérez-Reverte

Editor

Alfonso Guerra

Coordinación

Leandro Pérez y Miguel Munárriz

Textos

© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

Ilustración de cubierta

© Fernando Vicente

Diseño y maquetación

trestristestigres.com

Primera edición

mayo de 2023

Depósito legal

A 193-2023

Edita

Zenda - Ruritania Editores S.L.

Impreso en España

[Gráficas Cervantes, C.B.](#)

El papel con el que se ha impreso este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice

- 9 Introducción: *Más Europa*, Ignacio S. Galán
- 16 Prólogo: *Europa, ¿otoño o primavera?*, Alfonso Guerra (Editor)
- 45 *¿Otoño o primavera?*, Miguel Ángel Aguilar
- 59 *La defensa de los valores en que se fundamenta la Unión Europea*, Miguel Arias Cañete
- 76 *El método*, Juan Luis Arsuaga
- 89 *La primavera geopolítica de Europa*, Josep Borrell
- 101 *Un violín bajo la tormenta*, Ignacio Camacho
- 116 *Entre la primavera de la esperanza (unidad de acción europea) y el invierno de la desesperación (impotencia militar)*, Araceli Mangas
- 134 *Reivindicación de la Europa menopáusica*, Cristina Manzano
- 148 *Los fantasmas de Europa*, César Antonio Molina
- 169 *Europa y las leyendas de frontera*, Mercedes Monmany
- 187 *La Unión Europea en el laberinto global: una mirada histórica a sus logros y retos*, Enrique Moradiellos
- 203 *Europa ante la falta de una Política Exterior común*,
Victoria Prego
- 210 *Hay bellos otoños: notas sobre el futuro de Europa*, Juan
Claudio de Ramón

228 *El otoño de Europa*, José Manuel Sánchez Ron

252 *La Unión Europea ante la guerra de Ucrania*, José Ignacio
Torreblanca

267 *Autores*

Introducción



Más Europa

Ignacio S. Galán

Para mi generación, ser europeísta era la promesa creíble del camino expedito a una democracia consolidada, y a una economía de mercado orientada al bienestar social de todos los españoles. Creíamos que la apertura al exterior y a la modernidad permitirían a España alcanzar el lugar relevante que le correspondía en el continente y en el mundo. Cuántas veces lo he hablado con mi querido Manuel Marín, un gran español y un gran europeo.

Hoy sigo creyendo firmemente que ese modelo “a la europea”, que trasciende cualquier falso antagonismo entre competitividad y solidaridad, es también la respuesta a los nuevos y graves desafíos que se nos plantean. La Unión Europea ya no debe buscar, como hace ochenta años, arbitrar mecanismos de equilibrio y concordia entre sus miembros, sino establecer un marco común que le permita, como a la España de los ochenta, ejercer el papel global que merece.

Como muchas de las prestigiosas personalidades que firman estos artículos, todos admirados y algunos grandes amigos, he sido testigo privilegiado de cómo las esperanzas

que depositábamos en la construcción comunitaria se hicieron realidad para España y también para el resto de Europa. Algunas oportunidades cristalizaron tal y como esperábamos, y otras se frustraron o quedaron a medio camino, pero creo que la razón nunca fue el proyecto europeísta, sino más bien su insuficiente avance.

En los tiempos de la caída del muro de Berlín, trabajaba en la ciudad alemana de Soest dirigiendo una planta industrial. De la noche a la mañana, un país consolidado y próspero se marcó el objetivo de la reunificación. ¿Cómo abordar la convergencia de realidades tan dispares sin lastimar el proyecto común de una nueva República Federal? Al margen del gran mérito planificador y de ejecución que corresponde reconocer a los alemanes, uno de los secretos de su éxito fue que la cuestión nunca se planteó como una mera problemática nacional, sino como una oportunidad para todo el continente. Y la sociedad europea estuvo a la altura: la reunificación alemana fue al alimón del tratado de Maastricht y de un período de grandes avances para la integración.

Volviendo a España, ¿quién puede negar la transformación política, económica y social que el país ha conocido en las últimas décadas de la mano de la integración en la Unión Europea? También lo viví de primera mano en Euskadi, cuando un grupo de políticos, empresarios y responsables

de otras instituciones de la sociedad civil abordamos con decisión una reconversión industrial que era imprescindible y que también tuvo siempre un horizonte europeo. Fruto de la negociación, de la generosidad y de la valentía de todos, se superaron todos los obstáculos: el Bilbao que conocemos hoy simboliza muy bien el éxito de esa transformación.

En definitiva, la integración europea ha sido un factor clave para nuestro progreso político, económico y social. Es un proyecto imperfecto, siempre inacabado, pero, si lo vemos con perspectiva histórica, queda patente su valor.

No tengo la pretensión de aportar respuestas definitivas, pero sí quiero compartir un convencimiento. Los problemas de hoy no son los de ayer, pero la solución sigue siendo la misma: más Europa.

En 1988, el economista italiano Cecchini escribió aquel conocido informe sobre el “coste de la no Europa”, dando origen a un ejercicio que sigue siendo imprescindible realizar de forma periódica. ¿Cómo habríamos abordado la pandemia o la guerra en Ucrania sin una Europa unida? Una vez más, las crisis han sido también oportunidad de avances estructurales: la gestión de las vacunas, los fondos europeos de recuperación, la respuesta unida a la situación en Ucrania... Pocos dudan de que, en estas encrucijadas, la fragmentación nos habría llevado al fracaso.

Pero no debemos caer en el engaño: si la Unión nos muestra la salida en los momentos de crisis –que ojalá sean puntuales– es porque también nos hace más fuertes de forma permanente. Esa es la gran lección que debemos aprender. Por eso mismo, debemos buscar también en Europa la solución a esos otros problemas estructurales que, desgraciadamente, no desaparecerán por un ejercicio puntual de coraje.

Un ejemplo claro de ello es la respuesta a ese gran desafío que tenemos ante nosotros, el cambio climático. Si queremos convertir nuestras debilidades en fortalezas, debemos liberarnos de la dependencia de los combustibles fósiles, cuya volatilidad e implicaciones geopolíticas estamos padeciendo en términos medioambientales y estratégicos. Y tenemos la solución. Incluso la creamos en Europa y la exportamos al mundo entero gracias a la investigación, al compromiso de algunos y a la apuesta de muchas empresas de todos los tamaños. La electrificación nos ofrece la vía para la descarbonización, la independencia energética, el equilibrio de nuestra balanza exterior o la consolidación de una industria verde competitiva y generadora de empleo de calidad. Los que iniciamos el camino hace más de 20 años, porque pensábamos que la transición energética no solo era una oportunidad económica sino también una obligación moral,

vemos con entusiasmo que esta apuesta ganadora es ahora mayoritaria. Pero debemos acelerar decididamente para aprovecharla.

Por esta y por muchas otras razones, las empresas y la ciudadanía nos debemos implicar sin matices en el proyecto europeo, no como meros creyentes en una verdad inalterable, sino para seguir dándole forma y explorando todas sus virtudes. Mi experiencia es que muchos lo están haciendo ya desde instancias diversas. Hace años que participo muy activamente en la *European Roundtable for Industry*, que reúne a las grandes empresas industriales europeas. Observo desde hace un tiempo el compromiso de quienes la formamos con ser parte de la solución, orientando nuestra actividad y nuestras inversiones hacia áreas que promuevan la competitividad, la descarbonización y el bienestar social de los europeos.

Y para ello nunca se privilegian las vías nacionales, por rápidas que puedan parecer. Todos sabemos que solo un Mercado interior sólido y completo nos permitirá competir en un mundo cada vez más integrado. Y, para ello, necesitamos políticas europeas comunes y estables, armonización fiscal y aceleración de los procedimientos administrativos.

A lo largo de estas páginas, el lector comprobará que las visiones de Europa no son uniformes. Cada autor parte de un enfoque propio, que se fundamenta en su experiencia

personal y profesional, pero en todos ellos es perceptible un hilo conductor: el profundo convencimiento de que Europa también es una apuesta de futuro.

La Unión es, ante todo, una vanguardia de organización política, económica y social, y por eso mismo su último capítulo nunca está escrito. Nos enfrentamos a problemas nuevos, es cierto, pero contamos con la fórmula que nos ha ofrecido el mayor período de paz y prosperidad de nuestra historia: más Europa. Sigamos explorándola y dándole forma nueva.

Prólogo



Europa, ¿otoño o primavera?

Alfonso Guerra

El libro que tiene en sus manos, lector, es la respuesta de un grupo de profesionales, de personalidades a quienes hemos preguntado acerca de la situación actual del proyecto europeo. ¿Atraviesa Europa un otoño declinante que la conduzca a la irrelevancia en el conjunto de las naciones? O, contrariamente, ¿Europa vive una primavera creativa que la fortalece y le asegura un puesto clave en el nuevo reparto geopolítico del mundo?

Hemos acudido a personas cuya obra, permanente o efímera, ha mostrado que poseen un criterio propio, con relación a los problemas tradicionales y nuevos en la construcción europea. Políticos, gestores de Europa, en activo y del pasado, diplomáticos, periodistas, profesores, estudiosos, científicos e historiadores han expresado sus puntos de vista acerca del crepúsculo o amanecer del momento de Europa.

Hay pocas dudas sobre el hecho de que los últimos años han sido de prueba para Europa; las adversidades que han aparecido casi simultáneamente hicieron pensar a muchos que Europa dormía un sueño anestesiador del que no lograría despertar. No ha sido así.

La arriesgada decisión de la ampliación a 27 fue una realidad difícil de digerir. Demasiados países en horribles condiciones económicas e institucionales. Sin embargo, una suerte de instinto de supervivencia hizo que todos los países se esforzaran en asumir su cuota de dificultad, y la ampliación salió adelante.

La crisis económica que estalló en 2008 puso a la Unión ante un desafío del que no supo salir bien. La opción de austeridad en el gasto en los momentos en que más duramente se planteaban necesidades vitales para amplios sectores de la sociedad colocó al proyecto europeo en una línea de derrota. No fue así, y aunque aún hay muchos que están pagando las consecuencias, la crisis no se solucionó pero se la rodeó con alguna fortuna.

En el año 2016 el Reino Unido dio un aldabonazo contra Europa convocando un referéndum para la retirada del país de las instituciones europeas. Fueron muchos los que creyeron que la decisión de abandonar la UE tendría seguidores, que otros países se plantearían transitar el mismo camino. Lejos de producirse tal fenómeno, que hubiese de-

bilitado gravemente el proyecto de unidad europea, el Brexit ha jugado como una especie de vacuna; no sólo no ha cundido el ejemplo británico, sino que se suman otros para intentar el ingreso en la Unión, dando muestras de una fortaleza inesperada.

Europa, como el mundo todo, ha sido azotada por una plaga moderna, la del covid-19, con millones de muertes, y ha colocado a las autoridades sanitarias ante un reto desconocido y que ha tenido un desenlace de colaboración de países y laboratorios inédita en la historia, logrando una vacuna “salvadora” en tiempo récord.

Por fin Europa se ha encontrado con una guerra en su territorio, una invasión que ha desnudado al totalitarismo imperante en Rusia; si Europa fue condescendiente con la usurpación de Crimea, y tras haber comprendido que la política de apaciguamiento no da resultado con los tiranos, ha decidido plantar cara a la fiebre expansionista de los déspotas rusos que han intentado dividir a la Unión Europea. Ésta, sin embargo, se ha mantenido unida, arrojando el riesgo de un invierno sin calefacción por la dependencia del combustible ruso. De manera sorprendente Europa ha logrado orillar las consecuencias de la guerra y su correlato energético sin que se hayan presentado desertiones de la decisión común y unitaria.

Los autores del libro contestan a la pregunta *Europa ¿otoño o primavera?*, poniendo énfasis en los aspectos que más les importan a cada uno, aunque existe un común denominador en los diferentes pronunciamientos.

Josep Borrell, Alto Representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, expone con autoridad y de forma muy sincera las razones que han llevado a la Unión a suministrar armas a un país tercero como Ucrania, en defensa de la seguridad europea y no sólo de Europa. “La Unión Europea también debe plantearse cómo la guerra contra Ucrania ha impactado también al resto del mundo”. Al atacar a uno de los principales exportadores de cereales y fertilizantes, destruir sus silos y bloquear sus puertos, Rusia provocó una fuerte subida de los precios de los alimentos que ha puesto en peligro la vida de millones de personas en todo el mundo, especialmente en África y Oriente.

Miguel Ángel Aguilar desarrolla su ensayo en base a la “idea de destino compartido”, por lo que se necesitan unos medios informativos “que merezcan llamarse europeos”, que no centren su interés informativo en lo que afecte al país del medio concreto.

Una contundente reivindicación del conocimiento humanístico compartido hace César Antonio Molina. “Uno de los grandes problemas de Europa es el desconocimiento de su propia historia desde la antigüedad. Todavía no hay un

libro de geografía ni de historia de Europa que se enseñe en todas las escuelas de nuestro continente”.

En el texto escrito por José Ignacio Torreblanca se sostiene que “el proyecto europeo es un proyecto útil tanto desde el punto de vista de las respuestas prácticas a situaciones concretas como valioso desde el punto de vista de los valores que sostiene”. Piensa el autor que se sentarán las bases para la paz y la seguridad en el continente en el siglo XXI “de tal manera que alcance a todos los europeos, incluyendo, ojalá en un futuro no muy lejano, a los propios rusos”.

Juan Luis Arsuaga lanza una mirada al pasado de Europa, al momento de la creación de la ciencia, en Europa en el siglo XVII. Ligando con la realidad actual, Arsuaga afirma que “la vacuna ha salvado a la humanidad” gracias a que Europa ha dado un gran regalo a la humanidad: la ciencia.

Mercedes Monmany centra su visión en las fronteras hoy desaparecidas de Europa, resucitando “un imaginario literario en el que las historias de frontera han protagonizado gran número de leyendas, aventuras, apasionantes novelas y dramas desgarradores que durante un tiempo pueblan con intensidad la memoria e imaginación de la gente que habita a un lado u otro de los márgenes”. Una realidad que se actualiza con los millones de ucranianos que hoy viven en las fronteras.

El historiador Enrique Moradiellos considera que la creación de la Unión Europea ha representado un gran avance en los tres objetivos que justifican su construcción: la paz, el respeto de los derechos humanos y la promoción de la prosperidad compartida. Pero no son pequeños los problemas a que se enfrenta Europa, que debe acomodarse a un mundo globalizado “que cada vez es menos eurocéntrico e incluso menos euroatlántico (o lo que es igual: menos occidental). Mediante un recorrido por la historia nos lleva Moradiellos a la constatación de la realidad geopolítica del momento actual que exige el abandono de nacionalismos caducos, única vía de supervivencia de Europa con garantía de mantener sus valores de paz, derechos y prosperidad.

Con un repaso histórico que muestra el papel de la ciencia en Europa y de la gran conquista del siglo XX, el estado del bienestar (y la batalla por destruirlo a partir de los años 80) José Manuel Sánchez Ron concluye que “lo que no debería haber cambiado es que Europa defienda los mejores valores de la Ilustración. Honraría así a lo mejor de su historia”.

La descripción de los valores de la Unión Europea da pie al excomisario europeo Miguel Arias Cañete para apoyar la resolución del Parlamento europeo de junio de 2022 que supondrá reformas de los Tratados para que se permita a la Unión actuar con mayor celeridad y eficacia ante las crisis que puedan venir.

Cristina Manzano deposita su confianza en la vitalidad que pueda demostrar la Comunidad Política Europea que “aspira a establecer un espacio político más allá de la Unión Europea y que agrupe a 43 países”.

Al paso de movimientos musicales, (sonata, adagio, rondó), Ignacio Camacho nos proporciona las claves que ve en el desarrollo de Europa. “Los retos concluyentes del nuevo orden geoestratégico mundial han sorprendido a Europa en una situación de vulnerabilidad agravada por deficiencia en el liderazgo”.

Victoria Prego señala que “la visión optimista de la Europa que hemos conocido y disfrutado” contrasta con el peligro de implosionar “acechada por los problemas sin resolver que pueden acabar devorándola”, los problemas de la carencia de Ejército propio, de una regulación de la inmigración, de la dependencia energética, etc.

La historiadora Araceli Mangas sostiene que, ante las adversidades sufridas por Europa en los últimos años, ésta ha sabido responder con una lección de unidad (Brexit), una lección de solidaridad (pandemia y vacunas) y un liderazgo global (ante la agresión rusa a Ucrania). Para la autora del ensayo, la Unión Europea “ha vivido en un mundo paralelo, pensando que sólo tenía amigos y que todo se solucionaba sin la fuerza militar”. La agresión a Ucrania la ha hecho despertar a los conflictos (China, Rusia, EEUU con

un Trump). Afirmar Araceli Mangas que la integración europea estuvo motivada por la idea de no volver al pasado de guerras entre nosotros, porque nuestro enemigo éramos nosotros mismos. Ahora el riesgo viene de otros, de foráneos. Europa está ante el desafío de “construir en el corto plazo una defensa común y preparar la paz para el continente con todos”.

Aconsejando releer el discurso de Schumann de mayo de 1947, Juan Claudio de Ramón nos sitúa ante un hecho no suficientemente reconocido ni comprendido: la Unión Europea reposa sobre un equilibrio de dos conciencias entrelazadas, “el supranacionalismo generador de un acervo cada vez más abultado y el intergubernamentalismo, garantía de que los intereses de los Estados se tienen en cuenta en la producción del ordenamiento jurídico”.

Europa es una idea, una realidad, un sueño, un presente, ¿un futuro? Si miramos hacia el pasado Europa es un ejemplo de civilización con etapas de barbarie. Si la creación literaria es modelo de nobleza de espíritu y cultura, no es cosa menor que cuando se quiere compendiar todo lo escrito en la historia occidental se apele al quinteto excepcional en el que cabe toda la literatura: Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare y Joyce, europeos todos. Si añadimos, además, a Erasmo, Montaigne, Voltaire, Goethe y Proust, completaríamos una decena de pensadores y creadores, de Europa

todos, que nos hacen sentirnos orgullosos de pertenecer a una cultura civilizatoria excelente. No sería una visión real de Europa sin contraponer otros muchos momentos de enfrentamientos e intolerancia, porque cuando una sociedad ignora el ennoblecimiento del espíritu, cuando una sociedad no cultiva las grandes ideas humanas, acaba en la violencia y la autodestrucción (Rob Riemen).

Europa es —en terminología de George Steiner— un *lieu de la memoire*, un lugar de la memoria, pero ha de ser también un *lieu de l'avenir*, un lugar para el futuro. Europa debe superar los odios étnicos, los nacionalismos, la violencia (hoy Europa padece la sinrazón culpable en Ucrania) para ser una oportunidad a la esperanza, a lo que se inició después de 1945 y que a tropiezos ha ido construyendo la unidad del continente.

No había transcurrido mucho tiempo tras el final de la Segunda Guerra Mundial cuando Robert Schuman anunciaba, el nueve de mayo de 1950, la creación de una Comunidad Europea (del Carbón y el Acero) entre Francia y Alemania, los eternos enemigos cuyos enfrentamientos habían provocado casi cien millones de muertos entre 1914 y 1945.

Se trataba de un cambio profundo y trascendental, se pasaba del lenguaje de los cañones al diálogo de precios y cantidades de producción y comercio. Pero, aunque estaban transformando el mundo europeo no pudieron soñar

que cincuenta años más tarde los europeos construirían una Unión de 27 países y con la expectativa de la adhesión de algunos más.

Entre las dos fechas, un largo proceso, con la creación de la CECA, la Comunidad Económica Europea y la Unión Europea, la construcción de un Parlamento Europeo, el establecimiento de una moneda común, la eliminación de fronteras, la aparición del más amplio mercado del mundo, el espacio de libertad, justicia y protección social más seguro del planeta.

Hasta que llegó la crisis. La crisis financiera que estalló en Estados Unidos en 2007-2008 ha puesto al desnudo los problemas de Europa. Cuando casi dos años más tarde los jefes de los Gobiernos europeos exigían a los países una política económica de reducción de gastos afectando a las prestaciones sociales básicas estaban situando al proyecto europeo en una zona de riesgo muy lábil. La noche del 8 al 9 de mayo de 2010, los dirigentes europeos pusieron en peligro el proyecto europeo. Una política de austeridad que paraliza la actividad económica sólo podía tener el rechazo de la sociedad. Los ciudadanos no pueden entender para qué sirven las instituciones europeas si las decisiones de la UE provocan el empobrecimiento de amplios sectores de la población. Bruselas aparecía cada día más lejana, los procedimientos más burocratizados.

Los responsables políticos, guiados por la mano de los expertos económicos, han propiciado este fiasco. No se entendió que pretendieran castigar a las víctimas de la crisis.

El sueño del Estado social y de derecho se ha transformado, primero en un Estado económico y después en un Estado financiero, en el que gobiernos y parlamentos no cumplen con sus atribuciones de organización de la sociedad, sino que legitiman las decisiones previamente adoptadas por los grandes grupos financieros.

Pretenden, y parece que lo están consiguiendo, un Estado ejecutivo, un Estado de gestión, en el que las decisiones las toman los técnicos, los expertos, en un régimen postdemocrático.

¿Existen alternativas a esta situación? Los dirigentes políticos afirman en muchos casos que no, que ningún gobierno puede eludir el cumplimiento de las exigencias de la Unión Europea. Pero existe otro punto de vista, un enfoque diferente de las opciones políticas y económicas. Claro que representan una verdadera revolución en el método y en las relaciones entre países. Pero si los gobiernos tuviesen voluntad política, muchas cosas cambiarían.

Hoy parece claro que ha fracasado, en la opinión de las poblaciones y en los resultados económicos, el sueño neoliberal de imponer unos criterios de estabilidad que obliguen a los presupuestos de los Estados. Aquellos gobiernos que

los siguen son rechazados por la sociedad, y los que no se pliegan a las exigencias son castigados por los mercados.

La prevalencia de los recortes, austeridad frente a crecimiento, debe preocuparnos por el funcionamiento de nuestra economía, pero sobre todo por los costes sociales de esta opción que deberán pagar los sectores más vulnerables de la población. No lo pagarán con monedas, lo harán con una divisa más injusta, la calidad de su existencia cotidiana.

Como sostiene Jürgen Habermas: «Por primera vez en la historia de la Unión Europea vivimos un retroceso de la democracia». Y es que algunos agentes financieros de Estados Unidos y Europa a los que se suman las agencias de calificación han tomado como rehenes a los responsables políticos europeos.

Europa no será una zona de estabilidad hasta que los europeos no tengan el valor y la fuerza para ejercer una regulación interventora de los mercados financieros. Porque la economía global significa el declive programado de los viejos Estados liquidados por la extraterritorialidad de los flujos financieros. La solución de la crisis pasa inexorablemente por la regulación de los mercados financieros, hoy omnipresentes. Por ello el lema fundamental es: restaurar el Estado, contrarrestar las finanzas.

La libertad de actuación de los mercados es un principio básico del sistema capitalista que ha sido respetado

siempre por los gobiernos. El problema se plantea cuando la acumulación de activos financieros es de tal magnitud que les da a los mercados la capacidad de limitar las libertades públicas. Es entonces cuando se plantea el debate de si pueden caminar separadamente la economía y la política, si no es aceptable, incluso obligado, la intervención de los responsables políticos en la actividad económico-financiera.

Para los gobiernos y para la tecnocracia de Bruselas los retos están ligados a las instituciones: el euro, el déficit, la deuda, la estabilidad económica, mediante reformas que están provocando el malestar de los europeos.

Para los europeos los retos a los que se enfrenta Europa son el bienestar de las personas y el sistema democrático. El desafío es combatir la pobreza de 116 millones de europeos (el 24% de la población), es dar una oportunidad laboral a los 13 millones de parados que hay en Europa, acabar con un desempleo entre los jóvenes que supera en algunos países el 30%.

A fin de cuentas, todo es un convencionalismo, ¿Cuánto dolor se hubiese evitado a las familias más vulnerables si el establecimiento de un déficit máximo hubiese sido del 5% en lugar del 3%? La pandemia les ha llevado a suavizar las reglas.

Los gobiernos, bajo la inspiración o la complicidad con los grandes grupos económicos financieros, han tomado la

crisis como una oportunidad para transformar el Estado social y de derecho en un Estado de mínimos, con una concepción de Estado de beneficencia. ¿Son conscientes de los movimientos sociales de rebeldía que pueden estar forjando en la sociedad? Las estructuras políticas que estabilizan el sistema de representación democrática pueden estar hoy en peligro. Las personas responsables, que conservan el sentido común, saben que lo que está en juego no es sólo el saneamiento de las entidades bancarias. La creciente distancia entre los ciudadanos europeos y las instituciones europeas que deberían representar sus intereses alcanza hoy una dimensión muy preocupante.

Vivimos una crisis comparable a la de los años treinta que tuvo su solución a través de la revolución keynesiana y el *new deal*, superando, siquiera parcialmente, las contradicciones entre capital y trabajo. ¿En qué se diferencia esta crisis? En que en la de los treinta el problema se resolvió a escala nacional, y en ésta se necesita una solución global. De ello se infiere la importancia de llevar adelante un proyecto europeo que asegure el bienestar y respete y haga crecer la democracia. Si no hay una pronta rectificación, el sueño de una Europa fuerte, de altos niveles de empleo y bienestar, apoyada en una democracia activa, desaparecerá.

Esta situación tiene solución. Una buena noticia: la historia demuestra que se puede salir de la depresión colectiva en sólo unos meses.

En 1933, cuando Roosevelt llega al poder, los Estados Unidos viven un absoluto desorden económico y social: 14 millones de parados, y una producción industrial que ha descendido un 45% en tres años. América toca fondo. Roosevelt sucede a Hoover, conocido como *Mr. Do Nothing*. ¿Se podría aplicar hoy a los dirigentes europeos?

Roosevelt actuó inmediatamente y con una determinación que generó una gran confianza. La actividad legislativa fue extraordinaria. En sólo tres meses se adoptaron más reformas que en los cuatro años de Hoover. Y todo no para tranquilizar los mercados, sino para domar los mercados. Las protestas fueron muy acuciantes por parte de los accionistas de bancos, por los más adinerados, contra el impuesto de rentas altas, contra la creación de un impuesto sobre el beneficio. Pero Roosevelt aguantó. Las catástrofes anunciadas por los financieros no se produjeron. Roosevelt puso en marcha muchas reformas radicales en tres meses.

En Europa hoy atravesamos un período de emergencia social. Los dirigentes tienen que elegir entre:

— Esperar a que llegue el crecimiento económico, mientras ellos se contentan con una gestión saneada de las finanzas públicas y algunas pequeñas medidas para limitar el riesgo de una explosión social, o

— Reaccionar como Roosevelt y adoptar unas reformas

que eviten el hundimiento, el colapso global, y construir las bases de una nueva sociedad.

La gravedad de la crisis no permite dilación. La emergencia social exige dirigentes dispuestos a cambiar algunas de las reglas del juego del capitalismo que funcionaron cuando éste era industrial y ha pasado a ser un lastre en la actual etapa de capitalismo financiero.

En democracia nunca se puso en causa la libertad de los mercados. Ahora han acumulado tal poder de decisión que amenazan la democracia, y ésta tiene que reaccionar para mantener los derechos conquistados por los ciudadanos durante todo el siglo XX.

Si las decisiones políticas (la desregulación de la economía) nos ha llevado a la crisis, otras decisiones políticas pueden sacarnos de ella.

La justicia social no es un lujo al que hay que renunciar a causa de la crisis. Al contrario, reconstruir la justicia social es hoy la prioridad, el único medio de salir de nuestra dependencia de la deuda. No es una crisis del Estado de Bienestar, es una crisis del capitalismo desregulado. Se plantean tres tareas para aquellos que crean en un proyecto europeo:

— La adopción de medidas urgentes para proteger la economía real y a los ciudadanos del tsunami que han provocado los mercados financieros.

— La lucha radical contra el desempleo y la precariedad.

— La construcción de una Europa nueva, democrática y social que tenga peso en el mundo.

Y ¿cómo cumplir con estas tareas? ¿Cómo solucionar el problema que crean los recortes a causa del déficit y la deuda? ¿Es normal que los Estados hayan pagado seiscientas veces más que los bancos privados en los intereses de la deuda?

Durante la crisis se inyectaron centenares de miles de millones de euros a los bancos privados al 1% de interés (en Estados Unidos al 0,01%), mientras los Estados estaban asfixiados por una deuda que debían pagar al 6, 7 u 11%.

Se debe acabar con el *dumping* fiscal, creando un impuesto europeo sobre los dividendos.

¿Por qué en Europa son tan bajos los impuestos a las empresas? Porque tras la adhesión de Irlanda y Gran Bretaña todos los Estados europeos establecieron una oferta fiscal a la baja para atraer a las empresas. El resultado es que el nivel medio de impuestos en Europa ha bajado un tercio en los últimos veinte años, una de las causas importantes del endeudamiento público. Ningún Estado europeo podría elevar los impuestos sobre los beneficios 15 puntos, porque las empresas migrarían al Estado vecino, pero ¿por qué no

se puede actuar a nivel europeo, creando un impuesto europeo sobre los beneficios para todos los países de la Unión?

Es el mismo argumento para las SICAV, que prácticamente no pagan impuestos, porque si un Estado les sube la tasa los inversores huirán a los Estados vecinos. Creemos un impuesto europeo sobre las SICAV y se acabó el *dumping*, y aumentará ostensiblemente la recaudación, lo que haría innecesario los recortes y se activaría la economía.

Se necesita plantear una verdadera revolución fiscal. Atreverse a hacer algo verdaderamente nuevo que impida el sabotaje fiscal. Es preciso enfocar la solución de nuestros problemas con una mentalidad abierta, no prisionera de la rutina. No es mejorando la vela como Thomas Edison inventó la bombilla eléctrica. Hay que luchar radicalmente contra los paraísos fiscales. En lugar de imponer a los pueblos planes de austeridad que agravan la crisis, las autoridades europeas y nacionales deben declarar la guerra a los paraísos fiscales. ¿Cómo? sancionando a las empresas que tengan filiales en los paraísos fiscales y a las entidades financieras que actúan en ellos.

Se precisa asegurar los puestos de trabajo, luchar contra los despidos. Si una empresa ve que baja un 20% sus cifras de negocios, pretende despedir al 20% de los empleados. ¿No es mejor reducir un 20% el tiempo de trabajo y mantener todos los puestos? El salario baja, pero el Estado puede

suplementar los ingresos. Es mucho menos caro que financiar a los parados teniendo en cuenta los costes inducidos y las pérdidas de ingresos fiscales y sociales.

Se debe asegurar a los parados. Para evitar que la precariedad, la pobreza y la marginación sea el camino habitual de los trabajadores en paro se debe prolongar el subsidio de desempleo.

Es necesario impedir que los bancos puedan especular con nuestro dinero. Por ello es preciso separar los bancos de depósito de los bancos de negocio. ¿Por qué los bancos de negocios tienen que tener la red de que, en última instancia, se sanearán con el dinero de los contribuyentes? Cuando el negocio va bien, reparto de dividendos entre los accionistas; cuando va mal, que paguen los ciudadanos bajo la máscara de saneamiento financiero. Los bancos juegan al lanzamiento de la moneda. Si sale cara yo gano, si sale cruz tú pierdes. Si las actividades estuviesen separadas, los bancos de negocios no se meterían en irresponsables operaciones de riesgos y no pagarían las obscenas cantidades que pagan a sus dirigentes. Se debe crear una tasa sobre las transacciones financieras, que alcance una verdadera repercusión que proporcionaría buenos réditos a los Estados asfixiados por la crisis.

Conviene impulsar la economía social. Son todavía muy escasas las experiencias de cooperativas y empresas de

economía social. Aun en la crisis están creando puestos de trabajo y repartiendo justamente los beneficios. Se precisa un nuevo reparto del tiempo de trabajo, lo que supondría un nuevo reparto de los ingresos económicos.

Hoy es difícil encontrar un empleo estable antes de los 30 años. A los 55 ya se consideran innecesarios y se les sustituye por trabajadores más jóvenes con menor salario. Al mismo tiempo se les pide más larga cotización para acceder al derecho a una pensión. Una espiral absurda.

Estamos ante una revolución en el trabajo que habrá que emprender sin prejuicios. Los expertos opinan que sólo con el establecimiento de las 32 horas, en cuatro días de trabajo, se podrá lograr que los empresarios creen empleos. Este es un camino que se recorrerá inexorablemente y que permitirá, como dice Edgar Morin, reconstruir una vida familiar, una vida privada, hoy demasiado compleja.

Hay que abrir este debate sin prejuicios, sin miedos y sin demora.

Un desafío importante y difícil es cómo dar respuesta al número incesante de refugiados e inmigrantes que están dispuestos a arriesgar sus vidas y las de los suyos, incluidos los niños, para lograr alcanzar el suelo europeo como forma de evitar la muerte o la persecución en el caso de los refugiados; para encontrar un sustento que les asegure

la supervivencia que no vislumbran en sus países de origen, especialmente los países africanos, en el caso de los inmigrantes.

Europa ha representado durante la época contemporánea el refugio de los perseguidos políticamente. No puede ahora suspender la acogida humanitaria de los que huyen de la muerte y la tortura.

La llegada masiva de refugiados exige unas políticas claras en tres fases o momentos. A su llegada hay que proporcionarles un hogar y alimentación, justo lo contrario que se ha permitido en los últimos años: abandonar a familias enteras con niños y ancianos entre dos alambradas bajo el frío, la lluvia y la nieve, favoreciendo así la enfermedad y la muerte de los que no han cometido hecho doloso alguno.

La segunda fase es la integración, facilitarles que puedan desempeñar alguna actividad laboral, insertando a los niños en las escuelas y poniendo a disposición de todos los cuidados sanitarios.

La última fase es la de favorecer la vuelta a los países de origen cuando cese la causa que les empujó al exilio, las guerras y persecuciones, pues los exilios masivos responden a un patrón de deseo de volver a su tierra y entorno.

Hasta aquí las razones humanitarias que obligan a los países y a sus actividades a atender las necesidades de los desplazados. Pero hay aún otra razón de peso para los reti-

centes a admitir a los que llegan a un país. Es que los países desarrollados necesitan el aporte de personas de otros lugares para mantener la actividad económica y para dar garantía de mantenimiento de las prestaciones a los nativos de los países de acogida. Es el problema demográfico que Europa tiene ante sí y al que casi nadie quiere atender. En cambio, es importante y urgente, pues el rechazo a los refugiados está propiciando la xenofobia y un caldo de cultivo para la extrema derecha y los populismos, dos formas que arruinan a los países y amenazan la libertad y la democracia.

En Europa no se tiene conciencia de la gravedad que presenta la evolución demográfica del continente. El bajo índice de natalidad y el incremento de esperanza de vida está conformando una Europa en decrecimiento de población y en envejecimiento alarmante. Estas dos variables harán de Europa una región con presencia menguante en el mundo, además de crear unos problemas de difícil solución.

El más visible afecta al sostenimiento del sistema de pensiones. Para el caso español tómese en cuenta las circunstancias que rodeaban a la creación del sistema, retiro obrero se llamó, en 1919. Se estableció como edad de jubilación los 65 años cuando la esperanza de vida era de 42 años. Hoy que la esperanza de vida es de 80 años para los hombres y 85 para las mujeres el panorama se hace mucho

más complejo. Además, el envejecimiento de la población supone un mayor gasto sanitario.

Los gobiernos reaccionan poniendo obstáculos a las obligaciones financieras del futuro, reformas que suponen disminución de las pensiones, exigencias de un tiempo más largo para ser beneficiario de la pensión, etc., pero esto genera otro problema: la disminución de la capacidad de gasto, la reducción del consumo, que afectará negativamente a la actividad económica.

El único recurso que puede mantener una estabilidad económica en cuanto a la demografía se refiere es aceptar el proceso inmigratorio no como un problema sino como una solución. Pero la dificultad está en que los gobiernos están presionados por la propaganda populista xenófoba que amenaza con hacerles perder el poder. Es esencial una buena política pedagógica para llevar a toda la población al conocimiento de la realidad de la cuestión y la necesidad de que gobiernos, empresas y sociedad se orienten en la dirección correcta.

En éste, como en otros asuntos, la ausencia de una respuesta socialdemócrata a la crisis ha despejado el camino para las políticas neoliberales y para el resurgir de fenómenos populistas con etiquetas a derecha y a izquierda, todos ellos contribuyendo al deterioro de la población europea en las clases media y trabajadora.

Los socialdemócratas, artífices, con los democristianos, del Estado de Bienestar, se han olvidado de cómo defenderlo. Están a la defensiva, en muchas ocasiones tratan de excusarse por su aceptación de políticas liberales, pero el Estado de Bienestar no ha perdido popularidad. ¿Quién votaría hoy contra la sanidad pública, contra la educación gratuita o el sistema de pensiones?

Lo fundamental del proceso de la política socialdemócrata consistió en reconocer el papel que en la sociedad tienen los no triunfadores, los perdedores, el ciudadano común al que dirigió el conjunto de las políticas sociales. Hoy parece que se les ha dado la espalda. Es prioritario el crecimiento económico sobre la provisión de las necesidades de los hombres.

Se ejecutan políticas de recortes que producen dolor en los más débiles y se argumentan con razonamientos falsamente éticos, proclaman el orgullo de haber sido capaces de adoptar decisiones difíciles, no les tiembla la mano, dicen, para tomar medidas necesarias, aunque perjudiquen a los más débiles, se opta antes por la eficacia que por la compasión.

¿Cómo podemos lograr enmendar que toda una generación incline sus objetivos hacia la búsqueda de riqueza y muestre escasa sensibilidad al dolor de los de-

más? ¿Cómo convencerlos de que no siempre fue así, que no siempre la razón económica dominaba sobre la razón moral, que lo útil no era sólo lo que resultara rentable económicamente?

Alguno dirá que no es cierto el principio de que “todo tiempo pasado fue mejor”. Y acertará, pero sólo hay algo más grave que idealizar el pasado: olvidarlo.

Es que hubo una época en la que *impuestos altos* no era considerado una apropiación indebida. Casi todos creían que un gasto público alto, administrado por las autoridades con libertad suficiente para regular la vida económica, era una buena política. El Estado intervenía en la vida económica conviviendo con el mercado sin que nadie se sintiera avasallado por ello.

¿Cómo hemos podido llegar a la situación de desafección fiscal, a la opción egoísta de sobrevalorar lo privado y despreciar lo público? Mucho tienen que ver las renunciias día a día de la defensa de las políticas socialdemócratas por algunos de los propios dirigentes europeos.

Y por último, pero no lo menos importante, Europa necesita una revolución en su estructura institucional. La ampliación a 27 ha tenido como efecto la paralización de las reformas económicas y sociales. En la mesa de decisión se sientan Jefes de Estado y de Gobierno de 27 países que se ven obligados en largas sesiones nocturnas a aceptar

por unanimidad acuerdos aguados para evitar los enfados de unos y otros. Finalmente serán los técnicos los que van dando forma a la construcción europea, sin un control democrático de los ciudadanos. Hay un interrogante que evidencia esta falta de democracia: ¿quién tiene más poder, la presidenta del Banco Central Europeo, sra. Lagarde, o los 751 parlamentarios europeos? La respuesta es evidente: Lagarde. Un empleado, en definitiva, manda más que el Parlamento Europeo. Así no se puede seguir.

El rechazo a la propia existencia de la Unión Europea está protagonizado por dos corrientes del populismo: el conservador, que cree que el Reino Unido se ha “liberado” por fin del yugo de las “élites plutocráticas” de Bruselas, y el populismo con etiqueta de izquierda que condena a la Unión como la Europa de los mercaderes, sin interesarse por la necesidad de un proyecto común para el continente.

Si la fiebre de desconexión no es detenida por políticos decentes dispuestos a arriesgar para frenar los populismos estériles, Europa quedará en el futuro condenada a convertirse en una residencia de tercera edad y en un gran museo para beneficio de los ciudadanos de los países ricos.

Si Europa quiere construir una verdadera unidad política, y es claro que lo necesita, tiene que hacer una transición a un verdadero sistema parlamentario, del que surja un gobierno europeo democrático. Extraigamos las enseñanzas

evidentes del proceso del Brexit, un referéndum engañoso, tramposo del que hay más arrepentidos que satisfechos.

Europa ha cambiado la trayectoria histórica de siglos. De los enfrentamientos bélicos, con muerte, destrucción y odios, se ha pasado a las discusiones sobre intereses mercantiles. Es, sin duda, un cambio importante, pero no es suficiente. Europa no ha conseguido darse forma, con lo que ha perdido el alma. Europa necesita que los hombres y mujeres que pueblan el territorio europeo reconozcan un alma, un objetivo común, una decisión cotidiana de compartir una historia futura y mejorable.

Fue Jean Monet quien advirtió que Europa sólo avanza mediante ideas simples que puedan ser comprendidas hasta por un niño. Los europeos quieren la democracia, apoyan el bienestar, desean un verdadero tratado social. Dirijamos los pasos de Europa hacia la unidad política, la justicia social y la democracia de funcionamiento.

Corresponde a los ciudadanos decidir en qué sociedad quieren vivir. Hay que reaccionar antes de que sea demasiado tarde.

Las nuevas generaciones posiblemente se lamentan de que ellos no tienen ante sí la tarea titánica de reconstruir un continente tras una guerra, sin comprender tal vez que ellos están destinados a preservar el lugar, casi único en el mundo, donde se respetan las libertades, donde la protec-

ción social alcanza mejor nivel, donde los jóvenes acuden a recibir educación universitaria en mayor número. Lejos de defender esta situación de Europa, somos más propensos a la crítica permanente. No es que falten motivos, pero debemos ser conscientes de que, aun con todo, la Europa de hoy es un proyecto que esquivo la historia pasada en la que las guerras y los enfrentamientos era la moneda común. No es sensato dar la paz por descontado, es preciso emplearse en mantener la paz europea y su correlato de un continente en libertad y progreso social, una tarea digna de una generación destinada a cambiar el mundo. Y lo habrá de hacer colocando por encima de todas las decisiones una concepción nueva e imperiosa, la preservación del medio en el que vive la humanidad, una mentalidad que reflexione ecológicamente antes de adoptar cada decisión.

Tras el duro otoño Europa pasará un tormentoso invierno que habría de desembocar en una acogedora primavera. En manos de los europeos está.

Febrero de 2023

Ensayos



¿Otoño o primavera?

Miguel Ángel Aguilar

Las luces equívocas del amanecer se confunden, a veces, con las del crepúsculo; las señales ambientales de la primavera con las de la otoñada; y los indicios de crisis amenazadoras con los procedentes de otras que suscitan esperanzas y activan lo mejor de nosotros mismos, en línea con el poeta Pedro Salinas en *La voz a ti debida*, cuando dice a su amada: “quiero sacar de ti tu mejor tú”. Lejos de nosotros sospechar que haya un poeta subyacente bajo la máscara de hielo del presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin, y más lejos aún atribuirle el propósito de mejorar la Unión Europea suministrándole estímulos en dosis de caballo como el de la denominada operación militar especial, desencadenada a partir del 24 de febrero de 2022, con el objetivo declarado de desnazificar Ucrania invadiéndola.

Con la guerra a las puertas de casa, la Unión Europea se ha comportado como si la política, igual que la tauromaquia, debiera atender a esa “primerísima regla que manda, según Rafael Sánchez Ferlosio, que el valor sea escondido y disimulado aun con mayor escrúpulo que el miedo. En-

tendiendo que, a diferencia de lo que ocurre con el miedo, el valor ha de ser siempre dueño de sí mismo, de donde “la exhibición gratuita del valor por el valor sería una impudicia indigna y detestable”. De modo que la agresión militar, en vez de sembrar la división entre los países miembros de la Unión Europea, los ha unido más, en una respuesta compartida, a base de sanciones económicas al agresor y de apoyo en armas y municiones al agredido.

Al mismo tiempo, la UE ha optado por prescindir del gas ruso buscando alternativas de sustitución en un difícil aprendizaje. Respecto al objetivo de Putin de mantener la OTAN alejada de las fronteras rusas, la invasión ha operado en sentido contrario, induciendo la solicitud que Finlandia y Suecia han formulado para ingresar en la Alianza Atlántica. De manera que cuando se consume se duplicará la longitud de las fronteras terrestres de Rusia con la OTAN, al añadir a los actuales 1.261,2 Km (195,8 Km con Noruega, 324,8 km con Estonia, 270,5 km con Letonia, 266,0 km con Lituania y 204,1 Km con Polonia), los 1.340 Km de la linde rusofinlandesa, que va desde los territorios lapones del Ártico en el norte hasta las aguas más cálidas del Báltico en Karelia al sur, que pasarían a ser también nueva frontera entre la OTAN y Rusia.

Reparemos en que Finlandia y Suecia forman parte del muy exclusivo y reputado club nórdico, considerado el lu-

gar del mundo donde mejor se han aclimatado los valores cívicos, la cohesión social y el Estado del bienestar. Ambos países son resistentes a la manipulación, tienen convicciones políticas arraigadas, durante décadas de guerra fría y caliente han hecho de la neutralidad seña distintiva propia y de la causa del pacifismo norte de su política exterior, sus gobiernos y sociedades son inmunes a las pasiones bélicas y, por todo eso, cabe imaginar hasta dónde se habrán incrementado los temores suscitados por la operación militar especial y el pánico a ser declarados próximos países a desnazificar por cuenta del *putinismo* andante, si queremos entender su reacción de guarecerse bajo el paraguas de la OTAN.

El cálculo de los kremlinólogos era que la operación militar especial de Putin fracturaría la Unión Europea, conforme al lema desastroso del ¡sálvese quien pueda! Pero, contrariando esos pronósticos, su reacción ha seguido el lema de Alejandro Dumas en *Los tres mosqueteros*, “uno para todos y todos para uno”. La Unión se ha alineado con las enseñanzas de Jenofonte en el *Anábasis*, ha preferido evitar la desbandada, se ha imbuido de la superioridad de la disciplina y ha tributado su admiración a quienes han sido capaces de arriesgar su vida en la batalla porque antes habían procedido a llenar la muerte de sentido. Cuestión distinta es la actitud de los considerados “carne de cañón”,

contingente integrado por los más desfavorecidos, arrastrados sin mayor resistencia a la guerra patriótica porque “es fácil morir por una patria en la que no se puede vivir”, como señalaba Karl Kraus.

Atender a la función que desempeña la UE en el escenario global requiere examinar el margen de autonomía estratégica de que dispone. Christos Katsioulis, de la Fundación Friedrich Ebert, considera necesaria para ello una visión conjunta de los principales objetivos incluyendo una “idea de destino compartido”, instituciones que puedan fomentar una mentalidad común y capacidades para actuar y decidir de manera autónoma, lo que implica disponer de recursos económicos y militares adecuados. En este plano, hay tres aspectos escalonados que van referidos a la gestión de crisis internacionales, la independencia militar y al grado de autonomía respecto de la OTAN y los Estados Unidos. Teniendo en cuenta, según reconoció Josep Borrell, Alto Representante de la PESC, que los intereses de la autonomía estratégica no se limitan a la seguridad y la defensa, se aplican a una gama más amplia de cuestiones como el comercio, las finanzas, las inversiones o la energía. En todo caso, la UE está muy lejos de aproximarse a la primera definición de autonomía estratégica establecida en el Consejo Europeo de Colonia de 1999: “La Unión debe tener la capacidad de acción autónoma, respaldada

por unas fuerzas armadas creíbles, los medios para decidir utilizarlas y la disposición para hacerlo, a fin de responder a las crisis internacionales sin perjuicio de las acciones de la OTAN”.

La cuestión que surge es cómo generar en la Unión Europea una visión compartida de los principales objetivos, cómo infundir una “idea de destino común” sin que exista la referencia de unos medios informativos que merezcan llamarse europeos, es decir, que tengan presencia relevante en todo el ámbito geográfico, político, social, económico, deportivo o religioso que integran los países miembros. Es paradójico que los medios más próximos al cumplimiento de las condiciones básicas de europeidad —entre las que figura la observancia de una cierta neutralidad multidireccional— sean algunos estadounidenses como *The International Herald Tribune*, ahora transmutado en *The New York Times*, o la cadena televisiva CNN. Entre los radicados en Europa pudo pensarse en la BBC o el *Financial Times* pero, llegado el momento, han acabado enseñando la patita de su bandera nacional y en cuanto al proyecto de *Euronews*, constituye la demostración del abandono de los afanes por impulsar una constelación mediática capaz de escrutar con toda exigencia a la UE y de interrogarla desde una perspectiva global europea, sin adherencias nacionales desnaturalizadoras.

Pudiera aducirse que el *puzzle* lingüístico de la UE añade dificultades a los medios informativos que pretendieran expandirse y ser accesibles en igualdad de condiciones en todo el entorno europeo. Pero el fenómeno de la adopción espontánea del inglés como lengua vehicular, mientras el Brexit le dejaba casi sin el asidero de un país valedor bajo el que continuar siendo lengua oficial, ha privado a cualquiera de sus usuarios de que se les pueda acusar de ventajismo, a excepción de los irlandeses que la tengan como lengua materna.

Al observar la orfandad mediática de la Unión Europea se advierte el desacoplamiento que supone y las consecuencias que se derivan. Sin medios informativos que cumplan la función básica que les atribuye Jürgen Habermas en su libro *¡Ay, Europa!*, de articular el debate en el espacio público democrático, que sólo pueden desempeñar aquellos que tienen índices de difusión o de audiencia relevante en todo el ámbito geográfico correspondiente a la comunidad política de que se trate, sin preguntas formuladas desde una *weltanschauung*, desde una cosmovisión europea, nos quedamos ayunos de saber, porque, como nos ha enseñado Heisenberg, “no conocemos la realidad, sino tan sólo la realidad sometida a nuestro modo de interrogarla”. Si nadie interroga, por ejemplo, sobre cómo y en qué los resultados de un Consejo han afectado al conjunto de esa comunidad

de destino que llamamos UE, si todas las cuestiones están coloreadas por el filtro nacional de los periodistas que se dirigen al representante de su propio país, la perspectiva de conjunto se perderá en favor de las pulsiones desintegradoras. Sólo a los dirigentes y a las instituciones de la UE se les ocurre emprender acciones políticas de envergadura sin garantizarse el acompañamiento mediático imprescindible.

Sin libertades no existe prensa ni medios informativos que merezcan ese nombre porque están incapacitados de cumplir su función. Pero debemos interrogarnos, a la inversa, sobre qué quedaría de las libertades y de la democracia si desapareciera eso que veníamos llamando prensa o si se prefiere periodismo profesional, comprometido en la indagación de los asuntos públicos y en el cuestionamiento crítico de todos los poderes. Además, como sostiene Stefan Zweig, el odio entre dos naciones, entre raza y clase o entre grupos humanos aislados, nace rara vez de sí mismos, casi siempre es producto de una infección, y el recurso más peligroso para desatarlo es la falta pública a la verdad que divulgan los medios informativos.

Pero conviene remontarse aguas arriba de las hazañas bélicas de Putin, hasta los tiempos de la pandemia del covid 19, porque planteaba un gravísimo problema a los dirigentes europeos que, carentes de atribuciones en esa área, fueron sin embargo unánimes en desistir de cualquier intento de

escaqueo y en rehusar cualquier argumentación que invocara incompetencia en materia de salud pública para mantenerse inactivos. Por el contrario, yendo más allá de la letra de los tratados, reaccionaron con la puesta en común de sus recursos, con el establecimiento de normas profilácticas de aplicación universal y con el impulso a la investigación de las vacunas que acabaron por funcionar en tiempo récord.

Entre tanto, nadie ha dado tregua. La UE ha tenido que negociar el Brexit para dar la salida al Reino Unido, y lo ha hecho de la mano de Michel Barnier, capaz de operar el prodigio de mantener unidos a los 27 frente a las hábiles asechanzas divisorias sembradas con su reconocida habilidad por los británicos. Quedan asuntos pendientes en la cuestión de Irlanda, pero, al final, la percepción generalizada es de liberación porque Londres funcionaba dentro de la Unión bloqueando todas las propuestas y alentando todos los *opting out* imaginables. Ahora, en ámbitos como el de la Europa Social o en el de la Europa de la Defensa, la UE podrá avanzar. Y, al otro lado del Canal, la observación de las consecuencias indeseables y la verificación del tamaño de las mentiras que han aflorado, están produciendo un efecto escarmiento, que opera como vacuna frente al aventurerismo populista empeñado en ofrecer la salida como camino de salvación, cuando no pasa de ser un sinsentido.

Cuestión distinta es que la Europa geográfica, la que va del Atlántico a los Urales, siempre estuvo dividida en dos mitades que evolucionaban por separado. Recuerda Milan Kundera que la vinculada a la antigua Roma y a la Iglesia católica tiene como seña particular el alfabeto latino y que la anclada en Bizancio y en la Iglesia ortodoxa tiene el alfabeto cirílico. Cuando, después de 1945, la frontera entre esas dos Europas se desplaza unos pocos cientos de kilómetros hacia el Oeste, algunas naciones que se habían considerado occidentales despertaron al día siguiente de Yalta para constatar que se encontraban en el Este. Así hasta que cayó el Muro de Berlín en noviembre de 1989, se procedió a la reunificación de Alemania y de Europa, se desmoronó la URSS y saltó por los aires el Pacto de Varsovia.

Los países centroeuropeos se integraron en la UE pero, enseguida, como explican Ivan Krastev y Stephen Holmes en *La luz que se apaga*, en la región se empezó a generar una ola de antiliberalismo reflejo del resentimiento popular ante el desprecio a la dignidad nacional y personal que percibían en un proyecto de “reforma por imitación” en el que se sentían embarcados.

Nada que ver con España y Portugal, incorporados el 1 de enero de 1986 después de largas y difíciles negociaciones sin que el terrorismo y otras dificultades fueran tenidas en cuenta, ni merecieran generar condescendencia alguna, por

parte de Bruselas. En cambio, los países de Europa Central que reclamaban de modo ardiente el ingreso y que una vez consumada la adhesión se han beneficiado de fondos y ventajas han optado por orientar sus lealtades hacia la Alianza Atlántica y sus recelos y reservas hacia la Unión Europea.

Examinemos también cómo en momentos de tribulación el modelo social europeo del que nos sentíamos tan orgullosos y que tanta admiración y envidia suscitaba extramuros —con escuela, sanidad y pensiones públicas— ha llegado a ser repudiado por los liberalnihilistas como si fuera un lastre, una desventaja competitiva, frente a los modelos asiáticos o norteamericano. Aceptemos que Pandemia y Guerra han ganado respaldo para lo público. En todo caso, conviene atender a la procedencia y al significado de las notas diferenciales del modelo europeo siguiendo al profesor David Anisi en su libro *Creadores de escasez, del bienestar al miedo*, donde explica cómo en el Estado de Bienestar Europeo, por oposición al modelo liberal americano, los derechos a la participación del producto social no se derivan exclusivamente de la propiedad. En el Estado de Bienestar la propiedad deja de ser la única forma de mantener un derecho al producto, mientras que en el Estado Liberal los derechos a los bienes sociales, excepto los puramente asistenciales, se derivan exclusivamente de la propiedad.

De modo que ha sido en el Estado de Bienestar donde, “por primera vez en la historia, se incluyó el derecho de los trabajadores jubilados a seguir percibiendo una renta, independientemente de la caridad de algunos, de la buena voluntad de las empresas, de lo que hubiesen ahorrado, o de lo que la solidaridad entre trabajadores pudiera ofrecerles”. Su jubilación, concluye el profesor Anisi, era el reconocimiento también de que la contribución del trabajo a la sociedad superaba la remuneración salarial: que algo había que no se les pagaba como salario que podrían, al menos parcialmente, recuperar después. En cuanto al modelo norteamericano ha evolucionado dando una vuelta de tuerca más al calvinismo de manera que, además de computar la prosperidad en esta vida como signo de predestinación para la otra, pasaba a considerar que la pobreza era signo de culpabilidad y, por tanto, de condenación.

Teníamos aprendido que el rico es rico porque es meritario, pero llevando al extremo la parábola de los talentos y olvidando la del rico Epulón y el pobre Lázaro, una deducción simétrica llevaría a que el pobre es pobre porque es culpable. De manera que conforme al *American way of life* la riqueza es virtuosa y meritaria y la pobreza viciosa y culpable. Estos patrones morales están de tal modo interiorizados por las víctimas que si se les preguntara allí a los infelices desheredados su opinión sobre un incremento

de impuestos a los más acaudalados se pronunciarían en contra pensando que quizás, algún día, pudiera sonreírles la fortuna y entonces pasarían a ser ellos quienes habrían de soportar el gravamen.

Volvamos a la Unión Europea para advertir que, si persistiera de su pasión inteligente por la propagación de las libertades, perdería todo margen de actuación e incluso de supervivencia. Por eso, frente a los países que hacen *dumping* social la respuesta de la UE debería ser la de contagiarles el gusto por las libertades, la escuela, la sanidad y las pensiones del sistema público. Porque, o bien europeizamos a los chinos o sólo nos quedará en el futuro la opción de achinarnos. Es decir, que, si fracasáramos en el intento de europeizar China, sólo nos quedaría la alternativa de achinar Europa. Y ya nos previno Julio Cerón del riesgo de terminar arrumbados por el viento de la historia —en nuestro caso, de sus variables demográficas y económicas— a la playa de la insignificancia. Porque Europa o difunde libertades o importará esclavitudes; o difunde prosperidad o acogerá la precariedad ajena. El valor diferencial de Europa ha sido una cuidadosa consideración del ser humano, inexistente en otros sistemas, y su abandono sería letal.

El coste de la No Europa, cifrado por Paolo Cecchini en su informe de 1988, se ha multiplicado de manera exponencial desde entonces. La UE es más que la suma de los

Estados miembro, es una suma que desborda la mera operación aritmética en la que tampoco se cumple la propiedad conmutativa porque el orden en que figuran los sumandos altera la suma. De ahí que al menos en Europa se haya superado la idea de que la debilidad del vecino redunde en fortaleza propia, como aseguraba la derogada Ley de los vasos comunicantes. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 han venido a probarlo. Porque, después de décadas bajo la amenaza de los poderosos, hemos descubierto que ahora las mayores amenazas proceden de los débiles, como anticipó en junio de 2001 durante el Seminario Internacional de Defensa de Toledo, organizado por la Asociación de Periodistas Europeos, Salomé Zurabishvili, que era subdirectora de Asuntos Estratégicos, Seguridad y Desarme del Quai d'Orsay. De ahí que la UE esté directamente interesada en la estabilidad y prosperidad de cada uno de sus Estados miembro.

Convencidos del interés que ahora tendría una nueva evaluación del *coste* de la no Europa, algunos quisieron lanzar una incitación a la vigilia, un estímulo contra la somnolencia, un llamamiento a desertar del entreguismo, un desafío al pensamiento único, una renuncia a la resignación, una convocatoria al civismo activo, vigilante, que reaccione frente a la oxidación de las libertades, que nunca se alcanzan de una vez para siempre, que sometidas a los agentes

de la erosión son degradables por su propia naturaleza y que han resultado de una lucha valiente y lúcida hasta alcanzarlas. Los así comprometidos pretendían la ruptura de los pronósticos aciagos sobre la capacidad, en particular de los españoles, de articular la convivencia; de abandonar la visceralidad; de avivar la inteligencia sintiente; de encontrar las energías que disiparan la recomendación de que por nuestra seguridad permaneciéramos asustados.

Se diría que los poderes políticos, y otros que es mejor no mencionar, coinciden en sus afanes de sembrar miedo, para así cosechar docilidades útiles a sus propósitos. Reflexionemos sobre la fragilidad de la democracia, la reversibilidad de las libertades sometidas a la incuria del tiempo cronológico y el regreso al cainismo que, invocado por necesidades electorales, amenaza ennegrecer el proyecto europeo y hacer que decline la primavera en otoño. Veremos.

La defensa de los valores en que se fundamenta la Unión Europea

Miguel Arias Cañete

I - Los valores de la Unión Europea en los tratados

Los valores en que se fundamenta hoy el proyecto de construcción europea se establecen en el vigente Tratado de la Unión Europea que, tanto en su Preámbulo como su artículo dos, se refieren con rotundidad a los mismos.

En el Preámbulo del Tratado de la Unión Europea (TUE) se afirma que la Unión se inspira en la “herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de Derecho”.

El Preámbulo, además, confirma la adhesión de los Estados miembros a “los principios de libertad, democracia y respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales y del Estado de Derecho” y a “los derechos socia-

les fundamentales”, tal y como se definen en la Carta Social Europea firmada en Turín el 18 de octubre de 1961 y en la Carta comunitaria de los derechos sociales fundamentales de los trabajadores de 1989.

El artículo 2 del TUE reza así: “La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres”.

El artículo 3.1 del Tratado señala además que “La Unión tiene como finalidad promover la paz, sus valores y el bienestar de sus pueblos”. Estas solemnes declaraciones tienen sus antecedentes en la Declaración sobre la identidad europea en Copenhague en diciembre de 1973 que, tras la primera ampliación de las Comunidades en la que se incorporaron Irlanda, Reino Unido y Dinamarca, acordaron los nueve Estados miembros, y en el Tratado de Maastricht.

En la Declaración sobre la identidad europea de Copenhague se afirmaba: “Los nueve Estados europeos, cuyo pasado y cuya defensa de intereses egoístas mal entendidos habrían podido conducir a la discordia, han decidido, en cambio, superar sus antagonismos y unirse elevándose al

nivel de las necesidades europeas fundamentales para asegurar la supervivencia de su común civilización”.

Con el deseo de asegurar el respeto de los valores jurídicos, políticos y morales a los que se encuentran ligados, con el propósito de conservar la rica variedad de sus culturas nacionales, y teniendo en común una misma concepción de la vida fundada sobre la voluntad de construir una sociedad concebida y realizada al servicio del hombre, estos Estados pretenden salvaguardar los principios de la democracia representativa, del Estado de derecho, de la justicia social, finalidad del progreso económico, y del respeto de los derechos del hombre que constituyen elementos fundamentales de la identidad europea”.

En el Tratado de Maastrich, por el que se constituye la Unión Europea y que entró en vigor el 1 de noviembre de 1992, no hay una referencia explícita a estos valores en su articulado. Tan sólo en su Preámbulo se confirmaba la “adhesión a los principios de libertad, democracia y respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales y del Estado de derecho”.

II - Los valores de la Unión Europea en los países candidatos

El artículo 49 del TUE establece: “Cualquier Estado europeo que respete los valores mencionados en el artículo 2

y se comprometa a promoverlos podrá solicitar el ingreso como miembro en la Unión”.

Entre los criterios que deben cumplirse para concretar la adhesión, establecidos por el Consejo Europeo de Copenhague en 1993, y posteriormente reforzados en el Consejo Europeo de Madrid en 1995, se requiere, además, la existencia de instituciones estables que garanticen la democracia, el Estado de derecho, el respeto de los derechos humanos y el respeto y la protección de las minorías. Alguno de los actuales Estados miembros, si hoy fuera candidato, no podría ser admitido en la Unión Europea por incumplir tanto lo dispuesto en el artículo 49 como los criterios de adhesión.

III - La protección de los valores de la Unión Europea

El instrumento del Tratado de la UE aparentemente más potente para proteger estos valores es el procedimiento que establece el artículo 7 del vigente Tratado de la Unión Europea. Dicho precepto establece los procedimientos, tanto para constatar la existencia de un riesgo claro de violación grave por parte de un Estado miembro de los valores contemplados en el artículo 2 del Tratado de la Unión Europea, como la existencia de una violación grave y persistente por parte de un Estado miembro.

Para la constatación del riesgo claro de violación grave se requiere una propuesta motivada de un tercio de los Estados miembros, del Parlamento o de la Comisión, y una mayoría de cuatro quintos de los miembros del Consejo. En este supuesto, “antes de proceder a la constatación el Consejo oír al Estado miembro de que se trate y por el mismo procedimiento podrá dirigirle recomendaciones”.

Para la constatación de una violación grave y persistente de los valores contemplados en el artículo 2 del TUE se requiere la unanimidad del Consejo y la previa aprobación del Parlamento Europeo: “Cuando se haya constatado la existencia de una violación grave el Consejo podrá decidir por mayoría cualificada que se suspendan determinados derechos derivados de los Tratados al Estado miembro de que se trate, incluido el derecho de voto del representante del Gobierno de dicho Estado miembro en el Consejo”.

El Artículo 7.2 del TUE establece una modulación eventual del alcance de suspensión de derechos, al señalar que, al proceder a dicha suspensión, el “Consejo tendrá en cuenta las posibles consecuencias para los derechos y obligaciones de las personas físicas y jurídicas”. Estas exigencias de *quorum* hacen totalmente imposible tanto la constatación de riesgos claros de violación grave como la existencia de una violación grave y persistente de los valo-

res contemplados en el artículo 2, porque tanto el Estado miembro, objeto de la constatación directa, como cualesquiera otros que dadas las políticas por ellos emprendidas temieran eventualmente ser destinatarios de constataciones similares y de eventuales suspensiones de derechos importantes del Tratado nunca darían su voto favorable a una propuesta de esta naturaleza.

Este procedimiento —al que coloquialmente se conoce en los círculos comunitarios como la “opción nuclear”— se inició por primera vez en la historia comunitaria el 20 de diciembre de 2017 por la Comisión Europea, formulando una Propuesta de Decisión del Consejo relativa a la constatación de un riesgo claro de violación grave del Estado de Derecho por parte de la República de Polonia, COM (2017) 835 final. Esta propuesta llegó tras más de dos años de diálogo infructuoso de la Comisión con el Gobierno polaco con arreglo al “Marco para reforzar el Estado de Derecho”.

En la Exposición de Motivos de la Propuesta la Comisión recalca que, más allá de su misión de garantizar el respeto del Derecho de la UE, también es responsable junto con el Parlamento Europeo, los Estados miembros y el Consejo, de garantizar los valores de la Unión (TUE).

Señalaba la Comisión entonces que la Jurisprudencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea y del Tribunal

Europeo de Derechos humanos —así como varios documentos elaborados por el Consejo de Europa basados particularmente en la experiencia de la Comisión Europea para la Democracia por el Derecho (“Comisión de Venecia”)— fundamentan una lista no exhaustiva de principios que definen el Estado de derecho, entre los que se encuentran la legalidad, que implica un proceso legislativo, transparente, responsable, democrático y pluralista; la seguridad jurídica, la separación de poderes; la prohibición de la arbitrariedad del poder ejecutivo; la independencia e imparcialidad de los tribunales; la tutela judicial efectiva, incluidos el respeto de derechos fundamentales y la igualdad ante la ley.

En su propuesta motivada la Comisión exponía sus reservas familiares a la falta de revisión constitucional independiente y legítima y a la aprobación por el Parlamento polaco de la Ley del Tribunal Supremo, la Ley de Organización de los Tribunales Ordinarios, la Ley del Consejo Nacional del Poder Judicial y la Ley de la Escuela Nacional de la Judicatura que contienen disposiciones que suscitan preocupaciones en lo que respecta a la independencia judicial, la separación de poderes y la seguridad jurídica.

En particular, los principales motivos de inquietud estaban relacionados con los nuevos mecanismos de jubilación de los jueces del Tribunal Supremo y los jueces de los tribunales ordinarios, el nuevo procedimiento de recurso

extraordinario ante el Tribunal Supremo, el cese y nombramiento de los presidentes de los tribunales ordinarios, la finalización del mandato y el procedimiento de nombramiento de los jueces miembros del Consejo Nacional del Poder Judicial.

Por ello, la Comisión proponía al Consejo la constatación de la existencia de un riesgo claro de violación grave del Estado de derecho por parte de la República de Polonia, y que el Consejo recomendara a la República de Polonia una serie de medidas para que las adoptara en un plazo de tres meses.

El Parlamento Europeo aprobó el 12 de septiembre de 2018 una resolución sobre una propuesta en la que solicitaba al Consejo que, de conformidad con el artículo 7.1 del Tratado de la UE, constataste la existencia de un riesgo claro de violación grave por parte de Hungría de los valores en que se fundamenta la Unión. El Parlamento manifestaba que, si bien las autoridades húngaras habían estado siempre dispuestas a debatir sobre la legalidad de cualquier medida concreta, no se había hecho frente a la situación y seguía habiendo numerosos motivos de preocupación que repercuten negativamente en la imagen de la Unión, así como en su eficacia y credibilidad en la defensa de los derechos fundamentales, los derechos humanos y la democracia a escala global, lo que ponía de

manifiesto la necesidad de abordarlas mediante una acción concertada de la Unión.

El Parlamento Europeo estimaba que los hechos y tendencias, que se mencionaban en el anexo detallado que acompañaba a su resolución, considerados en su conjunto representaban una amenaza sistémica a los valores del artículo 2 del TUE y por ello presenta la propuesta motivada, anexa a su resolución, invitando al Consejo a determinar si existe un riesgo claro de violación grave por parte de Hungría de los valores contemplados en el artículo 2 del TUE y a dirigir recomendaciones adecuadas a Hungría a este respecto.

El Consejo no ha sido capaz de decidir sobre las constataciones solicitadas, tanto por la Comisión como por el Parlamento Europeo.

IV - Las propuestas de modificación de los tratados para dotar de eficacia al artículo 7 del TUR

Ante la imposibilidad de poner en marcha este mecanismo no es de extrañar que la Conferencia sobre el futuro de Europa, entre las medidas propuestas en sus conclusiones, acordara que “todas las vías legales, incluyendo cambios del Tratado, deberían tomarse en consideración para sancionar infracciones del Estado de derecho”, lo que comportaría la necesaria modificación del artículo

7 del Tratado de la Unión Europea”. Dando respuesta a esta y otras propuestas de la Conferencia sobre el futuro de Europa, el 9 de junio de 2022 el Parlamento Europeo adoptó una resolución sobre la convocatoria de una Convención para la revisión de los Tratados. En dicha resolución el Parlamento Europeo acoge con satisfacción las conclusiones de la Conferencia del 9 de mayo de 2022 y observa que algunas de las propuestas de la Conferencia requieren modificaciones de los Tratados y que la Comisión de Asuntos Constitucionales elaborará propuestas para las correspondientes modificaciones de dichos Tratados. El Parlamento Europeo pone de relieve que tras las recientes crisis es preciso modificar los Tratados con urgencia, al objeto de garantizar que la Unión disponga de competencias para actuar más rápidamente en futuras crisis. Por ello presenta al Consejo, y con arreglo al procedimiento de revisión ordinario del artículo 48 TUE, propuestas de modificación de los Tratados, y entre ellas destacaba la de “Reforzar el procedimiento para la protección de los valores en los que se fundamenta la Unión y precisar la constatación y las consecuencias de las violaciones de los derechos fundamentales (artículo 7 del Tratado de la Unión Europea y Carta de los derechos fundamentales).

El Parlamento, en su resolución, le pide al Consejo que remita todas sus propuestas de reforma del Tratado directamente al Consejo Europeo para su examen, con el fin de

convocar una Convención compuesta por representantes de los Parlamentos nacionales, de los jefes de Estado o de Gobierno de los Estados miembros, del Parlamento Europeo y de la Comisión. El Consejo Europeo, en su reunión de los días 23 y 24 de junio de 2022, se limitó a tomar nota de las propuestas recogidas en el informe de la Conferencia presentado a los tres presidentes, y declaró que la Conferencia había supuesto una oportunidad excepcional para entablar un diálogo con la ciudadanía europea, pero no se manifestó sobre la oportunidad de convocar una Convención.

La Comisión Europea ha sido mucho más clara que el Consejo, y su Presidenta, Ursula von der Leyen, en el Discurso sobre el Estado de la Unión pronunciado en el Parlamento Europeo el 14 de septiembre de 2022, afirmó que “tal y como ha preconizado este Parlamento creo que ha llegado el momento de celebrar una Convención Europea”. La decisión de convocar una Convención para la revisión de los Tratados corresponde al Consejo Europeo, que decidirá por mayoría simple.

V - El nuevo marco de la UE para reforzar el estado de derecho

El hecho de que los dos umbrales de activación de los mecanismos del artículo 7 del TUE, el preventivo y el san-

cionador, sean muy elevados y subrayen la naturaleza de estos mecanismos como último recurso, llevó a la Comisión Europea a considerar que las amenazas relacionadas con el Estado de derecho no podían abordarse con los instrumentos existentes de manera eficaz y que, además de los procedimientos ordinarios de sanción, se necesitaba un nuevo marco de la UE para reforzar el Estado de derecho que la Comisión propuso el 11 de marzo de 2014 en su Comunicación COM (2014) 158 final. “El principal objetivo del Marco es hacer frente a las amenazas que pesan sobre el Estado de derecho que tengan carácter sistémico y afecten al ordenamiento político institucional y jurídico de un Estado miembro, a su estructura constitucional, a la separación de poderes, a la independencia e imparcialidad del poder judicial, a su sistema de control judicial, incluida la justicia constitucional”. El Marco se activaría según la Comunicación “cuando las garantías nacionales no parezcan capaces de responder eficazmente a tales amenazas”.

El Marco es un proceso que tiene tres fases: una evaluación de la Comisión, una recomendación de la Comisión y un seguimiento de la recomendación, y se basa en cuatro principios:

- Procurar encontrar una solución a través del diálogo con el Estado miembro en cuestión.
- Garantizar una evaluación objetiva de la situación.

— Respetar el principio de igualdad de trato de los Estados miembros.

— Indicar qué acciones rápidas y concretas podrían adoptarse para hacer frente a una amenaza sistémica y evitar aplicar los mecanismos del artículo 7.

La primera vez que se recurrió a este Marco del Estado de derecho fue con ocasión del diálogo iniciado con Polonia en enero de 2016. El diálogo no tuvo éxito y la Comisión se vio obligada a incoar el procedimiento del artículo 7.1 del TUE.

VI - La comunicación de fecha 3 de abril de 2019

La falta de resultados de la aplicación del Marco del Estado de derecho llevó a la Comisión a presentar el 3 de abril de 2019 una nueva Comunicación COM (2019) 163 final, bajo el título “Reforzar en mayor medida el Estado de derecho en la Unión. Situación y posibles etapas”.

En dicha Comunicación la Comisión consideraba que “la aplicación efectiva del Estado de derecho en la Unión puede esperarse que descansa en tres pilares: en primer lugar, la promoción del Estado de derecho que implica profundizar en el trabajo común para difundir la comprensión del Estado de derecho en Europa; en segundo lugar, la prevención de los problemas relativos al Estado

de derecho para tener la capacidad de intervenir en una fase temprana y evitar el riesgo de escalada, y por último, la capacidad para organizar una respuesta común eficaz cuando se haya detectado un problema de importancia suficiente.

La Comisión abrió así un proceso de reflexión general sobre las cuestiones planteadas en la Comunicación y volvería a analizar la cuestión, en junio de 2019, con sus conclusiones y propuestas que tendrían por objeto establecer un criterio para reforzar el Estado de derecho en la Unión, en el marco de los Tratados vigentes.

VII - La propuesta de actuación para el refuerzo del Estado de Derecho en la Unión:

El 17 de julio de 2019 la Comisión Europea presentó una nueva Comunicación COM (2019) 343 final, con una propuesta de actuación para el refuerzo del Estado de derecho en la Unión. Entre las numerosas propuestas contenidas en la Comunicación destacaba el compromiso de la Comisión de establecer un ciclo de revisión del Estado de derecho para supervisar la situación del Estado de derecho en los Estados miembros, elaborando un informe anual sobre esos Estados.

La Comisión ya ha publicado tres informes anuales. El último, el 13 de julio de 2022, presenta una síntesis del Es-

tado de derecho en la UE y una evaluación de la situación en cada Estado Miembro.

La Comisión le hace a España seis recomendaciones:

— Reforzar el Estatuto del Fiscal General, en particular en lo que respecta a la separación de mandatos del Fiscal General y del Gobierno, teniendo en cuenta las normas europeas sobre la independencia y la autonomía de la fiscalía.

— Proceder a la renovación del CGPJ con carácter prioritario e iniciar, inmediatamente después de la renovación, un proceso con vistas a adaptar el nombramiento de sus jueces miembros, teniendo en cuenta las normas europeas.

— Continuar los esfuerzos para presentar la legislación de los grupos de presión incluyendo el establecimiento de un registro obligatorio de los mismos.

— Abordar los retos relacionados con la duración de las investigaciones y los juicios para aumentar la eficacia en la tramitación de los casos de corrupción de alto nivel.

— Garantizar los recursos adecuados para que la autoridad nacional reguladora de los medios audiovisuales refuerce sus operaciones, teniendo en cuenta las normas europeas sobre la independencia de los reguladores de los medios de comunicación, en particular en lo que respecta a la adecuación de los recursos,

— Seguir trabajando para reforzar el acceso a la información, en particular mediante la revisión de la Ley de Secretos oficiales.

VIII - El reglamento de condicionalidad

Un mecanismo que contribuye eficazmente a preservar el Estado de derecho es el Reglamento (UE. Euratom) 2020/2092 del Parlamento Europeo y el Consejo de 16 de diciembre de 2020 sobre un régimen general de condicionalidad para la protección del presupuesto de la Unión.

Esta disposición establece en su artículo 4. apartado 1 que “se adoptarán medidas adecuadas cuando se determine, de conformidad con el artículo 6, que una vulneración de los principios del Estado de derecho en un Estado miembro afecta o amenaza con afectar gravemente, la buena gestión financiera del presupuesto de la Unión o la protección de los intereses financieros de la Unión de un modo suficientemente directo”.

En base a este Reglamento la Comisión Europea, el 18 de septiembre de 2022, hizo una Propuesta de Decisión de Ejecución del Consejo sobre medidas para la protección del presupuesto de la Unión contra la vulneración de los principios del Estado de derecho en Hungría proponiendo suspender el 65% de los compromisos presupuestarios en el marco de tres programas operativos de la política de cohesión. El Consejo, en lugar del 65% propuesto por la Comisión, adoptó el 15 de diciembre de 2022 la decisión de suspender, una vez aprobado, el 55% de los compromisos

presupuestarios en el Marco de los programas operativos de la política de cohesión. Este Reglamento es más operativo que el artículo 7 del Tratado porque requiere únicamente para la adopción de decisiones de mayoría cualificada, lo que permite sancionar, aunque sea indirectamente, violaciones del Estado de derecho que afectan de modo directo al presupuesto o intereses financieros de la Unión sin los riesgos de bloqueo que los *quorum* del artículo 7 del TUE suponen.

IX - Conclusión

El proyecto europeo requiere que los valores de la Unión y el Estado de derecho sean respetados en todos los Estados miembros, tanto para el buen funcionamiento de la Unión como para la generación de confianza mutua entre los Estados miembros. Lamentablemente en esta década en la que han surgido con fuerza movimientos populistas, nacionalistas y extremistas, hemos padecido en algunos Estados miembros importantes desafíos al Estado de derecho que han puesto de manifiesto las carencias de los mecanismos de respuesta de que dispone la UE. Sería oportuno que en la futura Convención que pueda convocarse para la reforma de los Tratados pudieran fortalecerse los mecanismos de respuesta frente a las violaciones de los valores en que se funda nuestra Unión Europea.

El método

Juan Luis Arsuaga

Nadie sabe por qué la ciencia nació en Europa, y por qué lo hizo en el siglo XVII. Había otras culturas muy desarrolladas en el planeta en esa época y las había habido mucho antes, en Europa y en otros continentes.

Podríamos pensar que hace falta tener escritura para que los conocimientos se transmitan y se acumulen, pero ¿no podría la llama de la ciencia haber prendido en la India, en China, en el Egipto de los faraones, en el imperio acadio (el primero que existió), en el babilonio, el persa, el turco, o incluso en el mundo azteca, al otro lado del océano? ¿No eran suficientemente cultos los griegos, los romanos o los andalusíes del califato de Córdoba? ¿Por qué la Revolución Científica, como se ha llamado, tuvo lugar en un pequeño territorio, una península (lo que geográficamente es Europa) de un inmenso continente (Eurasia) lleno de pueblos cultos, prósperos, bien organizados y con escritura? ¿Y por qué en esa época que en la historia del arte se conoce como el Barroco?

Para contestar a estas preguntas nos tenemos que enfrentar al viejo dilema de las ciencias llamadas históricas, incluyendo en ellas a la biología histórica (la que yo practico, la paleontología). Las alternativas son dos: contingencia o determinismo. Es decir, ¿ocurrió lo que fuera que sucedió porque se dieron determinadas circunstancias que podrían perfectamente no haber concurrido, sean hechos fortuitos o personajes singulares? ¿O era necesario que tal cosa sucediera en aquel preciso lugar y en aquel momento concreto?

El método que utilizan las ciencias históricas para responder a estas preguntas es el mismo al que recurren los médicos cuando se preguntan cosas tales como qué tienen en común las comunidades humanas en las que la longevidad es más alta, o qué tienen en común los enfermos de cáncer de pulmón. Es decir, las ciencias históricas buscan patrones en el pasado.

El problema es que a veces nos enfrentamos a un suceso único. Quizás algún día podamos preguntarnos qué tienen en común todos los planetas en los que hay una civilización tecnológica, pero ahora mismo no podemos preguntarnos qué tienen en común todas las sociedades que producen ciencia, porque este suceso solo ha ocurrido una vez: durante la Revolución Científica del Barroco.

Así que no nos queda más remedio que analizar este caso único y ver qué ha pasado. Hay quien opina que la

ciencia moderna, a la que voy a llamar a partir de ahora simplemente “la ciencia” sin adjetivos porque no hay una ciencia antigua, fue una consecuencia inevitable del Renacimiento, es decir, del redescubrimiento del mundo clásico. Muchas cosas cambiaron, desde luego, durante el Renacimiento en todos los órdenes de la vida, pero la Revolución Científica del Barroco no fue simplemente la vuelta a una ciencia que se hacía en la Antigüedad, y que se había perdido durante la Edad Media a causa de la caída del Imperio Romano, de las invasiones bárbaras y de la autoridad de la Iglesia.

Otros opinan que fue precisamente la Iglesia la que sentó las bases para la Revolución Científica porque la tradición escolástica medieval se proponía hacer compatible la razón con la fe. No era dogmática, sino aristotélica. Incluso se puede ir más atrás en el tiempo para encontrar una de las posibles raíces de la ciencia en el judaísmo. Y es que a diferencia de otras religiones que tienen una noción del tiempo circular, el tiempo de la religión judía es un tiempo lineal, que no vuelve al principio para empezar un nuevo ciclo histórico, una y otra vez. Y es en el tiempo lineal en el que se sitúa la ciencia para explicar el presente.

No faltan tampoco los que han visto en el Protestantismo el campo abonado para el desarrollo de la ciencia,

aunque algunos de los motores del movimiento científico fueran las universidades católicas.

Como digo, cada uno tiene su propia explicación para la Revolución Científica del Barroco, así que llegados a este punto yo propongo que empecemos por definir qué es ciencia. Por supuesto, no es lo mismo ciencia que conocimiento, o que filosofía, o que arte, o que pensamiento humano. Ha habido muchos pueblos muy cultos que no hicieron ciencia. También la ciencia, en sentido estricto, es diferente de la tecnología. Los romanos fueron grandes ingenieros, pero no destacaron como científicos. Y los chinos, como todo el mundo sabe, inventaron la pólvora y muchas más cosas. Finalmente, los griegos fueron matemáticos, geógrafos, naturalistas, historiadores, filósofos, pero no científicos. Esta última aseveración, la de que Pitágoras, Arquímedes, Galeno, Aristóteles, no eran científicos es tan tajante que exige que defina, de una vez por todas, en qué consiste la ciencia.

Lo primero que hay que decir sobre la ciencia es que no es dogmática, sino que se basa en teorías. Toda teoría científica, por definición, tiene que poder ser confrontada con los hechos, y solo si supera la prueba, solo si es compatible con los datos, sobrevive. Sobrevive, pero no se solidifica en un dogma. Siempre puede ser refutada si algún dato nuevo resulta totalmente incompatible con ella. Haciendo una traducción literal del inglés diría que una teoría científica

no puede ser probada, pero puede ser “probada errónea” (*proved wrong*).

Cuando los creacionistas critican la teoría de la evolución dicen de ella que “solo es una teoría”. Pues claro, la ciencia elabora teorías, no dogmas. Lo que pasa es que la teoría de la evolución ha superado ya tantas pruebas que nadie en su sano juicio puede preferir el creacionismo, que es radicalmente incompatible con todos los datos de que disponemos.

Ahora bien, como aproximaciones a la verdad que son, todas las teorías científicas pueden ser matizadas y perfeccionadas. Tal es el caso de la teoría de Darwin y de la mecánica de Newton.

Y de todo lo anterior se deduce que la teoría que presento de que la ciencia nació a finales del siglo XVI y a lo largo del siglo XVII en la Europa cristiana también puede y debe ser sometida a crítica.

La mejor descripción que se me ocurre de la ciencia es la de que simplemente es un método. Es decir, una forma de razonar que solo se puso en práctica precisamente en el tiempo y el lugar que he dicho, no antes ni en otro sitio. Intentemos ver en qué consiste.

El matemático francés René Descartes publicó en 1637 un opúsculo titulado el *Discurso del método*. Los franceses creen, inevitablemente, que por ese breve texto Des-

cartes debe ser considerado el padre del método científico. Yo también lo creería si fuera francés. “El discurso del método” no era la parte más importante de libro en el que se publicó, sino solo una breve introducción a tres tratados “científicos” en los que el método se ponía a prueba (*La dióptrica*, *Los meteoros* y *La geometría*).

En cualquier caso, merece la pena leer el *Discurso del método*. Aunque solo se recuerde de él la famosa sentencia “pienso, luego existo”, el *Discurso del método* es un alegato a favor del escepticismo, entendido como la obligación de poner en tela de juicio, por sistema, el conocimiento heredado, de no aceptar sin más el criterio de autoridad. Pero no se trata de dudar de que pueda conocerse la realidad de las cosas. El escepticismo de Descartes es todo lo contrario del relativismo.

Descartes no era una figura aislada, sino que estaba influido por el espíritu de su tiempo en Europa. Todos los participantes en la Revolución Científica del Barroco (si es que existió) compartían unos principios comunes.

Quizás el primero de estos axiomas fuera el de la objetividad de la naturaleza. Se entiende por esta expresión que la naturaleza no tiene intenciones. Por eso la he despersonalizado, a la naturaleza me refiero, escribiendo la inicial con minúscula. Dicho de una manera más pedante, la ciencia del siglo XVII abominaba de la teleología, que es la búsqueda

del propósito, de la causa última de las cosas. La teleología es una doctrina que tiene su origen en Aristóteles y en su búsqueda de las causas finales y ha sido considerada un obstáculo para el desarrollo del pensamiento científico. En otras palabras, la ciencia se hace preguntas del tipo “qué”, “cómo” y “por qué”, pero no preguntas del tipo “para qué”.

Si en el mundo en el que vivimos no hay causas ni propósitos, ¿qué explicaciones nos quedan para los fenómenos naturales? La respuesta es que vivimos en un mundo ordenado (“cosmos” significa eso), regido por leyes. Esas leyes se pueden expresar en lenguaje matemático. Como decía Galileo, el mundo (el cosmos) es la carta que Dios escribió a los hombres, y estaba escrita con números. Los científicos creyentes (es decir, todos) veían en el orden de la naturaleza más prodigios que en los milagros de la religión.

La sensibilidad social había cambiado en aquel siglo. Ya no era un tiempo de milagros y de santos. Los físicos y matemáticos del momento (Galileo, Descartes, Leibniz, Newton), fueran católicos o protestantes, veían un prodigio mayor en las leyes del movimiento de los cuerpos (los terrestres y los celestes) que en las curaciones milagrosas de la Edad Media. Se consideraba evidente que Dios tenía que haber creado un universo que funcionara como una máquina perfecta. La creación tenía que estar a la altura del creador.

Y lo más importante de todo es que el universo máquina podía ser entendido por el ser humano aplicando el método científico. La criatura podía leer la carta de Dios y admirarse ante su sabiduría y bondad. No, la Revolución Científica no era hija del ateísmo, sino del deísmo.

El rechazo de la teleología fue un problema en Biología, sin embargo, porque los organismos tienen estructuras que sí cumplen fines, es decir, que son adaptativas. Sirven para algo. Cada especie está adaptada a su nicho ecológico particular y por eso dispone de órganos, herramientas, que garantizan su supervivencia. No había manera de entender cómo esas adaptaciones se habían podido hacer solas, y eso constituía un serio problema para la explicación científica. Más parecía una expresión de la benevolencia divina, que dotaba a sus criaturas de los medios de vida. La solución al problema vino, como todos sabemos, a mediados del siglo XIX, con la publicación del *Origen de las especies* por Charles Darwin.

Como he dicho, los físicos del siglo XVII veían al universo como una gran máquina que funcionaba sola. Se ha especulado con que la visión mecanicista de los primeros científicos estaba inspirada en los grandes relojes de las catedrales de su época, como el famoso reloj astronómico de la catedral de Estrasburgo. Cada siglo tiene sus metáforas, desde luego, como hoy es el ordenador la metáfora del cerebro.

También el cuerpo humano podía compararse con una máquina, es decir, con un autómatas como los de los relojes de las catedrales. El italiano Giovanni Alfonso Borelli escribió un tratado en el que se explicaban los movimientos del cuerpo humano por medio de palancas. Aún hoy llamamos Biomecánica al estudio de los movimientos del aparato locomotor.

Descartes veía en los animales solo máquinas, autómatas de carne y hueso, pero el ser humano era diferente para él porque tenía mente. El cuerpo humano es una máquina, desde luego, pero la mente no. Se trata de una entidad inmaterial, decía Descartes, que se comunica con el cuerpo máquina por medio de un órgano impar que no existe en los animales (eso era lo que creían en su época, pero es falso): la glándula pineal o epífisis.

El dualismo de Descartes ha pervivido porque la idea de que hay entidades inmateriales que operan en el mundo material es demasiado golosa para el cerebro humano, que les ha dado diferentes nombres: dioses, espíritus, alma, psique, información, *software*. Dicen los “expertos” que en el futuro se podrá descargar en un ordenador la mente de una persona y así alcanzaremos la eternidad. El dualismo cuerpo/mente de Descartes se ha metamorfoseado así en el dualismo hardware/software. El pensamiento mágico sigue existiendo en este último reducto con una nueva máscara. La Revolución Científica aún no ha terminado.

Un día ya muy lejano entró el profesor en la clase de filosofía. Yo estaba en el último curso de bachillerato y era el primer día. Señores, dijo, el cordero se come la hierba y el hombre se come al cordero. Quiero que piensen en esto, añadió. Y se fue del aula. Al día siguiente nos preguntó a qué conclusiones habíamos llegado. Dijimos una sarta de tonterías. Es muy sencillo, explicó el profesor: la hierba, el cordero y el hombre están hechos de la misma sustancia. Hoy voy a hablarles de Demócrito de Abdera.

Los científicos revolucionarios del XVII no creían que la materia fuera continua, sino que pensaban que estaba hecha de partículas irreductibles, que no podían dividirse más y que estaban físicamente separadas unas de otras. Todos los fenómenos de la naturaleza, como por ejemplo el calor, podían entenderse a partir de las partículas. Eran por lo tanto atomistas, como lo había sido Demócrito de Abdera y los epicúreos. Entre esos corpúsculos de materia había vacío necesariamente, algo que no podían admitir los seguidores de Aristóteles, partidarios de la continuidad de la materia.

Entre los libros más maravillosos que se han escrito está *De rerum natura* (Sobre la naturaleza de las cosas), de un epicúreo romano llamado Tito Lucrecio Caro. La doctrina epicúrea era irreconciliable con todas las demás doctrinas filosóficas y con todas las religiones, y por eso el materialismo epicúreo fue cortado de raíz. Era el enemigo

público número uno. Pero un ejemplar del libro de Lucrecio fue encontrado en 1417 en un monasterio (sí, salvado por la Iglesia) y su publicación cambió el mundo abriendo las puertas a la ciencia que vendría después. Así lo cuenta Stephen Greenblatt en su espléndido libro *El giro*.

Con todo el aprecio que siento por los epicúreos, tengo que decir que hay una diferencia fundamental entre su atomismo y el de los científicos. Los epicúreos pensaban que los átomos chocaban al azar, creando y disolviendo el mundo material. Para un científico hasta los átomos obedecen leyes.

El cuerpo humano es un buen ejemplo de la continuidad entre el final del Renacimiento y el Barroco en lo que se refiere al desarrollo de la ciencia. Toda la Edad Media no hizo otra cosa que repetir las enseñanzas de Galeno, un griego de Pérgamo que llegó a médico personal del emperador Marco Aurelio y de su hijo Cómodo. Sin embargo, Galeno no realizó disecciones de cuerpos humanos, con lo que su conocimiento de la anatomía procedía exclusivamente de los animales.

Su autoridad fue indiscutible hasta que se empezaron a hacer disecciones de cuerpos humanos en las universidades. Con justicia podemos decir que el libro *De humani corporis fabrica* del bruselense Andrés Vesalio marcó un antes y un después en la anatomía humana. Pero los ana-

tomistas del Renacimiento estudiaban cadáveres, no seres vivos, y la circulación de la sangre no fue completamente entendida hasta la llegada del inglés William Harvey.

Me gustaría terminar por donde empecé, por Descartes. En su *Discurso del método* Descartes afirma que se pueden vencer las enfermedades e incluso la vejez por medio del conocimiento. Es decir, aplicando su método. Por eso sorprendió al mundo que Descartes muriera a la temprana edad de 54 años de una neumonía. Por supuesto, con el instrumental de la época Descartes no podía saber nada de los agentes patógenos y no tenía medio de combatirlos.

Pero la aplicación del método científico llevó con el tiempo al conocimiento de las causas de la neumonía, haciendo posible su prevención o su cura. Lo hemos visto recientemente. Las vacunas han salvado a la humanidad.

Europa ha dado a la Humanidad, en resumen, un gran regalo, que es la ciencia. Por su carácter universal se ha extendido a todo el mundo y es compartida hoy por todas las naciones, independientemente de su régimen político.

¿Independientemente de su régimen político? Me atrevo a decir que no. Puede que la tecnología sea neutra, puede que la tabla periódica se explique igual en las dictaduras que en las democracias, pero algo me dice que lo que constituye el núcleo de la ciencia, la pasión irrenunciable por el conocimiento, la osadía a la hora de hacerse preguntas incó-

modas y la posibilidad de contestarlas siguiendo el método científico, no es independiente de la organización política de una sociedad.

La primavera geopolítica de Europa

Josep Borrell

Si por primavera entendemos el revivir de un proyecto vital y por otoño la pérdida de su impulso, ¿en qué momento se encuentra la Unión Europea en este principio del año 2023?

Seguramente en este libro se expondrán distintas respuestas a esta pregunta existencial. Y cada una dependerá de las expectativas que cada cual tuviera sobre ese proyecto tanto como de la valoración subjetiva de las respuestas que la Unión Europea ha sido capaz de dar a acontecimientos tan imprevistos, complejos y peligrosos como los ocurridos en los últimos tres años.

En efecto, desde que en diciembre del 2019 asumí las funciones de Alto Representante de la Unión para la Política Exterior y de Seguridad, y de Vicepresidente de la Comisión Europea, la Unión se ha enfrentado a una pandemia que paralizó la economía mundial y a una guerra en sus fronteras del Este que ha producido una policrisis global, energética, alimentaria y financiera.

Y creo que se puede decir que la Unión Europea ha demostrado una gran resiliencia y una capacidad de respues-

ta muy superior a la de anteriores crisis. Por ejemplo, nos hemos librado de la dependencia energética de Rusia con una resolución y rapidez impensables. Y aunque haya sido económicamente costoso, nos hemos mantenido unidos en el apoyo económico a Ucrania y las sanciones a Rusia. Y lo que es más innovador, hemos unido nuestras capacidades militares y financieras para ayudar a armar a un país en guerra. Hemos roto así un tabú tan importante como lo fue el de endeudarnos de forma conjunta y solidaria para hacer frente a la pandemia del covid-19. Acciones trascendentales que se creía que no se podían hacer, se hicieron de forma rápida y eficiente, en claro contraste con las vacilaciones frente a la crisis del euro entre el 2008 y el 2012 o a la pasividad con la que se respondió a la ocupación de Crimea en el 2014.

Eso demuestra que hemos aprendido de pasados errores y que hemos aprovechado las segundas oportunidades que la Historia nos ha brindado. En el 2020, frente a la pandemia, en menos de tres meses se lanzó un endeudamiento colectivo de 750.000 millones de euros. Y en el 2022, en menos de 48 horas se decidió utilizar, por primera vez, un instrumento financiero comunitarizado, el Fondo Europeo para la Paz, para ayudar a Ucrania a defenderse de la invasión de Rusia y aprobar un paquete de sanciones sin precedentes contra la economía del agresor.

Esos signos de vitalidad, y no son los únicos, son más propios de un renacer primaveral que de un letargo otoñal.

Constatamos aquello tan citado que nos dijo Jean Monnet: Europa se hará en las crisis, y será el resultado de las soluciones que demos a ellas. Monnet no dio por hecho que cada crisis permitiera avanzar en el proyecto europeo, sino que lo hizo depender de la respuesta que fuésemos capaces de dar a las crisis. Y Monnet tenía razón, y como la Historia ha demostrado una y otra vez, las crisis son momentos en los que nos vemos obligados a reaccionar, y según cómo lo hagamos avanzaremos hacia la plenitud del verano o retrocederemos hacia el letargo invernal.

Concentraré mi análisis en la guerra de Ucrania, sin duda el acontecimiento más grave desde el fin de la guerra fría y el más peligroso desde el fin de la segunda guerra mundial.

La injustificada guerra de Rusia contra Ucrania supone un nuevo test “monnetiano” a la Unión. Y en mi opinión es el más trascendente porque se puede argumentar que hasta hoy se ha sabido gestionar crisis cuando han sido solucionables con instrumentos legales y/o económicos (como el Brexit y la pandemia), pero no se han resuelto aquellas cuya solución requiere una capacidad geopolítica (como los conflictos en la antigua Yugoslavia, Libia o Siria), que incluye capacidades coercitivas a cuyo uso he llamado “el lenguaje del poder”. Y eso nos obliga a enfrentarnos a los conflictos armados, acontecimientos del todo condenables

e indeseables, que creíamos desterrados de nuestro espacio vital pero que son las ocasiones en las que Europa tiene que ejercer como actor geopolítico. Y esa dimensión es la que espero que la Unión Europea, que nació como un proyecto de paz entre europeos en un mundo dividido en los bloques de la guerra fría y todavía no globalizado, sea capaz de desarrollar en el mundo de hoy.

No sabemos cómo acabará la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania. Pero ya es evidente que Putin ha errado en sus cálculos sobre lo que la UE era y podía hacer. Aunque no le faltaban motivos para creer que su apuesta le saldría bien. Después de la invasión de Crimea en 2014, la Unión Europea aumentó las compras de gas ruso y no pudo evitar el enquistamiento del conflicto bélico en el Dombás. Putin calculó que nuestra dependencia energética y la exigencia de unanimidad en la política exterior de la UE impediría cualquier tipo de reacción más allá de declaraciones y quizás alguna sanción más fuerte de lo acostumbrado. Pero Putin sobrevaloró tanto la capacidad de su ejército como subestimó la capacidad de la Unión Europea para corregir errores pasados ¿Íbamos a dejar a su suerte a un país que anhelaba integrarse en el proyecto europeo? ¿Íbamos a permitir una violación flagrante del derecho internacional en nuestras fronteras inmediatas? ¿Íbamos a mantenernos como espectadores ante una invasión que sentara el prece-

dente de otras cada vez más cercanas? Preguntas relevantes, pero para las que la respuesta de la UE no estaba escrita antes del inicio de la guerra.

La guerra se veía venir, aunque nos resistíamos a aceptarlo. A principios del 2022, cuando Rusia ya había planteado sus demandas de vana autojustificación para la acumulación de fuerzas en las fronteras de Ucrania, visité el frente del Dombás donde una guerra larvada desde el 2014 había producido más de 14.000 muertos. Recuerdo muy bien la estepa helada, los convoyes militares, las casas destruidas y el lejano ruido de los disparos. De regreso a Bruselas me entrevisté en Kyiv con el primer ministro de Ucrania y este me dijo: “Rusia va a atacar porque no ha concentrado 150.000 hombres en nuestras fronteras solamente para darnos miedo. Y cuando lo haga, sabemos que ustedes no van a venir a ayudarnos. Los jóvenes europeos no van a luchar y morir a nuestro lado. Pero, por lo menos, ¿nos darán ustedes armas para que nos podamos defender?”

No pude contestar esa pregunta porque no estaba seguro de que tal cosa fuera a ocurrir ya que precisa de la unanimidad de 27 Estados miembros que ni pensaban igual entonces ni piensan igual ahora. Y hoy, cuando ya conozco la respuesta que le hemos dado, me pregunto: ¿hicimos todo lo posible para evitar esta guerra? ¿Era evitable? ¿Por qué ocurrió?

Lo cierto es que se desarrolló una actividad diplomática frenética para intentar evitar la guerra. Visitas y llamadas telefónicas a Moscú de los líderes europeos. El 1 de febrero, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergey Lavrov, envió una carta a cada uno de sus homólogos de los 27 Estados Miembros, pidiéndoles “cómo entienden su obligación de no reforzar su propia seguridad a expensas de la seguridad de otros Estados sobre la base del compromiso con el principio de seguridad indivisible”. El día 9 le respondí en nombre de todos ellos diciendo que la Unión Europea estaba dispuesta a sentarse a discutir las condiciones de seguridad que Rusia reclamaba incluyendo el concepto de la indivisibilidad de la seguridad que ya había planteado Putin en Múnich en el 2007. Lavrov despreció la respuesta diciendo que él había escrito a 27 responsables políticos y que le había contestado un burócrata Bruselense. Lavrov se quedó sin poder explotar divergencia alguna entre los 27 pero ya no se avanzó en el diálogo.

El día 23 presidí el Consejo de Ministros de Exteriores, ya con información de inteligencia que nos decía que la guerra era inminente. Reconozco que la mayoría de europeos, yo incluido, nos resistíamos a creerlo. Pero cuando hacia las 5 de la mañana del 24 de febrero de 2022, la voz al otro lado del teléfono me dijo “*they are bombing Kyiv*”, me di cuenta de que la historia había girado una página y

que la UE sería lo que fuésemos capaces de responder a una nueva crisis creada por una potencia nuclear, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, que había invadido a su y nuestro vecino. La guerra de alta intensidad volvía al continente europeo y ese momento marcaba un punto de inflexión no sólo para la Unión Europea, sino para el mundo entero.

Inmediatamente empezamos a pensar, como en otras ocasiones, en las sanciones económicas que se podían imponer a Rusia. Pero esa clase de respuesta me pareció insuficiente. ¿No podíamos hacer más? Si Rusia consigue colocar un gobierno títere en Kyiv como el de Bielorrusia, ¿dónde queda nuestra seguridad?, ¿quién va a perder? Los ucranianos, por supuesto, pero, ¿y nosotros?, ¿no podíamos hacer más, no solo para ayudar a Ucrania, sino también para nuestra propia seguridad?

Y sí, claro que podíamos hacer más. Podíamos utilizar el instrumento financiero que llamamos Fondo Europeo para la Paz, pensado para dotar de armas a aquellos países, la mayoría africanos, con los que tenemos acuerdos y misiones de entrenamiento militar. No estaba pensado para financiar armas letales a un país envuelto en una gran guerra convencional, pero ¿por qué no ayudar a defenderse a un país con el que tenemos lazos todavía más fuertes y que está haciendo frente a una invasión en la que se juega

su supervivencia? No había nada en el reglamento de ese Fondo, de naturaleza intergubernamental y que no es parte del Presupuesto Comunitario, que lo impidiera. El que no se hubiera hecho nunca antes no era una razón suficiente para no hacerlo en las actuales circunstancias. Y en menos de 36 horas los 27 Estados miembros acordaron utilizarlo para financiar la ayuda militar a Ucrania al tiempo que cada uno lo hacía además de forma bilateral. Y eso que nunca se había hecho, se hizo y se sigue haciendo, de momento con hasta 3.500 millones de euros desde el Fondo y hasta más de 10.000 millones si se suman las ayudas bilaterales.

Pero la ayuda militar, innovadora, es solo una parte de la ayuda de la Unión Europea a Ucrania. En total, al escribir estas líneas, la ayuda militar, humanitaria y macrofinanciera de la UE a Ucrania alcanza ya los 50.000 millones de euros, una cifra superior a la de cualquier otro país o asociación de países, incluido EE.UU. La ayuda militar de EE.UU. es mayor que la nuestra y ha sido sin duda la determinante, pero la nuestra no es en absoluto irrelevante.

Para saber si estamos en una primavera o un otoño, debemos también preguntarnos qué hubiera pasado si en vez de Biden hubiera estado Trump en la Casa Blanca? O, ¿qué puede pasar en el futuro si hay otro presidente de Estados Unidos que no piense como Biden? Quiero pensar que la respuesta europea hubiera sido la misma. Pero no estoy se-

guro de que hubiera sido tan inmediata la respuesta ni tan clara nuestra unidad.

Pero esos posibles escenarios nos deberían hacer más conscientes de la necesidad de asegurar nuestra seguridad. Los europeos debemos asumir que vivimos en un mundo peligroso y que basar la pacificación de las relaciones internacionales en el comercio y el derecho, tal como hacemos dentro de la UE, no basta. El mundo no es como nos gustaría que fuera y hay quien está dispuesto a utilizar la violencia para modelarlo a su gusto y manera. Para comerciar hacen falta al menos dos, pero para hacer la guerra basta con uno. Y nuestra seguridad no se puede construir solo sobre la base de dependencias económicas que suponíamos iban a impedir los conflictos. También tenemos que estar dispuestos a tener más y mejores capacidades militares y la voluntad política de ponerlas en acción cuando sea necesario.

Sin duda, el ataque contra Ucrania ha demostrado que la OTAN es necesaria para la seguridad europea y la organización se ha reforzado con las solicitudes de adhesión de Suecia y Finlandia. Pero, dentro de la OTAN, el esfuerzo de defensa de los propios europeos debe incrementarse sustancialmente, tal y como acordamos en la declaración conjunta UE-OTAN del 10 de enero de 2023. Paralelamente, el Strategic Compass que presenté y fue aprobado por el Consejo Europeo en marzo de 2022 pretende que ese incremento de

gasto militar se haga reduciendo las actuales duplicidades y subsane las carencias que resultan de 27 capacidades de defensa construidas con una coordinación manifiestamente insuficiente. Y para que esas capacidades operativas puedan utilizarse por los europeos en ocasiones en las que la OTAN decida no actuar.

La Unión Europea también debe plantearse cómo la guerra contra Ucrania también ha impactado al resto del mundo. Al atacar a uno de los principales exportadores mundiales de cereales y fertilizantes, destruir sus silos y bloquear sus puertos, Rusia provocó una fuerte subida de los precios de los alimentos que ha puesto en peligro la vida de millones de personas en todo el mundo, especialmente a África y Oriente Medio.

Frente a esta situación, la UE organizó “carriles solidarios” para evacuar el grano ucraniano por tierra, y las Naciones Unidas y Turquía forjaron un acuerdo en otoño de 2022 para desbloquear los puertos del Mar Negro. La guerra también provocó una fuerte subida de los precios mundiales de la energía que alcanzaron su máximo en agosto pasado.

Afortunadamente, a día de hoy, tanto los precios de la energía como de los alimentos están bajando hasta niveles parecidos a los de antes del inicio de la guerra pero siguen siendo altos y existen dudas sobre su evolución futura. Pero

hemos eliminado nuestra dependencia del gas y el petróleo ruso y con ello un gran condicionante de nuestra relación con Putin. Y eso no es poca cosa.

Las acciones de Rusia han sido condenadas en repetidas ocasiones por la gran mayoría de los países miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Pero muchos países de lo que ahora se llama el “Sur Global” son más sensibles a las consecuencias de esta guerra que a sus causas. Y algunos países de gran influencia siguen reticentes en su condena a Rusia y a exigirle la retirada de sus tropas del territorio de Ucrania. Buena parte de la opinión pública de esos países es receptiva a la propaganda rusa de sanciones impuestas por los países occidentales del aumento del coste de energía y alimentos. Sin embargo, nuestras sanciones nunca han afectado a las exportaciones rusas de cereales o fertilizantes ni de combustibles a destinos distintos de Europa.

La UE debe ser más proactiva en la “batalla de narrativas”, escuchar más y mostrar más empatía y humildad, porque nuestra visión sigue siendo, en mi opinión, excesivamente eurocéntrica. El futuro de la UE y su papel en el mundo dependen de ello. Es crucial que la guerra de Rusia contra Ucrania no nos haga postergar la lucha contra desafíos globales como el clima, la igualdad de género, o los objetivos de desarrollo sostenible. Ni nos haga disminuir

nuestro compromiso con otras partes del mundo donde también hay conflictos y necesidades que atender.

Mientras acabo de escribir estas líneas en el tren de regreso de la Cumbre entre la UE y Ucrania en Kyiv, soy muy consciente del profundo deseo de Ucrania de incorporarse a esa UE que se rige por un modelo sociopolítico distinto al autoritarismo que Putin ha instalado en Rusia. Y los europeos debemos seguir ayudándoles a que Ucrania alcance una paz digna y duradera y esté en condiciones de ser cuanto antes miembro de nuestra Unión.

Hemos de aprovechar esta imprevista y grave crisis “monnetiana”. Quizás no avancemos con cada crisis y cada una requiera de una segunda oportunidad que permita rectificar pasados errores. Pero lo que es seguro es que ahora estamos asistiendo al principio del nacimiento de la Europa geopolítica. Ese es el sentido de la primavera europea, que los temporales no deberían frustrar.

Un violín bajo la tormenta

Ignacio Camacho

1. SONATA DE PRIMAVERA.- “Europa es un violín sonando de noche en una calle mojada”, evoca Georges Simenon desde algún lugar de América. Era en la época en que el continente trataba de coser con hilos invisibles las heridas de la guerra. Tiempo de reconstrucción, de reconciliación, de deshielo, de primavera civil, política y social plasmada en el proyecto que Monnet y Schuman esbozan primero en la CEEA y luego amplían en la CEE, la Comunidad Económica Europea. Tanteos de una estructura política confeccionada a través de lazos comerciales, industriales, culturales, incluso deportivos, como la Copa de Europa, primer intento de saltar a través del poder blando del fútbol las barreras del Telón de Acero. El gran escritor belga intuye en la metáfora del violín el fondo emocional de una unidad recién destruida y sugiere el camino de una comunidad de sentimientos y de un patrimonio inmaterial compartido. Flores musicales sobre los escombros apenas apartados; la cultura como herramienta de rehabilitación moral tras la catástrofe.

Los padres de la CEE optaron por un activismo más pragmático. La economía como motor del acercamiento y la colaboración entre naciones enfrentadas a sangre y fuego dos veces en menos de medio siglo. En aquel momento, en la plenitud de la Guerra Fría, sólo era posible trazar vínculos en la mitad del escenario posbélico; la otra mitad vivía bajo un sistema distinto, con las libertades y los derechos abolidos en nombre del comunismo. Pero el espacio mercantil común constituía sólo el paso inicial de un modelo político, el verdadero final de una operación de largo alcance que acabaría cuajando varias décadas más tarde. La primavera consistía en un clima de cooperación estratégica que impidiera nuevas fracturas y abordase un principio de reunificación bajo los valores de las democracias liberales. Libertad de circulación de mercancías —después de capitales y de personas—, regímenes parlamentarios, sufragio universal, constituciones garantistas, respeto por los derechos humanos. El nuevo orden de paz erigido sobre las ruinas de un conflicto dramático.

Sobre esa paz se escribió una historia de éxito, un espacio de prosperidad, desarrollo y convivencia inéditos que se convirtió pronto en el faro de atracción para las sucesivas ampliaciones a nuevos miembros. Entrar en el club, lo sabemos bien los españoles, era un objetivo esencial de normalización, un billete de primera clase para el viaje ha-

cia el futuro. También un exorcismo contra los viejos demonios nacionales y exteriores que cada país guardaba en el armario de sus fracasos. Europa como solución (Ortega), como aval, como marchamo de progreso en todos sus sentidos. La nueva luz en lo alto de la colina iluminando el territorio de la razón tras el delirio letal de las tiranías y los nacionalismos.

Por razones complejas, que van desde la transformación global y la revolución tecnológica hasta la dificultad de gestionar una alianza cada vez más amplia y heterogénea —pasando por la acumulación de crisis encadenadas en los mecanismos institucionales sistémicos—, el proyecto inicial ha combinado con el paso del tiempo avances significativos y errores de planteamiento que han conducido a ciertos *impasses* cuando no a palpables retrocesos. En el balance conjunto siguen pesando considerablemente más los aciertos, sobre todo los de la apertura al Este, el marco de seguridad jurídica y el de una cohesión reforzada por los sucesivos tratados y la unidad monetaria (aunque parcial) del euro. Pero el tablero geopolítico ha cambiado fuera y dentro, y ese cambio dibuja un horizonte incierto de amenazas, zozobras y riesgos. El golpe del Brexit es relativamente digerible porque el grado de compromiso británico siempre fue como mínimo discreto. Sin embargo, la irrupción de los populismos, la debilidad de los liderazgos moderados,

la desigualdad social incrementada por el desempleo, los problemas energéticos o los derivados de una deslocalización industrial que la pandemia de covid puso de manifiesto plantean retos difíciles que afectan de lleno a los principales objetivos estratégicos. La Unión no está en decadencia pero ofrece síntomas de vivir una crisis de compromiso y acaso de modelo.

2. SONATA DE OTOÑO.- Ninguna fórmula de integración transnacional se entiende sin la consistencia de un ideal político compartido. Y las bases fundacionales, centradas en el marco social-liberal, viven un momento comprometido por el empuje de corrientes populistas que han resucitado discursos escépticos basados en las viejas premisas del nacionalismo. Al auge iliberal en estados como Polonia y Hungría, cuyos regímenes se deslizan hacia modelos autoritarios, se suma el declive de la socialdemocracia bajo el impacto de movimientos de izquierda radical que cuestionan tanto el capitalismo como los valores democráticos clásicos desde patrones ideológicos inspirados en los populismos —o “gentismos”—latinoamericanos. El modelo constitucionalista surgido en la posguerra en torno a dos grandes fuerzas moderadas en turnos de alternancia aparece en cuestión e incluso se atisban síntomas de que haya dejado de ser, como señala David Runciman, *“the only game*

on the city”, el único paradigma concebible en la “polis” contemporánea. La creciente simpatía por la Rusia de Putin entre formaciones europeas diversas, a derecha e izquierda del espectro parlamentario pero caracterizadas por una reivindicación soberanista, constituye una advertencia sobre el deterioro del imaginario cívico y social sobre el que se ha construido y desarrollado la experiencia comunitaria.

En la actualidad hay en la mayoría de las élites políticas de la Unión un cierto consenso —aunque formulado casi siempre en voz baja— sobre la existencia de un problema de “gobernanza”, anglicismo que señala los procedimientos y reglas del proceso de toma de decisiones. Las sucesivas ampliaciones de miembros de intereses muy diversos y a menudo opuestos han ido complicando sobremanera la construcción de marcos de acuerdo, dificultados por obstrucciones y vetos. El espíritu de los tratados se inspira en el principio de igualdad como base de la cooperación democrática, pero las divergencias sobre prioridades y el impacto de las políticas sectoriales en las economías de los distintos países generan conflictos en la aplicación de unos mecanismos que han acabado por volverse escasamente operativos.

En ese sentido, la idea de un núcleo duro que funcione como tractor de las grandes líneas de trabajo choca con numerosas resistencias entre socios de intereses divergentes que han aprendido a formar minorías de bloqueo. Y Ale-

mania y Francia, las dos naciones que deberían constituir, por aportación financiera y peso específico, ese eje dinámico han dejado de concordar sus estrategias con la fluidez de tiempos pasados. El entendimiento, nunca fácil pero sí bien construido, entre Kohl y Mitterrand ha dejado paso a pulsos abiertos de influencia cuyas repercusiones entorpecen la maquinaria de Bruselas. También está pendiente de resolución efectiva el correlato de las relaciones políticas y del sistema de los tres poderes en las instituciones europeas, donde las competencias del ejecutivo y el legislativo no reflejan con exactitud el mecanismo constitucional habitual en las democracias modernas. Hay un claro problema de eficiencia y de interlocución interna. Los órganos ejecutivos responden más a los equilibrios de poder entre socios que a los criterios y resoluciones del Parlamento. El centro de decisión no es la Comisión, apoyada en pactos políticos inestables, ni siquiera el Consejo —una especie de Cámara Alta sin funciones claras—, sino la asamblea periódica de primeros ministros de los países miembros, en la que la presidenta desempeña en la práctica las funciones de un consejero delegado, un CEO. Esa confusa distribución competencial se ha acabado asemejando a un modelo confederal más que federal, de tal modo que el ideal de unos Estados Unidos de Europa se queda en un concepto plasmado a medias y la partitura continental suena en ocasiones desafinada por la ausencia de una correcta dirección de orquesta.

A partir de esa indefinición política y del manifiesto influjo francoalemán en las directrices del Banco Central Europeo, ciertos movimientos de corte populista llevan tiempo expandiendo un sentimiento euroescéptico, un nacionalismo de nuevo cuño basado en el rechazo a la supuesta intrusión de métodos de gobierno ajenos. En general se trata de estímulos emocionales propagados a ambos extremos del espectro ideológico y favorecidos por la aparición de amplias capas sociales que se sienten perdedoras de las crisis económicas, de la revolución digital y de la reconversión provocada por la lucha contra el cambio climático. La izquierda radical agitó en Grecia la protesta contra las medidas de austeridad durante la crisis de deuda y la extrema derecha utiliza el miedo a la inmigración y los recelos sobre las consecuencias de la Agenda 2030. El arraigo creciente de esa conciencia de perjuicios sirve de combustible para estrategias de manipulación externa, patentes en la acogida popular a bulos y teorías conspirativas divulgadas desde la órbita rusa con claras intenciones desestabilizadoras.

3. ADAGIO.- El mensaje rupturista cala de forma indubitada, sobre todo tras el terremoto del Brexit. El programa nacionalista de Meloni ya gobierna —aunque con inesperada moderación pragmática— en Italia; los partidos de Le Pen y Melenchon se acercan seriamente a la posibilidad de dis-

putar la Presidencia de Francia; Hungría y en menor medida Polonia han asentado regímenes iliberales antieuropeístas de paladinas tendencias autoritarias y son numerosas las fuerzas de izquierda populista que bajo consignas pacifistas expresan su repudio al apoyo de la OTAN y la UE a la invadida Ucrania. En las seis décadas de historia del proyecto comunitario no había existido una corriente tan amplia de opinión pública adversa, cuyas premisas se ven reforzadas por los ya mencionados defectos de gobernanza y por la ausencia de mecanismos institucionales que reflejen una conciencia de ciudadanía plena e igualitaria. La cohesión es así más débil que nunca; de repente, las estructuras sistémicas se han descubierto peligrosamente amenazadas y se muestran incapaces de encontrar antídotos para combatir el virus de la propaganda, que ha aprovechado la pandemia de covid para burlar las defensas inmunes de las democracias.

Los retos confluyentes del nuevo orden geoestratégico mundial han sorprendido a Europa en una situación de vulnerabilidad agravada por deficiencias en el liderazgo. El retiro de la última gran dirigente europeísta, Angela Merkel, parece haber dejado una vacante sin relevo claro. La agresión de Putin contra Ucrania y la subsiguiente crisis energética han minado el prestigio de la excanciller al revelar errores estratégicos inadvertidos —la dependencia del gas ruso, sobre todo— que han quedado de relieve con carácter

retroactivo. Los partidos convencionales, pilares de la construcción de la UE, carecen de estadistas con autoridad para asentar mensajes prescriptivos que asienten la confianza social sobre una respuesta adecuada a los crecientes desafíos. Sólo la OTAN ha mostrado fortaleza unitaria, con reparos, ante el conflicto, erigiéndose de algún modo en la estructura clave de un muy perfectible entramado político. Pero la consistencia de la organización atlántica está sostenida por dos potencias externas: Gran Bretaña y Estados Unidos; los países de la Unión se han visto en posición de inferioridad por su compromiso tardío a la hora de asumir el incremento de los presupuestos de Defensa. El ataque ruso evidencia importantes grietas en un proyecto pensado desde la tranquilidad que suponía delegar su propia protección en manos del poderío militar americano. En este momento crucial, Europa aparece como una potencia de consumidores desarmados y con ascendiente muy escaso en la configuración de los nuevos ejes de poder planetario.

El papel de la UE en la geopolítica del siglo XXI está por resolver. Los Estados Unidos llevan cierto tiempo replegados sobre sí mismos, una posición que durante el mandato de Trump fue un verdadero programa de gobierno y que Biden no ha revertido del todo. La salida de Gran Bretaña permite la idea de un eje estratégico transatlántico fuera del concierto europeo. Las antiguas potencias metro-

politanas, en especial Francia, han mermado su influencia en Asia y África permitiendo que China despliegue su expansión comercial, financiera e industrial, y que Rusia gane adeptos mediante la cooperación armada. España no ejerce con provecho su proyección en la órbita latinoamericana, y en general es constatable la pérdida de peso de la Unión en la esfera diplomática. Sin embargo, basta mirar un mapa para advertir que la teoría de que toda crisis alberga una oportunidad adquiere sentido ante la coyuntura ucraniana.

Sea cual sea el desenlace de la guerra, una Ucrania neutral ya no parece concebible a medio plazo, por lo que una integración militar o política —o ambas a la vez— en el ámbito comunitario se perfila en términos más o menos inmediatos. La visibilidad y el protagonismo de Polonia en esta crisis la han distanciado del grupo de Visegrado, quizá el núcleo más hostil actualmente, aislando a Hungría y reforzado parte de los lazos que había descosido el euroescepticismo polaco. Pero si el conflicto no sirve para profundizar más en la solidez del proyecto, el futuro no será grato. Y eso implica avanzar en asuntos de relevancia esencial, como la autonomía energética, la reindustrialización de sectores deslocalizados, la homogeneidad fiscal, las reglas financieras o la vigilancia rigurosa de los estándares democráticos amenazados por el avance de los populismos autoritarios. Es asimismo urgente una política fronteriza bien definida, con

pautas comunes que eviten la ruptura del espacio Schengen, ahora prácticamente suspendido o anulado, y la conversión del debate migratorio en un arma arrojada en poder de los movimientos nacionalistas. El mecanismo confederal *de facto* agrava —por defectos de coordinación administrativa y por resistencias nacionales a la aplicación de criterios homogéneos en la justicia— la ausencia de un modelo común de seguridad y de una inteligencia antiterrorista. Si el riesgo del yihadismo y los problemas de seguridad quiebran la cohesión, pudren los lazos internos y deterioran el derecho de acogida, Europa habrá renunciado a la vocación solidaria y humanística que ha caracterizado su ética colectiva.

4. RONDÓ FINALE.- Sin embargo, si hubiese que reflejar los saldos positivos y negativos en una cuenta de resultados, el balance final arrojaría conclusiones satisfactorias. Con todos sus problemas, imperfecciones y carencias, y con su ensimismamiento susceptible de conducir a una autocomplacencia peligrosa, la Europa actual constituye hoy un oasis de bienestar y de estabilidad política, social, cultural y económica. Su rol en las dos últimas grandes crisis ha evitado que las naciones menos pujantes se deslicen hacia una inestabilidad peligrosa. En apenas década y media, se ha resuelto con aceptable solvencia la aparición de tres jinetes del Apocalipsis: el hambre (dos crisis económico-finan-

cieras), la peste (el covid), y la guerra. La masiva compra de deuda por el BCE evitó que algunos Estados cayesen en la quiebra —aunque los rescates impusieran dolorosas condiciones— y la inyección de fondos de ayuda tras la pandemia ha supuesto una generosa transferencia de rentas para paliar la escalada de pérdidas en sectores productivos de vital trascendencia. La gestión unitaria de las vacunas y la distribución de los citados fondos de recuperación han dado satisfactoria respuesta a la durísima prueba de estrés que ha representado la pandemia. Y las diferentes opiniones públicas nacionales han reaccionado con insospechada firmeza colaborativa ante la aparición de una emergencia bélica.

En otros órdenes, las políticas climáticas, si bien cuestionadas por significativos segmentos de población temerosos de sus efectos inmediatos, se están implementando con notable consenso respecto tanto a su necesidad en la preservación del medio ambiente como a su potencial de progreso. El nivel de vida medio y los estándares de igualdad son más que aceptables, comparativamente punteros. En el Eurobarómetro de enero de 2022, el 81 por 100 de los encuestados afirma ser feliz viviendo en la UE y el 68 por 100 la considera un lugar estable en un mundo turbulento. La absorción de migrantes y refugiados se produce con razonable capilaridad a pesar de su conflictivo impacto en ciertas sociedades acostumbradas a la endogamia de

lazos. El desarrollo cultural, educativo y asistencial, la autonomía alimentaria, la seguridad jurídica, la tolerancia cívica, la circulación comercial, el equipamiento urbano o la protección del sector agrario superan el rango de la mayor parte del mundo desarrollado. El BCE, acaso la institución más efectivamente federalizada, ya no es sólo el guardián de la inflación sino un verdadero banco de reserva capaz de afrontar rescates encubiertos mediante “manguerazos” de deuda. El Tribunal de Justicia define normas supranacionales a través de su jurisprudencia. Y en especial, las libertades individuales y públicas siguen estando en el centro de un modelo de respeto a los derechos humanos que empieza a volverse una excepción en un escenario mundial de palpable retroceso democrático.

Sucede que la mayoría de esos éxitos se fundamentan en mecanismos estructurales cuyo diseño esencial pertenece al pasado. Y que las nuevas generaciones, atacadas de desafecto general por la política y sus agentes, reclaman parámetros políticos y representativos mejor adaptados a los problemas contemporáneos. Buena parte del euroescepticismo anida en las capas más jóvenes, que se sienten alejadas de los ideales y métodos de una organización surgida en la posguerra. Agobiadas por un horizonte socioeconómico de perspectivas poco halagüeñas —especialmente para los nacidos en familias extranjeras— no acaban de aceptar una

legitimidad a cuyo origen se consideran ajenas ante la ausencia de una pedagogía centrada en la transmisión generacional de la misión europea. A ello hay que sumar la pérdida entre la población adulta del sentido de interdependencia, la dificultad para asumir cesiones de soberanía hacia instituciones en cuya gestión aprecian ineficacia, rutina y displi-cencia. Eso conforma un horizonte de pesimismo creciente bajo el síndrome de lo que Robert Hughes llamó “la cultura de la queja” y la constatación de que las sociedades avanzadas tienden a incrementar su grado de exigencia. La crisis de crecimiento, la desigualdad y el distanciamiento de las claves políticas convencionales plantean incógnitas complejas que sólo pueden resolverse con avances perceptibles y transformaciones concretas. Nada aleja más a los desencantados y a los indiferentes que cierta retórica abundante en la jerga bruselesa, llena de conceptos huecos formulados con lenguaje de madera.

Hay mecanismos anquilosados, si no directamente averiados, que necesitan reformas y deben producirse a la velocidad impuesta por la revolución tecnológica. El pulso de hegemonía chino-americano va a provocar cambios profundos y rápidos ante los que será menester adecuar estrategias de aliento largo para que el proyecto no colapse bajo el empuje simultáneo de los gigantes enfrentados. Europa es inferior a ambos en pujanza industrial, militar y tal

vez financiera, pero continúa disponiendo de los resortes intangibles del poder blando. Y ése es un capital de enorme relevancia en una escena polarizada..., si se dispone de inteligencia estratégica para establecer el diagnóstico preciso de las circunstancias.

Además de reformas, que también, se echan en falta impulsos más potentes que el de mantener el equilibrio de un *statu quo* más basado en la inercia que en la energía. Y eso es una cuestión de voluntad política, de brío en el liderazgo, de luces largas como las que periódicamente y no sin esfuerzo han brillado en coyunturas igual de problemáticas. El violín callejero de Simenon, donde resueñan notas de la mejor tradición cultural del continente, simbolizaba el eco balsámico de una paz kantiana recién recobrada, y su melodía debe y puede seguir sonando bajo la lluvia de este tiempo de incertidumbres planetarias. Pero esa partitura hay que saber tocarla. Con pasión, con fibra moral, con nervio, con garra. Con la convicción intacta de que se trata de un modelo de éxito cuya proyección hacia el futuro depende de un ejercicio colectivo de autoconfianza.

Entre la primavera de la esperanza (unidad de acción europea) y el invierno de la desesperación (impotencia militar)

Araceli Mangas

1. INTRODUCCIÓN

Han sucedido hechos de gran relevancia para la Unión Europea en los últimos años de este acelerado siglo XXI. Sitúo el contador en el año 2016 –salida de la Gran Recesión– para acotar este análisis hasta inicios de 2023. En siete años hemos vivido tres hechos de gran impacto que han reconfigurado el proceso casi octogenario de la integración europea: el referéndum británico de la retirada de la UE; una pandemia global; y la agresión rusa a Ucrania precipitando a la Unión hacia un cambio de época.

Claro que las respuestas dadas desde la unidad a estas crisis merecen el elogio y no echarlas al olvido. No obstante, las soluciones exitosas son parte del acervo y lo que interesa son las preguntas -todavía sin respuesta- que suscita la guerra en Ucrania sobre la hipotecada defensa de la Unión.

2. RESPUESTAS PARA LA ESPERANZA

2.1 El *brexit*: lección de unidad

El *brexit* fue una lección de unidad y fortaleza ante un gran desafío. La ciudadanía europea reaccionó con asombro ante el resultado del referéndum británico. No entendía que se abandonase un proceso que había garantizado la paz, las libertades y un nivel medio de bienestar como nunca tuvieron los europeos y pocos pueblos en la historia de la Humanidad.

La conmoción revelaba que, a pesar de las legítimas críticas que merece la UE, los europeos somos conscientes de que la integración es un bien común, imprescindible para nosotros, y un *global public good* para la comunidad internacional. Los británicos no abandonaron el proceso porque la Unión funcionase mal o fuera un fracaso. Se fueron porque no compartían el ritmo, la profundidad y consecuencias de la integración en la soberanía nacional.

Su anuncio de retirada provocó vientos favorables que revitalizaron el apoyo ciudadano a la integración europea (subió un 8% la participación en las elecciones europeas de 2019 frente a la bajada constante desde 1979). Los Estados miembros no sucumbieron al “divide y vencerás” de la política británica del siglo XIX. Ningún Estado buscó negociar y obtener ventajas del Reino Unido; todos respetaron que solo negociaba la Comisión.

Las instituciones europeas se volcaron en la idea de que la gente no debía sufrir en su vida personal, familiar, laboral y socio-económica. Los ciudadanos, primero: los de la UE desplazados en Reino Unido, y los británicos que vivían entre nosotros. Las personas no debían pagar por los errores de los políticos británicos. Frente a la compacta y firme negociación sin fisuras de la UE, el Reino Unido nunca pensó en sus consecuencias ni cómo consumir la retirada. No encontraba la puerta de salida.

El Reino Unido pasó de ser un legislador, en calidad de Estado miembro de la UE, a ser relegado a un tomador de reglas como país tercero. Espoleadas por el *brexit* –y también por el presidente Trump–, pues ambos sirvieron como motor *federador* de Europa, las instituciones se concentraron –en paralelo a la negociación del *brexit*– en combinar la Europa *instrumental*, la que resuelve día a día, con la Europa *finalista* que piensa en las ambiciones de futuro.

Se abrió un debate de fondo desde 2017 al más alto nivel sobre las oportunidades que la retirada británica ofrecía a una Europa soberana –en el sentido de más capacidad de decidir por sí misma–: la propuesta de “reparar” la Unión soberana del entonces presidente de la Comisión, Jean-Claude Juncker, y la de “reconstruir” del presidente Macron, ambas con la visión de impulsar la autonomía estratégica de la UE para la que Macron lanzó la idea de diálogos ciudadanos

para encarar con legitimidad los grandes desafíos de seguridad (Discurso en La Soborna, 26.09.2017).

Siguiendo la estela de esas ideas, la posterior presidenta de la Comisión, Ursula von der Leyen, propició en 2021-2022 un *diálogo social estructurado* con la ciudadanía denominado “Conferencia sobre el Futuro de Europa”. Convocada para mayo de 2020, la pandemia la retrasó un año y, de nuevo, la mala suerte se cebó con la clausura en 2022 al estallar en febrero la agresión rusa en Ucrania. Sus 300 propuestas tienen seguimiento institucional pero muchas quedarán para el futuro.

La Unión hizo virtud de lo inevitable: el *brexít* le permitió tomar impulso y se asomó a la primavera de la renovación democrática y estratégica.

2.2. La pandemia y las vacunas: lección de solidaridad

La reacción mutualizada a la pandemia es otra prueba de la fuerza motriz de la UE. En la crisis sanitaria covid-19, la Unión, sin tener competencias en salud, lanzó una estrategia de solidaridad que ha hecho olvidar sus silencios en la crisis financiera y sus dudas cuando el virus chino estalló en Europa en marzo de 2020. La batería de medidas de índole económica y financiera adoptadas fue apabullante.

La pandemia covid-19 originó la mayor crisis económica desde la Segunda Guerra Mundial. Tras una conversación inicial de Macron y Merkel en abril y su acuerdo de 18.05.2020, la Unión se erigió en la vanguardia de la recaudación mundial de fondos para hacerlos llegar a sus miembros (*Next GenerationEU* de 2020). Hizo lo impensable mediante una mutualización excepcional de deuda. Los fondos de Recuperación y Resiliencia son capitales captados en los mercados internacionales mediante empréstitos por la Comisión, previa autorización del Consejo, en nombre de la Unión. Ésta hizo algo que se creía imposible: mutualizar deuda en una operación excepcional.

No menos importante fue, al poco de estallar la pandemia covid-19, financiar investigación médico-farmacéutica que condujera a vacunas efectivas y garantizar su distribución. Y también se comprometió a reservar, financiar parcialmente y distribuir entre los 27 Estados dosis suficientes de vacunas para los 450 millones de europeos. Se convirtió en el mayor productor y exportador de la vacuna y asumió la solidaridad mundial como el mayor donante de vacunas a través del programa COVAX –aunque fuera muy insuficiente–.

En definitiva, la solidaridad financiera y la solidaridad de las vacunas salvaron empleos, vidas y abonaron un futuro con actuaciones inimaginables y ágiles de las instituciones

europeas impulsadas por la voluntad política de los Estados. Fue una explosión de la vida en primavera. La Europa que avanza en las crisis se volvió a hacer realidad.

2.3. Agresión rusa a Ucrania: liderazgo global

La agresión rusa a Ucrania fue percibida como una amenaza existencial para la propia Unión, además de ser una crisis que condicionará el mundo recibido. Tanto la extinta URSS como la Rusia de Putin nunca reconocieron personalidad e identidad a la UE. Las rápidas y contundentes respuestas confirmaron la capacidad de reacción política y financiera de la UE para ayudar a la agredida Ucrania.

Primero, su actuación diplomática a fin de movilizar una gran coalición antibelicista en la ONU y otros foros internacionales. Se desplegaron intensos y silenciosos esfuerzos diplomáticos de la UE en África, Asia y América que han logrado una razonable coalición estable de algo más de 140 Estados. Gracias a esa acción, mediante la Resolución 2623/2022, de 27 de febrero y hasta el final de la guerra, el Consejo de Seguridad transfirió su responsabilidad primordial, ante el veto ruso, a la Asamblea General como motor subsidiario ante el colapso de aquel. La Asamblea General debatió hechos y situaciones relacionadas con la agresión rusa, condenando en varias resoluciones las vulneraciones del Derecho Internacional Humanitario y las anexiones de

territorios ucranianos. En síntesis, se puede decir que la Unión Europea supo ejercer liderazgo político como gran potencia civil.

En segundo lugar, la Unión aprobó diez (hasta marzo de 2023) paquetes masivos de medidas restrictivas que abarcan todos los sectores económicos (con algunas excepciones para Hungría). También sanciones “inteligentes” a miles de personas físicas y jurídicas rusas y bielorrusas, públicas y privadas, con todos los datos precisos para su identificación y motivación de sus conductas coadyuvantes con la agresión –dando la opción a recurrir tales medidas por ser una Unión de Derecho bajo control judicial–. Sin embargo, el mundo no siguió a la Unión ni a Occidente en materia de sanciones. Solo unos 45 Estados han aprobado sanciones económico-financieras.

Y razones tienen Estados de África, Asia y América Latina para rechazar las sanciones: la agresión rusa no es la única ni la primera de las agresiones producidas en los últimos 78 años, además de constatar que no hay precedentes de sanciones en otros contextos de agresión cuando el autor fue un Estado occidental (EEUU, Reino Unido, Israel, OTAN) o prooccidental (Marruecos). Se nota el declive occidental aunque los Estados sancionadores (entre 40-45) conservan más de la mitad del PIB mundial y el liderazgo tecnológico.

Otro factor para la esperanza es la masiva ayuda financiera de la UE para mantener el funcionamiento de Ucrania como Estado ante los exiguos ingresos fiscales para sostenerse civilmente, iniciar la reconstrucción en las zonas liberadas y para la ayuda humanitaria (tanto sobre el terreno como acogiendo a unos cinco millones de refugiados de forma ejemplar).

La confianza generada en los noventa y comienzos del nuevo siglo XXI llevó a un desarme silencioso de una mayoría de Estados de la OTAN y de la UE. No hubo reacción ante acciones agresivas rusas como la de Georgia en 2008 y Crimea-Dombás en 2014. Y ante las consecuencias de la onda expansiva de la invasión rusa, la Unión y sus Estados miembros han dado un vuelco en materia de defensa y entrega de armamentos, acordando, entre otras decisiones vitales, rearmarse.

Y la Unión volvió a hacer algo impensable utilizando sus arsenales jurídicos en vigor: acordó sostener la legítima defensa rearmando al Estado agredido con capitales de naturaleza intergubernamental (extrapresupuestarios) como el Fondo Europeo de Apoyo a la Paz, creado en 2021 con otros propósitos pero ya previendo compras de armas ofensivas. Inimaginable. No es exactamente mutualizar la defensa, no, dado que hablamos de un fondo intergubernamental aunque para armar a un tercer Estado agredido... Al tiempo, autori-

zó y promovió el suministro bilateral de armas de los Estados miembros a Ucrania. Armó con medios financieros de sus Estados miembros (salvo Hungría) a Ucrania y sostiene su legítima defensa. Todo legal.

Han sido actuaciones que han mostrado fortaleza política externa e interna, además de financiera y flexibilidad, para armar a un Estado tercero agredido. No es cierto que haga la guerra por poderes o la subcontrate. Ningún Estado de la UE fue el agredido; aun así, la Unión reaccionó ante una agresión a un Estado vecino cuya sociedad anhela un Estado democrático. Sus respuestas se fundan en el deber de los Estados de cooperar para poner fin a la violación de una norma imperativa de Derecho Internacional (prohibición de uso de fuerza, art. 2.4 Carta de la ONU) y en el derecho a apoyar la legítima defensa del agredido (art. 51).

3. MOTIVOS PARA LA DESESPERACIÓN: ¿FIN DEL SUEÑO DE LA DEFENSA AUTÓNOMA?

La agresión a Ucrania ha sido una mina en la línea de flotación de la Unión Europea. Es cierto que Rusia no esperaba la respuesta coordinada y extensa de la UE y de las grandes economías de Occidente ni la ayuda militar a Ucrania. La fortaleza de la respuesta no debe ocultar que Rusia ha destabilizado a la UE en la medida en que ésta ha percibido

un riesgo existencial y sus objetivos y políticas a medio plazo (transiciones energética y climática) se han visto afectadas para afrontar la nueva etapa. Y si lo consiguió es porque la Unión tenía carencias.

Es probable que la UE sea ahora consciente de las muchas carencias de su política exterior y de seguridad, de fallos en sus actuaciones y de sus miembros en las dos últimas décadas. Su capacidad de persuasión fue nula. Después de la invasión rusa en Ucrania en 2014, en especial tras los frágiles acuerdos de Minsk II, la Unión se olvidó de construir un nuevo marco de seguridad con Rusia que adecuase la envejecida Carta de París de 1990 (continuadora de la de Helsinki de 1975). Es cierto que, una vez desatada la agresión rusa con violaciones masivas del Derecho de la Guerra y del Derecho Internacional Humanitario, ya no hay espacio ni tiempo para pensar si se pudo evitar la guerra (lo he razonado en otros trabajos desde 2014). Esa duda es el pasado, mientras que lo que interesa hoy son los interrogantes sobre el presente de la guerra y el futuro de la paz.

La UE entregó, a su vez, su seguridad energética a Rusia, sin calibrar que se podía ver arrastrada a un conflicto con su principal proveedor energético. Destaca la ingenuidad kantiana de Alemania y el fracaso de la *Ostpolitik*, desde los años setenta, confiando ciegamente en que el vínculo comercial controlaba a Rusia. Aquella opción fue en sí correcta, pero no se tomaron prevenciones complementarias.

Hasta la agresión rusa, la Unión Europea había construido su papel en el mundo como potencia normativa y comercial. En su Política Común de Seguridad y Defensa se limitaba a ser un “productor de seguridad” con acciones de carácter humanitario o de gestión de crisis para mantenimiento o restablecimiento de la paz, casi siempre de la mano de Naciones Unidas. No dominó herramientas de poder duro pues siempre confió en su capacidad de influencia como la gran potencia civil de poder blando. Su política de seguridad fue una herramienta ajena a la protección inmediata y directa de su ciudadanía, de su integridad o de sus intereses. Como potencia regulatoria, el poder blando era su fuerte. Cambiar esa forma de actuar hacia un poder duro es difícil después de más de 70 años.

La Unión ha vivido en un mundo paralelo pensando que solo tenía amigos y que todo se solucionaba sin la fuerza militar. Ha descubierto en los últimos años que tiene grandes rivales (China, EEUU de forma intermitente –Trump y tensiones comerciales–) o enemigos (Rusia) o agentes dobles (Turquía).

Tras el *brexit*, parecía que entrábamos en la senda correcta al desaparecer el veto británico a la defensa europea y también el repliegue de Estados Unidos hacia Asia que facilitaban a Francia volver a su vieja aspiración de liderar una defensa autónoma de EEUU. Éramos felices constatan-

do que, tras la retirada británica, la UE de la defensa había avanzado más en cuatro años que en decenas. Es claro que los acontecimientos nos han pillado a contrapié. En poco tiempo se avanzó mucho (Fondo Europeo de Defensa, cooperaciones estructuradas, cuartel general...) pero sin resultados convincentes para la defensa material de la UE.

Otro avance conceptual fue el informe “Brújula estratégica” de la UE elaborado desde 2020 por el Alto Representante, Josep Borrell, y aprobado por el Consejo Europeo (24.03.2022). Pone el énfasis en la base industrial de la defensa y en los dominios espacial y cibernético. Es un plan ambicioso que conjuga acción exterior y defensa; sobre todo, es realista, al reconocer que la Unión no tiene potencia militar.

Todos esos avances parecieron casi un juego de niños cuando Rusia decidió atacar para avasallar a un Estado vecino. La UE concentrada en fuegos artificiales y planeamientos de salón a varios siglos vista. Rusia lanzando fuego real devastando ciudades, masacrando a la población civil en Ucrania y lanzando amenazas con armas nucleares nada más empezar su agresión –después atemperadas–.

La agresión ha sido un particular *punto de inflexión* para Alemania (*Zeitenwende*), propiciando un cambio tectónico en la percepción de amenazas y respuestas que, como potencia con nueva conciencia regional, debe asumir

liderando la integración. Han asumido un fracaso de setenta años, dando un viraje con decisiones impensables de aumentar los gastos en Defensa (con reforma de su Constitución) a fin de tener el mejor ejército de Europa en un plazo de cinco años. La Alemania estratégica se reencuentra con sus responsabilidades y quizás pueda compensar el hueco británico.

Claro que sus pasos no alimentan el desarrollo de una base industrial europea para la defensa. Alemania orientó sus primeras compras hacia EEUU participando del “momento transatlántico” que ha generado la guerra en Ucrania. No solo en Francia preocupa el eje germano-estadounidense. Alemania abandonó la política de contención en relaciones exteriores y se lanzó plenamente a la escena europea e internacional desplegando su poder diplomático y financiero.

Una primera constatación es que la guerra provocada en Ucrania ha hecho saltar por los aires el incipiente sistema europeo de seguridad colectiva y el objetivo de la defensa autónoma de la UE. La realidad de la guerra en las fronteras de la Unión puso de relieve la débil política de defensa pacientemente construida *sin sentido del tiempo* desde los años noventa y la autonomía insuficientemente acelerada desde el referéndum británico en 2016.

La Historia y sus rápidos cambios nos vuelven a sorprender; cuando la Unión quiere cambiar, al hacerlo tan len-

tamente, el contexto cambia y pulveriza nuestra voluntad. Ya lo dijo Xavier Batalla: *“Europa, que quería cambiar el mundo, está siendo cambiada por un mundo que no para de cambiar”*.

Después de casi 80 años, todavía la UE no puede defender a sus ciudadanos, ni a sus Estados ni los intereses del conjunto. Los europeos no tenemos capacidades materiales militares ni humanas: no nos podemos defender por nosotros mismos desde hace bastante más de un siglo.

La propia Brújula Estratégica de 2022 no asigna ningún papel de defensa territorial de los Estados miembros a la UE. La Unión Europea -que se creía un proveedor de seguridad- es un *demandante de plenos servicios de seguridad* a los EEUU a través de la OTAN y, por ello, dependiente de su voluntad, intereses y objetivos. No era el Reino Unido el freno a la defensa propia; es claro que EEUU no acepta un sistema propio de la UE (la prueba fue el intento de sostener algunas semanas más el aeropuerto de Kabul en 2021 al no poder disponer de las tropas europeas asignadas a la OTAN).

Toda acción de la UE queda bajo la dirección de la OTAN, reflejando impotencia y subordinación a EEUU. Toda la retórica sobre la Europa soberana o la autonomía estratégica defendida por dirigentes nacionales y europeos expresa una simple complementariedad de la UE, sin reci-

proxidad clara de la OTAN hacia la UE. El monopolio de la defensa territorial de la UE por la OTAN parece imbatible.

La Unión ha despertado del sueño de la defensa autónoma. Dependemos y dependeremos de EEUU y de la protección de la OTAN en caso de guerra. La UE ha obrado bien en función de sus intereses existenciales en esta guerra, pero la agresión y sus consecuencias han favorecido los intereses de la anglosfera. Y la Unión es la principal damnificada políticamente de una guerra en Ucrania que es una partida estratégica en la confrontación EEUU-China desarrollada en el devastado territorio ucraniano con víctimas humanas europeas.

La Unión Europea ha estado dispuesta a violentar sus propias normas de adhesión al aceptar la candidatura de Ucrania. Este vecino europeo era, ya antes de la guerra, una democracia “híbrida” (autoritaria y corrupta). La Comisión ha reconocido que no reúne ni uno solo de los requisitos exigidos para ingresar. Tampoco ser candidato oficialmente cambiará la suerte de esta guerra feroz pues no es *per se* un exorcismo, un *vade retro Satanás*. No obstante, importaba para afianzar el ánimo de Ucrania y de su ciudadanía y motivar su futuro tras la guerra. Rusia no se opuso por subestimar a la UE y sabe que no debe abrir nuevos frentes que no pueda sostener estando ya sobrepasada por su propia agresión.

Y, por último, la OTAN se revitaliza por el apoyo entusiasta de Alemania, del Este y las súbitas conversiones de los neutrales; sí, pero también multiplica riesgos con las sucesivas ampliaciones al Este, a bálticos y a nórdicos (Suecia y Finlandia), pues la mayoría son *consumidores netos* de defensa: más de una veintena casi solo aportan riesgos y amenazas de guerra al conjunto.

En la OTAN hay pocos *contribuyentes netos* de seguridad (pocas amenazas de ser atacados y grandes capacidades materiales y humanas). Así, a gran distancia de todos, EEUU. Después Reino Unido, Francia, Italia, España, Polonia (¡el socio UE más confiable para EEUU!), Grecia... y Alemania, quizás, pronto. Turquía es impredecible y nada confiable (compra armamento ruso inservible para la defensa atlántica).

La Alianza aumenta su capacidad de disuasión, sí, y los riesgos de entrar en guerra por lo que tiene que aumentar sus capacidades militares personales y materiales. Se debilita más que se fortalece al ingresar Estados que absorben las capacidades del conjunto.

4. CONCLUSIONES

Es cierto que la Unión ha reaccionado unida y con fuerza política en los dos primeros impactos (*brexit* y pandemia)

sin grandes perjuicios para la integración aun siendo hechos indeseables y perjudiciales en sí mismos.

También reaccionó con liderazgo político internacional frente a la agresión rusa. Pero la guerra ha puesto a la Unión ante la realidad de sus graves insuficiencias y debilidades: su incapacidad para defenderse a sí misma. Las respuestas fueron adecuadas en tiempo y forma. Pero las preguntas pendientes afectan a debilidades estructurales de seguridad apremiantes.

Así, la Unión y sus miembros ¿hasta dónde están dispuestos a llegar y soportar en su ayuda económica y militar en la escalada bélica? ¿Hasta el *final*? ¿Es de verdad un imperativo existencial? No es fácil el equilibrio entre la “ética de las convicciones” (la defensa de los valores y el Derecho) y la “ética de la responsabilidad” (riesgos y consecuencias para la sociedad).

Hay muchos argumentos para la esperanza y algunos para el desánimo. Brotes verdes y muestras del ocaso o impotencia. La Unión enfrenta tiempos sin precedentes que requieren rapidez en la toma de decisiones y respuestas operativas y reales para disponer de una defensa autónoma capaz de defender por sí misma sus fronteras y a sus ciudadanos. No cabe una defensa a largo plazo. Se necesita ya, a corto plazo.

La integración europea estuvo motivada por la idea de no volver al pasado de guerras entre nosotros. Nuestro enemigo éramos *nosotros* mismos. En esta nueva etapa de madurez europea, el enemigo o el riesgo son *otros*. Tras el fracaso de 1954 para la defensa, las segundas oportunidades hay que aprovecharlas: construir en el corto plazo una defensa común y preparar la paz del continente con *todos* sin retribuir al pasado.

Reivindicación de la Europa menopáusica

Cristina Manzano

Desde la crisis económico-financiera de 2008, en España cambió el relato sobre la Unión Europea. A partir de ese momento cayó el entusiasmo un tanto ingenuo, un tanto acrítico, un tanto desinformado de lo que significaba el proyecto comunitario, en general, y para nuestro país en particular. Se desinfló el europeísmo naif con el que convivíamos. Ya se podía criticar a Bruselas y lo que de ella salía. Hasta entonces, todo lo relacionado con la Unión parecía primavera, desde ahí pasó más bien a ser otoño. En otros países la desafección había ido llegando de modo paulatino.

Cuando hoy me piden que elija entre el otoño o la primavera a la hora de describir cómo percibo la UE, prefiero no decantarme por ninguna de las dos opciones. Claramente, el proyecto ha pasado ya su primavera, esa etapa radiante, en la que todo florece (cambio climático mediante) y en la que por delante solo aparecen las expectativas de un verano lleno de vida y felicidad (cada vez más tórrido, eso sí).

Tampoco el otoño me convence, con sus bellos ocres, sus elegantes marrones, pero con la perspectiva de un invierno duro y desapacible (aunque, de nuevo, el termómetro y el cambio climático se empeñen en lo contrario).

Mi definición favorita en estos momentos sería la de una Europa menopáusica —tal vez por una cuestión vital del proyecto europeo, no la mía, que también—. Y ojo. No se confundan. Dejen de lado esa idea misógina y antigua de mujeres histéricas que han perdido el sentido procreador de su existencia. La menopausia ya no es un tema vergonzante, del que nadie se atreve a hablar. Todo lo contrario. ¿Acaso los 50 no son los nuevos 30; los 60 los nuevos 40?

Sí, serán los nuevos 30 o 40, pero con mucha más seguridad y confianza en una misma. Con mayor serenidad también. Es esa Europa que después del sofoco inicial en el arranque de la pandemia, con un sálvese quien pueda nacional, supo reaccionar buscando el beneficio común. Es verdad que en la memoria estaban todavía muy presentes las secuelas de la mala y desigual gestión de la crisis del euro. En la del coronavirus, la respuesta conjunta se dio primero en la búsqueda de suministros sanitarios y vacunas. No fue demasiado ágil; es lo que tienen el volumen y la edad. Parecía que otros, como el díscolo Reino Unido, se estaban aprovechando de su juego individual con las fuerzas del mercado. Pero al final la apuesta de Bruselas resul-

tó más eficaz, más equitativa y más sostenible. Más tarde llegó la revolución, tranquila, eso sí, que ha supuesto el plan Next-Generation EU y su embrionaria mutualización de la deuda, hasta hace no mucho asunto innombrable para Alemania.

Es esa misma serenidad, con firmeza, la que ha marcado la respuesta ante la invasión rusa de Ucrania. Un sentido de la unidad que ha pillado por sorpresa a propios y a extraños, empezando por una Rusia que no esperaba demasiado de una Europa que veía caduca, dependiente y vacilante. Una inesperada sororidad basada en la solidaridad y en la convicción de la defensa de los principios y los valores sobre los que se ha ido construyendo el proyecto europeo y que en este caso —no siempre ha sido así— alcanza también a los que, como Ucrania, aspiran a formar parte de él.

En ese viaje se ha reencontrado con un antiguo compañero, Estados Unidos, después de algunos años de abrupta separación. Siempre es una alegría retomar viejas amistades; revitalizar alianzas perdidas, recordar y reforzar aquello que nos une. Pero ahí la edad y la experiencia deben entrar también en juego. No se puede volver a caer en relaciones de dependencia. Como muy bien saben millones de mujeres en todo el mundo, es fácil de decir, no tanto de hacerlo realidad. La madura Europa tiende a menudo a caer en la complacencia, a postergar decisiones vitales para su

futuro. Parece empeñada en practicar aquello de “se haría en las crisis”, como vaticinó Jean Monnet, uno de los padres fundadores de lo que hoy es la Unión. El conflicto en Ucrania ha vuelto a echar a la UE en los brazos de la seguridad americana bajo el manto de la OTAN, como quedó escenificado en la Cumbre celebrada en Madrid, en junio de 2022, la del reencuentro y la de la presentación de un nuevo Concepto Estratégico que guiará sus pasos en los próximos años. Aunque no se trata solo de seguridad. La guerra también ha acrecentado la dependencia energética europea de Estados Unidos, con un notable incremento de las ventas de gas licuado americano.

Sería un error no seguir profundizando en lo que se ha bautizado en la jerga comunitaria como autonomía estratégica. Empezó como un debate sobre la seguridad y la defensa, alentado después, en buena medida, por el desdén de Donald Trump a las viejas alianzas. Algo se ha avanzado hacia un trabajo comunitario en investigación en este campo, pero una idea cercana a una unión de la defensa está aún muy lejos de materializarse. Los sucesivos anuncios nacionales de mayor gasto militar provocados por la invasión rusa de Ucrania no han llevado a una conversación seria sobre la necesidad de coordinar tanto el gasto como las capacidades de cada país, con el fin de invertir mejor y, sobre todo, ganar en eficacia.

Por otra parte, el concepto de autonomía estratégica ha ido ganando amplitud y profundidad con los años; el coronavirus lo extendió rápidamente al ámbito sanitario. “Nos hemos dado cuenta de que no producimos en Europa ni un solo gramo de paracetamol”, afirmó en el arranque de la pandemia Josep Borrell, Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la UE. ¿Alguien había definido alguna vez el paracetamol como estratégico? Ahora la idea de autonomía estratégica cubre también el campo energético. Han sido décadas de no querer ver los riesgos del gas abundante y barato que venía de Rusia, tanto por lo que suponía depender principalmente de un proveedor como por la naturaleza macarra de su líder. Los beneficios eran demasiado altos y las exportaciones iban demasiado bien como para pararse a pensar en qué podía ir mal. Se ha roto el tabú y la posibilidad de una Unión de la energía —tanto tiempo discutida, tantas veces pospuesta— es más real que nunca; también el salto exponencial hacia energías renovables, aunque no puedan cubrir toda la demanda.

Igual de estratégico, o más, es el acceso a la tecnología. Los grandes desarrollos de las últimas décadas han venido impulsados por empresas estadounidenses y asiáticas. Nos dormimos en los laureles de las ventajas de la globalización y la especialización y ahora nos lamentamos de no contar con ninguna de las grandes que dominan el pano-

rama global. Hemos sido muy buenos en tratar de regular lo que otros hacen, en tratar de definir cuáles deben ser los límites para cuestiones como la privacidad, o el uso de los datos, que han cobrado dimensiones impensables hasta hace poco tiempo. Pero ¿nos podemos contentar con eso?, ¿estamos a tiempo de revertir esa tendencia? El ejemplo de los semiconductores es emblemático. Buena parte de nuestra existencia depende de ellos y la inmensa mayoría de su producción está concentrada en un lugar: Taiwán. La inestabilidad geopolítica de la zona y la constatación de los riesgos de tal dependencia han llevado a países como Estados Unidos o Corea del Sur a diseñar ambiciosos planes de inversión para aumentar sus capacidades de fabricación de chips. También lo ha hecho la Unión Europea, aunque las cantidades destinadas están a años luz de las americanas o las coreanas.

Estas mismas lecciones sobre los peligros de la dependencia están sirviendo para repensar la relación con China. Hoy las materias primas críticas para las transiciones verde y digital, como el litio o las tierras raras, proceden en su inmensa mayoría de aquel país, más aún a raíz del acelerón provocado por la guerra en Ucrania. Eso, en un momento en que las tensiones comerciales y la desconfianza tecnológica entre Estados Unidos y China siguen aumentando, pillando a la UE en el centro de la disputa y, a menudo, sin criterio propio.

Ser autónomo no quiere decir cortar los lazos. Simplemente, poder hacerlo si fuera necesario. Significa trabajar juntos aportando cada uno lo que mejor tiene, lo que mejor sabe hacer, tratando de complementarse. Ese es el tipo de relación que la Unión debería buscar con sus socios, empezando por el más importante, Estados Unidos. También debería ser el momento de tener una voz clara en el mundo, defendiendo con coherencia los principios y valores sobre los que se asienta el proyecto europeo. Está lejos de ser así. Esa Europa geopolítica de la que tanto se habla es por ahora un ejercicio retórico.

Volviendo a la menopausia, es bien sabido que produce alteraciones hormonales y cambios en el cuerpo. Los sofocos acaban siendo una consecuencia incómoda, pero es cuestión de aprender a gestionarlos y, en última instancia, se pueden tratar médicamente. Posiblemente el mayor sofoco de la historia de la UE ha sido el del Brexit. Por muy especiales que fueran los británicos, nadie previó realmente que un país podría decidir salir del Club. Fue un *shock* existencial que, sin embargo, se saldó con un gran triunfo de la unidad europea en la mesa de negociación. No hubo cesiones a los intentos de Londres del divide y vencerás. El Brexit fue una victoria del populismo en estado puro, una tendencia que, junto con una presencia cada vez más ruidosa de la extrema derecha y de los nacionalismos, provoca en

todo el territorio de la Unión, además de sofocos, sudores fríos. Y más cuando sus representantes alcanzan el poder.

Antes de la invasión rusa de Ucrania, los desafíos que planteaban al Estado de Derecho Polonia y Hungría eran fuente de múltiples dolores de cabeza. Reformas que atentan contra la independencia judicial, los medios de comunicación, las universidades, la sociedad civil; contra las mujeres y los colectivos LGTBI; contra los inmigrantes, contra la protección del medio ambiente... La Comisión Europea puso entonces en marcha mecanismos que nunca antes había tenido que utilizar, como la activación del artículo 7 del Tratado de Lisboa; incluso así, estaba costando hacerlos volver al redil. ¿Por qué iban a hacerlo si seguían contando con el apoyo de sus votantes? En Polonia, el partido Ley y Justicia revalidó su triunfo en las elecciones de 2019, en pleno pulso con la Comisión. En Hungría, podría haberse pensado que la cercanía de Viktor Orbán a Vladímir Putin le penalizaría en los comicios de abril de 2022. Ni mucho menos. Ganó por goleada. La única palanca que ha hecho a los díscolos plantear reformas que los recolocan en la senda del respeto al Estado de derecho han sido los fondos de recuperación por la pandemia, retenidos hasta que no se aplica el cambio de rumbo.

No acaban ahí los desafíos planteados por el flanco oriental. Casi 20 años después de la Gran Ampliación —que

sumó de golpe a diez países, en 2004, a los que se añadieron Rumanía y Bulgaria en 2007 —, la Unión está todavía digiriendo la incorporación acelerada de algunos de sus miembros. El liderazgo que han asumido Polonia y los países bálticos en el apoyo a Ucrania hunde sus profundas raíces en un pasado común soviético del que conservan muy duras memorias. Pero se observa además la voluntad por su parte de trasladar el eje de pensamiento y acción del Oeste hacia el Este, con visiones y propuestas más conservadoras, con otra concepción de Europa, saliéndose de algún modo del guion diseñado en su día por Francia y Alemania.

Junto con la serenidad, la firmeza y la independencia, otra de las ventajas que dan la edad y la experiencia es la capacidad para crear redes o para reforzar y expandir las que se han tejido a lo largo de los años. De ahí el atractivo de la Comunidad Política Europea. No se trata de una idea nueva, pero sí ha sido replanteada por el ex primer ministro italiano Enrico Letta, primero, y lanzada después a la palestra de lo público, el 9 de mayo, día de Europa, por el presidente francés Emmanuel Macron, con su enorme capacidad para liderar el discurso —no tanto la práctica— europeísta. La incipiente CPE tuvo su primera reunión en octubre de 2022 con líderes y representantes de 43 países y ha propuesto un calendario para las siguientes. Aspira a establecer un espacio político más allá de la Unión Europea; una for-

ma de aglutinar a aquellos que ya están en el Club con otros que aspiran a entrar y con otros que no tienen intención de hacerlo, pero que tampoco quieren quedar completamente al margen. Es una respuesta directa de carácter político a los deseos de incorporación de Ucrania, Moldavia o Georgia —alentados por la guerra—, mientras van cerrando los complicados capítulos marcados por la UE, una tarea que llevará años. Y de otros países que ya estaban llamando a la puerta sin mucho éxito, como Serbia. También sería la fórmula para volver a relacionarse de un modo más estrecho con Reino Unido, una vez superado el trauma del Brexit.

Esta capacidad de crear redes junto a la de generar innovación institucional podría ser muy útil a la hora de identificar ideas viables para la gestión de este mundo fragmentado que viene. Tras el fin de la división en bloques que impulsó la caída del Muro de Berlín, tras el fin de una breve unipolaridad hegemónica estadounidense, tras el dilema de si estamos abocados, o no, a una nueva guerra fría —China-Estados Unidos— el orden global parece dirigirse a una fragmentación cuyo alcance aún no somos capaces de calibrar. Fragmentación por afinidades económicas, geográficas; por oposición a Occidente y a las antiguas potencias coloniales; por sistemas políticos —democracias *versus* autocracias—; por alianzas específicas para abordar cuestiones globales como el cambio climático o las migraciones. Está

ahí, pero no sabemos cómo vamos a gestionarla, dado que las instituciones globales creadas tras la II Guerra Mundial han quedado desfasadas en muchos casos. Con las credenciales que da haber desarrollado el proyecto de integración de más éxito de la historia, la Unión debería esforzarse por contribuir más a mejorar el multilateralismo existente y a diseñar las bases del futuro.

Puede que a esta imagen de la Europa menopáusica contribuya también el hecho de que la Comisión, por primera vez desde su creación, está liderada por una mujer. Ursula von der Leyen no responde, desde luego, al prototipo de feminista de última hornada, pero su sola presencia está haciendo mucho por cambiar un machismo siempre latente en las instituciones; también en las comunitarias. Cuántas veces, en estos últimos años, lo primero que se ha oído al referirse a ella, es que es madre de 7 hijos. ¿Alguien destacó alguna vez cuántos hijos tiene Jean-Claude Juncker, o José Manuel Durão Barroso, o Romano Prodi? En los pasillos bruseleses, mucho se ha criticado su falta de carisma, su diferente estilo de liderazgo; mucho se ha cotilleado también sobre su pésima relación con el presidente del Consejo, Charles Michel. Aunque es él quien ha salido perdiendo, en términos de imagen, en los feos que se ha empeñado en escenificar con ella —como el del *sofagate*, el incómodo episodio misógino coprotagonizado por el presidente turco

Recep Tayyip Erdoğan— en una visita de las instituciones a Ankara.

Es, desde luego, una forma de ejercer el poder aparentemente más suave, sin perder por ello la firmeza. Sea como sea, Von der Leyen pasará a la historia como la persona que lideraba la Comisión en momentos tan cruciales como la respuesta a la pandemia, colocando a la UE en otro nivel de integración, o como la respuesta a la guerra en Ucrania, ofreciendo al presidente Volodímir Zelensky todo su apoyo para una futura incorporación, al tiempo que anunciaba, ronda tras ronda, los sucesivos paquetes de sanciones a Rusia.

Si bien es cierto que la menopausia ya no es lo que era y que está colocando a las mujeres en una nueva etapa de empoderamiento, también lo es que durante años la investigación en torno a sus causas y, sobre todo, sus consecuencias, estuvo descuidada, cuando no despreciada abiertamente, por ser considerada “cosa de mujeres”. Una desatención que ha llevado a que todavía no haya tratamientos realmente eficaces para algunas de las molestias que lleva aparejadas. De ahí la necesidad de invertir, para conocer mejor, para paliar y para anticipar. Lo mismo se puede aplicar a la Unión Europea. En su caso, sí hay una amplia red de centros y personas dedicadas a estudiar, analizar y elaborar propuestas para los más diversos ámbitos que acompañan

el trabajo de las instituciones, de los gobiernos nacionales y también de la sociedad civil. Es fundamental seguir alimentando ese trabajo, para dar respuesta a los desafíos que surgen constantemente y para adelantarse con propuestas innovadoras a los que vendrán.

Como también es fundamental inculcar a las nuevas generaciones la importancia de este proyecto vital. Las encuestas detectan a menudo cierta desafección por parte de la juventud. El valor supremo de la paz en un continente que se autodestruyó durante siglos se da por sentado en una juventud que siempre ha gozado de ella. Como dan por sentadas las ventajas de moverse por un continente sin fronteras, con una sola moneda en un buen número de países; o de contar con la red de unos Estados del bienestar que se mantienen, incluso tras todos los envites de las crisis recientes. No puede calar la idea de que Europa es “cosa de Bruselas”, de un puñado de burócratas. La construcción de una auténtica ciudadanía europea sigue siendo un desafío que solo se puede afrontar mediante la educación. Una educación que refuerce los principios sobre los que se asienta la Unión, destacando aquello que nos une sin renunciar a la ingente riqueza de la diversidad que nos caracteriza. Un objetivo aún lejano en un país como España, que descuida la idea de Europa en su currículo escolar. Curiosamente, España es el primer receptor y el primer emisor de estudiantes Erasmus,

el programa que, según un gran consenso, más ha contribuido a forjar europeos.

Así que esta Europa menopáusica puede acabar cayendo en la complacencia o en la parálisis causada por la incertidumbre. Pero también puede tomar las riendas de su destino haciendo gala de firmeza, seguridad, orgullo e independencia, apoyándose en las redes que ha ido tejiendo y en otras que puede poner en marcha, consciente de que debe encontrar el modo de ceder el testigo a unas nuevas generaciones capaces de abordar un futuro lleno de primaveras. De ella, de nosotros, depende.

Los fantasmas de Europa

César Antonio Molina

La primera vez que escuché pronunciar, con peso, la palabra Europa fue en el colegio. No en una clase de historia sino en otra de dibujo. Corrían los años sesenta del pasado siglo y nuestro profesor, un acuarelista excepcional llamado Mariano García Patiño, ante las estrepitosas estampidas que se producían al final de las clases, antes de la comida, se le ocurrió decirnos que abandonáramos el aula no como españoles sino como europeos. Y a esta palabra le daba mucho énfasis. Al principio, semejante reflexión hizo mella en nosotros, aunque no teníamos claro qué diferencia había entre unos y otros. Todos percibíamos que aquellos a quienes, dada nuestra juventud, todavía no habíamos podido conocer, eran mejores que nosotros. Por tanto, uno de nuestros empeños futuros sería, al menos, equipararnos a ellos. Por otro lado, mi preuniversitario en La Coruña lo hice en el por aquel entonces denominado Instituto masculino que hoy lleva el nombre de Salvador de Madariaga. En nuestra ciudad había nacido, nada menos, que uno de los más grandes europeístas del siglo XX. Uno de los primeros premios Car-

lomagno, cuyo busto, al lado de los de Churchill, Adenauer, De Gaspari o Schuman, preside en Estrasburgo el Palacio de Europa, sede del Consejo de Europa y del Parlamento Europeo. ¿Acaso Madariaga no se merecería tener una copia de ese mismo busto en nuestro Congreso de los Diputados? ¿Acaso ese vacío no es una triste muestra de lo poco que aún sigue interesando a nuestros políticos Europa?

Madariaga, que lo fue todo durante la Segunda República, había sido uno de los principales ideólogos para la construcción europea tras el final de la Primera Guerra Mundial. Tan solo enumerar sus cargos y representaciones nos llevaría a finalizar muy pronto este texto. Sin embargo, recordaré que fue delegado permanente del Gobierno de la República ante la Sociedad de Naciones en Ginebra; así como, siendo uno de los responsables del Movimiento Europeo, promovió la creación del Consejo de Europa (1949), la firma de la Convención Europea de los Derechos del Hombre (1950), y la constitución de la Comunidad Económica Europea (Tratado de Roma, 1957). Madariaga fue además fundador y primer Presidente del Colegio de Europa en Brujas.

Cuando en el año 1976 regresó de su largo exilio a España y leyó su demorado discurso de ingreso en la Real Academia Española, viajó inmediatamente a Galicia y a su ciudad natal. Entonces fue cuando lo conocí pues yo estaba comenzando mi carrera periodística después de acabar mis

estudios de Derecho en la Universidad de Santiago. Entre las muchas cosas que le escuché comentar en aquellos luminosos días, una de ellas fue la decidida exaltación de la reconciliación entre españoles. La misma que iba a llevar a cabo la democracia que, por aquellas mismas fechas, se ponía en una dificultosa marcha. “Los españoles que antaño escogimos la libertad perdiendo la tierra y los que escogimos la tierra perdiendo la libertad, nos hemos reunido para otear el camino que nos lleve juntos a la tierra y a la libertad”, dijo el autor de *Ingleses, franceses, españoles*. Y eso fue lo que se hizo. ¿Qué más autoridad probada que la suya? Hay que repetirlo una vez más porque España sigue siendo ingrata con él. Madariaga fue nuestro primer político europeo, a la misma altura que los cuatro anteriormente citados. Pero, por si esto fuera poco, es además uno de nuestros grandes escritores en una gran multiplicidad de géneros. Su biografía y bibliografía es inmensa.

Un día, cuando nuestro compatriota se dirigió en inglés a la asamblea de la Sociedad de Naciones, el que más tarde sería primer ministro inglés y en aquellos momentos de 1931 era subsecretario del Foreign Office, comentó: “Me sorprende que un español pronuncie sus discursos en un inglés tan perfecto”. Afortunadamente, esto hace tiempo que lo hemos superado. Ambos fueron grandes amigos. Por lo tanto, nuestra presencia en Europa está avalada por uno de

sus padres más queridos y admirados. Madariaga no surge de la nada, sino que sigue la gran tradición de Francisco de Vitoria y los grandes juristas españoles del siglo XVI. Pero ya antes, Raimundo Lulio había hablado de la necesidad de reunir una asamblea de naciones para que trataran de resolver los problemas internacionales. Alfonso Soto, Gabriel Vázquez, el dominico Vitoria y el jesuita Suárez y otros teólogos y humanistas del siglo XVI, debido al descubrimiento de América, crearon el derecho de gentes, la doctrina de la interdependencia entre las naciones y la idea del arbitraje obligatorio. Francisco de Vitoria fue el verdadero fundador del derecho internacional y se adelantó a Hugo Grocio. ¿Dónde se explica todo esto a nuestros bachilleres? En ningún sitio. España está en Europa porque no sólo físicamente pertenece a ella, sino porque intelectualmente ha contribuido de manera decisiva en su formación teórica y luego pragmática. ¿Por qué todavía los españoles seguimos con un complejo de inferioridad y frialdad hacia algo que nos pertenece como propio?

Madariaga llamó necios a aquellos que consideraban la Unión Europea como un peligro para el genio particular de cada nación. “Un genio evoluciona, lo cual prueba su vitalidad, pero no sabría desaparecer. Ser europeo es también amar a la patria de los otros, teniendo una preferencia confesable por la propia”, escribió. Durante su estancia en

La Coruña aparecieron estas declaraciones que le hizo a Francisco Pillado, en aquellos años director de *La Voz de Galicia*. “La situación geopolítica de España y el carácter localista de los españoles son tales que, a mi ver, ha llegado el momento de darse cuenta de que no podemos seguir viviendo políticamente y pacíficamente bajo una constitución unificada. Creo que, en España, los caracteres regionales son muy fuertes. En ningún país ocurre eso. Por ejemplo, en Francia, no hay ningún “país” que difiera de otro como difiere el gallego, por ejemplo, del andaluz o del catalán. De modo que, en España, gozamos de esa capacidad de diversidad de caracteres que hace que cada país, como yo los llamo, tenga su aroma especial y, por consiguiente, su deseo de gobernarse según sus propias leyes. Creo, pues, que lo normal y natural es que seamos federalistas”. El actual estado autonómico yo estoy seguro de que hubiera sorprendido a Madariaga pues está a la altura de su idea federal o incluso en muchos aspectos la superaría. Han pasado casi 45 años desde estas declaraciones y las que añadido a continuación: “Debo reconocer que en los españoles hay una tendencia hacia el extremismo, y hay en el federalismo el extremismo del separatismo. Y esto es lo que hay que combatir. Hay que combatirlo con hechos”. Madariaga apostaba por dar a los municipios un poder casi soberano. Dos de sus más grandes amigos y Premios Nobel, Saint-John Perse y Camus, en-

salzaron su vida y su grandeza. El primero escribió que “la inteligencia crepitaba en él como la sal, se orienta mágicamente como limaduras de hierro en un campo magnético”. El otro lo calificó como “gentilhombre de las letras” y se felicitó por ser su contemporáneo.

Uno de los grandes problemas de Europa es el desconocimiento de su propia historia común desde la antigüedad. Todavía no hay un libro de geografía ni de historia de Europa que se enseñe en todas las escuelas de nuestro continente. Tampoco hay otras asignaturas para ser compartidas por nuestros estudiantes, sobre todo las referidas a las humanidades. La educación es básica en el futuro, y sin ella la unidad política y económica estará cuarteada. Europa, con sus grandes altibajos, se ha desarrollado casi al unísono. No así en su educación y formación común. Las cuestiones locales no han dejado de superponerse a las esenciales y generales. Europa tuvo grandes enemigos y, unas veces (quizás las menos), ha acudido toda ella en su propio auxilio, o se abandonó al destino, por ejemplo, o a la abulia a la hora de rechazar conjuntamente el avance otomano que llegó hasta las puertas de Viena. Y ya, contemporáneamente, el haber cedido a la URSS gran parte de su territorio central, hoy felizmente recuperado. Europa ha sufrido muchas invasiones, guerras sin fin y enemigos encarnizados. El principal de todos ha sido ella misma. Dicen (lo escribió

el famoso periodista y polemista austríaco, maestro del aforismo, Karl Kraus) que los Balcanes producen más historia de la que pueden digerir. En realidad es Europa la industria matriz. Una creadora de conflictos que, en la mayor parte de los casos, ella misma ha padecido. Europa ha sido la cuna del mundo civilizado y lo sigue siendo, con permiso de las grandes civilizaciones anteriores, a los griegos y latinos de los que somos deudores y a las que siempre hemos rendido pleitesía. El eje se ha trasladado a los EEUU que son los herederos y prolongación renovada de nosotros mismos.

Quienes nacimos en la segunda mitad del siglo XX, en medio de un período de calma y prosperidad, en medio de una gran tregua que duró otro medio siglo más y la mayor parte de estos años del presente siglo XXI, pensamos quizás ingenuamente que la paz ya iba a formar parte indestructible de nuestras vidas y las nuevas generaciones por venir. Pero como ya estamos viendo muy crudamente, no es así. La guerra fratricida en la ex Yugoslavia nos avisó y nos previno que el fuego no estaba del todo apagado. En la actualidad, la guerra de Ucrania nos ofrece un síntoma de enfermedad grave en nuestras sociedades. La guerra de Ucrania nos vuelve a enfrentar con la parte más díscola de nuestro continente: Rusia. Una Rusia que no sabe o se niega a aplicar la democracia a sus formas de gobierno. Vivió la dictadura de los zares, luego la del comunismo y ahora

la autocracia de Putin, un régimen populista que mezcla la extrema derecha e izquierda según le convenga. La Europa dormida plácidamente en sus laureles ha tenido que despertar alarmada y con preocupación. Tras los dos gravísimos conflictos mundiales de la primera mitad del siglo pasado, con millones de muertos que avergüenzan al ser humano, vimos como todo un continente trabajaba al unísono en paz, consiguiendo un progreso económico inusitado. Con todo y eso, durante la última posguerra mundial, convivimos con la Guerra Fría entre ambos bloques, así como con las traumáticas descolonizaciones. El desarrollo y auge económico ayudó a dar los primeros pasos a la unidad oficial de la Comunidad Europea. También fue muy importante repensar la cultura después de Auschwitz. Las nuevas generaciones de europeos iniciaron sus protestas y se avanzó en el cambio de los caducos valores sociales. Mientras tanto, la URSS y sus satélites del Telón de Acero eran un intramundo dantesco. Quienes durante años habían sufrido el infierno del nazismo, tuvieron que padecer muchas décadas más los horrores del comunismo. Pero de nuevo Europa logró liberar todos sus territorios ocupados sin derramar una gota de sangre, los volvió a la democracia y Alemania se reunificó gracias a Gorbachov y Kohl. La caída del Muro de Berlín fue el mayor símbolo de un nuevo mundo libre y en paz. No ha sido así del todo. La incipiente democracia fracasó

en Rusia y esa parte tan importante de Europa, en principio, colisionó consigo misma y, luego, con el resto del continente. Y en esas nos encontramos.

Creímos que Europa había superado la xenofobia, el racismo, los extremismos de derechas y de izquierdas, pero no fue así. Los viejos fantasmas malignos de Europa han resucitado con inusitada fuerza y, como escribió el gran filósofo polaco Bauman en su último libro titulado *Retrotopía*, hemos regresado a los años treinta del pasado siglo. ¡La década que preparó la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto! Europa, a finales de los años cuarenta, había reiniciado su camino bajo la amenaza del Telón de Acero y el temor nuclear. Inmediatamente su desarrollo económico le ganó al estatismo estalinista. Los coches, los alimentos, los electrodomésticos, la ropa, la vivienda, la sanidad, el Estado de bienestar, el consumo, la libertad de los medios de comunicación, las nuevas tecnologías, constituyeron un signo de victoria de la Europa libre frente a la Europa esclavizada. Sin embargo, aún durante varios años se prolongó el racismo, aún sobreviviente, la pena de muerte abolida, las persecuciones por cuestiones sexuales, y la desigualdad femenina hoy ya casi extinta. Alemania, en los primeros tiempos, apoyada por el Plan Marshall norteamericano, fue el motor de Europa y lo sigue siendo aunque con mayores dificultades. Mientras que la Europa occidental se iba

haciendo tolerante, pacífica, progresista e internacionalista, la oriental no evolucionó así. Hoy, el contagio democrático ha llegado a todos los países de la Europa central, con muchas de estas naciones incorporadas ya a la UE, excepto Rusia que dio un paso atrás gigantesco. Y no solo ella fue culpable. Europa debería haber sido más comprensiva y cooperadora con el mundo postsoviético y buscar vías de entendimiento, complicidad y colaboración. No fue así, o no fue con la intensidad que era precisa. De ahí ese sentido de humillación con la que ha vivido estos últimos años y que ha dado lugar a uno de los dictadores más crueles y asesinos. Sí, Europa se ha equivocado muchas veces y esta equivocación ahora la empezamos a pagar, y es muy compleja la solución. Porque no me cansaré de repetir que Rusia es, y ha sido siempre, Europa. Recordemos la historia, el arte, la música, el cine y la literatura. ¿Qué seríamos sin la cultura rusa? Rusia es Europa, pero no se la trató bien o como debía haber sido tratada. Y por si no fuera poco esto, Gran Bretaña es otro hermano díscolo. Su orgullo crepuscular la ha llevado a separarse de la UE. Y por mucha segregación que haya llevado a cabo, pocos países tan europeos como los ingleses-galeses-escoceses e irlandeses del norte. Desde la romanización, su lengua común así lo atestigua. Gran Bretaña ha intervenido en todos los conflictos europeos; ha sido a veces aliada y a veces enemiga, pero

siempre ha estado presente. No puede negar su hermandad. ¿Cuántos jóvenes británicos murieron en las dos primeras guerras mundiales luchando por la libertad del continente y por la suya propia? Gran Bretaña, lo quiera o no, es Europa, parte esencial de la misma.

La prosperidad creciente de Europa se mantuvo desde los años cincuenta hasta incluso avanzados los setenta, cuando se produjo la crisis del petróleo. Aun así, la economía europea ha resistido bien con las monedas locales y hoy ya con el extendido euro. Los ideales por los que, en el año 1948, en la Haya, se inició la unión política, económica, monetaria y militar, siguen incólumes. Las ilusiones de Schuman, Monnet, Adenauer, De Gaspari, Mollet y nuestro Madariaga. Pero también los peligros han crecido mientras tanto. Al conflicto con Rusia se ha unido esa presencia ya insoslayable de China y otros grandes países en vías de desarrollo como, por ejemplo, India. Los EEUU no atraviesan su mejor momento, incluso en algunos medios de comunicación se ha hablado de un nuevo conflicto civil. Creo que esto último es un poco exagerado, pero la situación no es buena. Trump lo destrozó casi todo, destrozó la democracia; mientras que Biden, con buena voluntad y con un no muy buen equipo de gobierno, ha estado tratando de recuperar el prestigio nacional e internacional perdido. Los EEUU no pueden caer, con ellos desapareceríamos todos nosotros.

Pero también Europa debe ser cada vez más responsable de sí misma, se debe implicar más en esa gobernanza del mundo. Europa fue una carga, buena, pero al fin y al cabo una carga, para los EEUU. Hoy ya no debería ser así. Y la OTAN es un buen ejemplo. Europa debe saber defenderse a sí misma y disponer de los medios necesarios, no volver a tener que dejar en manos de nuestros aliados nuestro destino y libertad. Ucrania, como Rusia, es también Europa. La Ucrania agredida por Putin debe ser defendida por Europa, que es el mayor implicado geográficamente. Incluso Alemania debe olvidarse de su pasado militarista, y rearmarse para defender la democracia y la libertad de todos. Todo esto es triste e inesperado, pero lo cierto es que es así.

¿Cuáles, entre otros muchos, son los problemas más destacados de Europa? En primer lugar la guerra contra Rusia. No contra el pueblo ruso, sino contra su tirano. La gente no se da cuenta de que Europa está en guerra. Y esta guerra, como ya he comentado antes, no se producía desde la Segunda Guerra Mundial, descontando la guerra civil de la ex Yugoslavia. Siempre se priorizó una unión económica y política, algo fundamental; pero se relegó la importancia de la educación y la cultura. Hasta ahora la autoridad de Bruselas ha sido frágil y condescendiente con los poderes locales que como, por ejemplo, ahora en Polonia o en Hungría están al borde de dejar de ser democráticos. Lo que hoy

se denomina como iliberales, es decir, autoritarios. Europa debe estar alerta porque no debe permitir ninguna excepción. En el año 2019, el Parlamento Europeo igualó oficialmente los “asesinatos en masa, genocidios y deportaciones” de los regímenes nazi y soviético del pasado siglo.

La burocracia es otro de los graves problemas. Muchas veces va unida a la corrupción. No se deberían superponer a las burocracias locales otras del gobierno de la UE. Este último tendría que ser el único. Por ejemplo, debería existir un ejército común, una diplomacia común, un sistema jurídico común, una economía centralizada y así un largo etcétera. Las leyes comunitarias deberían estar por encima de las locales y cumplirse. No ser, como en la mayoría de los casos, simples sugerencias. Europa es ya nuestra patria común y debemos entenderla como tal. Los infantilismos británicos del Brexit no conducen a nada. Hoy en día, Gran Bretaña sin Europa, los EEUU o incluso Canadá, no es nada. Su tiempo pasó, y hoy es el tiempo de colaborar. ¿Cómo enfrentarnos a los miles de millones de chinos, indios y asiáticos en general? Y la palabra “enfrentar” no la utilizo en un sentido bélico, sino en la competencia económica. La ingente burocracia europea y la fama de sus grandes sueldos es un arma importantísima para los antieuropeos. Es decir, la extrema derecha y la extrema izquierda, más los populismos añadidos.

A pesar de que el terrorismo de otras épocas representado por la banda Baader Meinhof, las Brigadas Rojas, el IRA o la ETA, han sido “erradicadas”, al menos por ahora, tienen sustitutos en los yihadistas. Estos asesinos han llevado a cabo atentados en masa contra civiles inocentes. Tanto asesinatos o más y, sobre todo, más crueles que los de nuestros viejos terroristas. Este movimiento no solo ataca a las personas, sino también a nuestra libertad y civilización. Además es el origen de los grandes conflictos con los inmigrantes, sobre todo aquellos de origen musulmán. Son, a la vez, el aliento de la extrema derecha. En nuestros países, laicos o no confesionales, no se puede permitir la práctica de las leyes religiosas que nos remontan a la Edad Media, queriéndose imponer a nuestras normas democráticas. Este es un asunto muy delicado y complejo. Y es la Unión Europea quien debe tomar las decisiones cruciales para resolver estos conflictos de plena y permanente actualidad. La Unión Europea no debe dejar únicamente estos asuntos en manos de los países que se vean más afectados. El problema le corresponde a toda Europa y debe ser resuelto por ella misma en su conjunto.

Otro de los graves asuntos europeos surge de los populismos de derechas e izquierdas que otorgan vida renovada a los totalitarismos del pasado siglo. En Europa también está creciendo la autocracia que se cuela a través de los dé-

biles sistemas parlamentarios. Y, además, en tiempos sumamente difíciles como los presentes, es más fácil reclamar un líder carismático y fuerte, para que ponga orden a la corrupción y otras indigencias que a menudo las democracias cansadas no son capaces de controlar. Y ya sabemos en qué devienen estos salvadores de las patrias. Y entre todos estos populismos la mayor gravedad la veo en los nacionalismos locales que promueven una independencia utópica utilizando formas violentas, racistas, fascistas y dictatoriales. No hay ningún país del mundo que sea homogéneo y Europa disfruta de una gran riqueza plural. Lenguas, culturas y creencias han convivido en paz, y en conflictos aparentemente ya superados a lo largo de los siglos. Toda esta amalgama ha conformado nuestros Estados actuales. Tratar de disgregarlos es de una irresponsabilidad enorme, pero eso es lo que les conviene a nuestros enemigos: un continente de pequeños e insignificantes países, peleados entre ellos mismos y satélites de otros Estados más poderosos y ajenos a nuestro continente. En España este asunto lo sufrimos con el independentismo catalán y el vasco.

Uno de los grandes estudiosos del siglo XX europeo es Ian Kershaw, autor de *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949* y *Ascenso y crisis. Europa 1950-2017*. En este último volumen le da una reprimenda a Tony Judt por haber escrito, alegremente, que el nacionalismo, en nuestro

territorio, se había esfumado para siempre. Craso error. Yo estoy con Kershaw. El nacionalismo, como la historia enseña, es una permanente amenaza y el peligro más grande en el mundo. Una de las labores fundamentales de Bruselas tiene que ser el impedir su desarrollo. Por este motivo, el juicio contra los sublevados catalanes que se llevó a cabo en el Tribunal Supremo, en Madrid, no fue solo un juicio español, sino europeo. Un juicio a favor de Europa y contra su disgregación. Cosa que le encantaría a Putin quien, según parece, colaboró con estos insurgentes y ha estado detrás de otras muchas manipulaciones electorales en otros países. La nación identitaria está ligada al suelo, a una sociedad cerrada y patrimonializada; mientras que el Estado alberga a ciudadanos en una sociedad abierta, protegida por la ley, ordenada y pacífica. La nación que promueve el independentismo quiere tomar el Estado como una empresa de poder, agresiva y expansiva. El nacionalismo siempre es una forma de totalitarismo. Quienes sufrieron el nazismo y el comunismo creyeron en la reconstrucción de una Europa fuerte y no aislacionista, capaz de moderar el Este y el Oeste. El juicio que derivó de los sucesos independentistas fue en defensa de un sistema político democrático español y europeo. Dar razones a los destructores de Europa sería un suicidio. Deberían recordar las actuales democracias europeas lo que pasó por no acudir en auxilio de nuestra

Segunda República. Aquel campo de entrenamiento de los extremismos de derechas e izquierdas puede ser hoy el beneficio de la duda contra quienes intentan derrumbar la paz, el desarrollo y la concordia en la que hemos vivido en el continente durante décadas. La democracia debe combatir el adoctrinamiento y el fanatismo. ¿No es acaso violencia imponer a los jóvenes doctrinas unilaterales y absolutamente falsas? ¿No es acaso violencia la propaganda antidemocrática? ¿No es acaso violencia el insulto reiterado proferido a través de los medios de comunicación audiovisuales contra el resto de los españoles o europeos? ¿No es acaso violencia recorrer medio mundo denigrando a sus compatriotas, tanto españoles como europeos? Los nacionalismos destruyen la comprensión que se basa en el conocimiento, y el conocimiento no puede avanzar sin una articulada comprensión previa que denuncie las formas totalitarias del independentismo. El independentismo ha decidido que nuestra lucha contra él es una lucha contra la libertad, entendida a su manera y conveniencia. Otras formas de gobierno han negado la libertad, pero no de forma tan radical como los totalitarismos nacionalistas. Kant, cuya efigie hoy los nacionalistas rusos persiguen en su ciudad natal de Königsberg (antes prusiana y después de la Segunda Guerra Mundial, soviética, ahora rusa) a finales del siglo XVIII, habló de un equilibrio de poder para evitar los conflictos en la nueva

Europa de las Naciones Estado. Y ponía como ejemplo una historia del escritor satírico irlandés Jonathan Swift: habían construido una casa maravillosa en un lugar de gran belleza, todo transcurría en silencio y dentro de una gran paz bucólica hasta que un delgado y diminuto pájaro se posó sobre el tejado y, entonces, todo el edificio se vino abajo. Eso mismo nos podría pasar a los europeos. Pero además de ese frágil pájaro que pudiera ser el nacionalismo local, tenemos a un gran cocodrilo que es el nacionalismo vecino de Putin, que tiene la complicidad y simpatía de nuestras extremas derechas e izquierdas. Es decir, en nuestro caso español, de Vox y Podemos. Este último partido, presente en el gobierno de Pedro Sánchez, impide el envío de armas a Ucrania para combatir a Putin.

El feminismo es otro asunto muy importante. La mujer en Europa, afortunadamente, ha dado pasos gigantescos para equipararse con el hombre. De la misma manera que los militantes LGTB han visto reconocidos sus derechos. Sabemos que en Rusia no es así, donde son perseguidos y expulsados de sus trabajos. Pero en nuestro continente suceden cosas como las siguientes. En marzo del año 2018, Día Internacional de la Mujer, un importante grupo de cineastas francesas clamaban contra el machismo falocrático de directores europeos como Fellini, Bergman, Lubitsch,

Lang, Wajda, Melville o Buñuel, entre otros muchos de gran relevancia. Y lo hacían en Francia, donde las leyes contra el acoso sexual son muy duras. En ese país un treinta por ciento de las cárceles está ocupadas por delincuentes sexuales, a diferencia de lo que en España ha pasado con la Ley del solo sí es sí. En ese mismo día, el Guía Supremo de la República Islámica arengaba solemnemente a sus seguidores, también en Europa, en favor de la castidad de la mujer musulmana frente a las costumbres decadentes de Occidente. Justificaba así el encarcelamiento de las mujeres iraníes que se atrevían a descubrirse abandonando el velo. Ninguna de esas cineastas dijo nada. Y aún hoy, con el añadido de Afganistán, esta cuestión sigue siendo irrelevante para estas feministas. Europa en su conjunto es cobarde con este asunto externo pero también interno. El fundamentalismo islámico en Europa es muy grave porque está muy presente en la extensísima comunidad que aloja. Y el problema de la inmigración y el islamismo provoca en muchos ciudadanos la idea peligrosa de que asistimos a una creciente deseuropeización de Europa.

Europa, por otra parte, no ha sabido explicarse a sí misma. Sigue habiendo una sensación de opacidad y secretismo. Por ejemplo, hay que explicar muy bien que el Mediterráneo no es un nuevo Auschwitz. Miles de seres humanos

han sido rescatados a pesar de que Europa se ha convertido, en las últimas décadas, en una de las mayores áreas de inmigración del mundo y que, por ejemplo, los recién llegados reciben ayuda médica, alimentos y ayudas económicas. Evidentemente no todos los países actúan así, pero está generalizado. Europa se halla en un difícil equilibrio entre aquellos que piensan que puede desaparecer la civilización de nuestros antepasados ante el avance de la África joven, y aquellos otros que anteponen a todo la defensa de los derechos humanos. En este terreno se dilucida una de las grandes batallas ideológicas.

La globalización, la gran crisis ecológica y el desarrollo de las nuevas tecnologías son otros de los grandes retos. La globalización fue desenmascarada con la pandemia. Nos habíamos entregado a otros países y no disponíamos de medios para combatir esta semejante, y nueva, enfermedad que nos asoló. Las nuevas tecnologías nos enfrentan a un mundo nuevo y muy distinto al que vivimos. Europa debe vigilarlas. Vigilar que las empresas tecnológicas no coarten nuestra libertad y no intervengan por encima de la política y los Estados. Para eso hay que afrontar nuevas leyes, disponer de las maneras y formas adecuadas de aplicarlas.

A pesar de todo, la Unión Europea ha sido un rotundo éxito, aunque todavía siga siendo mejorable. En la pri-

mera mitad del siglo pasado, incluyendo Rusia, murieron violentamente por las guerras y los genocidios más de cien millones de personas. Ochenta años después, con las excepciones comentadas, las cifras de muertos son infinitamente menores. Sigamos luchando porque esto continúe así.

Europa y las leyendas de frontera

Mercedes Monmany

Nací con el mito de la frontera. Hay que especificar: vivíamos con mi familia en Barcelona y mi abuela francesa vivía justo al otro lado de la frontera. Sólo había que cruzar una montaña en tren y ya estábamos en Francia y en casa de mi abuela. El último pueblo español era Portbou y el primero francés era Cérbère. Ese era el de mi familia francesa. Durante generaciones se habían dedicado a eso: a negocios de frontera. Eran propietarios de Agencias de Aduanas, en épocas, antes del transporte masivo por carretera, en que el comercio de mercancías se realizaba a través de trenes.

En su momento de esplendor, durante los cuales circuló un intenso tránsito de mercancías a través de trenes que atravesaban fronteras, hubo oficios dedicados, como es de imaginar, a facilitar los trámites derivados del paso de un país a otro. Tras la puesta en marcha de las grandes líneas ferroviarias, sobre todo desde finales del XIX —especialmente entre 1875 y 1880— inmediatamente se instalaron las Agencias de Aduanas. Unas Agencias llamadas popular-

mente, en la parte francesa, la que yo conocía mejor, a pesar de ser española, “*les transitaires*”. Durante décadas, entre los citados años y toda la primera mitad del siglo XX como mínimo, se produjo una gran actividad mercantil dedicada a trasladar hacia el otro lado de la frontera toda la rica producción de cítricos del Levante español.

Crecí por tanto con misterios que, en ocasiones, en mi mente y fantasías infantiles, eran tan enigmáticos y sorprendentes como románticos. Desde muy pronto, normalmente acompañada por alguno de mis hermanos mayores, atravesaba la frontera con enorme frecuencia y naturalidad. El tren partía de la Estación de Francia (también llamada Barcelona-Término) y tras una breve parada en Portbou para comprobar los pasaportes por parte de la guardia civil, se emprendía un recorrido minúsculo, a través de un túnel de montaña, tras el cual se divisaba inmediatamente la bella playa (al menos a mí me lo parecía y me sigue pareciendo bellísima y llena de encanto) de Cérbère, con la imponente silueta de un enorme muro de contención que perfilaba la montaña, resguardando las vías del tren. Un intenso tráfico de trenes no sólo de viajeros, como pasa ahora, muy frecuente en otros tiempos. Y una frontera natural —los Pirineos— que a los españoles nos separaba y a la vez nos unía a Europa

Estoy hablando de diferencias y mundos planetariamente alejados en aquel entonces, sólo separados por una montaña. En un lado, el mundo de una dictadura, el nuestro, el español (mi infancia transcurre en los años 60) y en el otro, un mundo misteriosamente lleno de luz, de pulcritud, de cosas bellas, siempre apetecibles y relucientes, que yo aún no sabía que se llamaba “el mundo democrático”. O más simplemente: Europa. Cuando en 1988 conocí al escritor Claudio Magris, del cual acababa de aparecer en España su traducción de *Danubio*, comenzando una amistad que perdura hasta hoy, él me explicó justo la experiencia contraria de frontera. Algo que me produjo, como es lógico, una enorme curiosidad. Nunca había pensado cómo se vivía esa experiencia desde el otro lado de la frontera: desde el mundo libre. Este gran escritor y gran patriota europeo que es Magris lo ha recordado muchas veces. Así lo expresaría en *Utopía y desencanto*: “Mi educación sentimental ha estado marcada por muchas experiencias de frontera perdida o buscada, reconstruida en la realidad y en el corazón (...) Mi educación sentimental ha estado marcada por la odisea de las fronteras, por su arbitrariedad e inevitabilidad”. Porque no hay que olvidar que lo mismo que mi frontera española entonces limitaba en apenas unos metros de montaña —los llamados Pirineos Orientales— con el mundo libre, en el caso de Magris la frontera triestina era fundamentalmente

una frontera con el Este. Como ha contado muchas veces, cuando iba a jugar al Carso con sus amigos, justo enfrente, a escasos kilómetros de su casa, estaba nada más ni nada menos que el misterioso y enigmático Telón de Acero. Una zona —impronunciable y prohibida sobre todo en el mundo franquista en el que vivíamos— pero que, igualmente, para niños triestinos no era menos temible: allí comenzaba un mundo oscuro, inmenso, enigmático, del que no se sabía nada, regido nada más ni nada menos que por un monstruo u ogro llamado Stalin.

Se da el caso que más de treinta años después de aquella primera conversación sobre fronteras “cruzadas”, que daban bien a mundos libres, bien a mundos sojuzgados, dependiendo de donde uno se situara, Claudio Magris escribiría el prólogo de mi libro *Por las fronteras de Europa* “Un viaje por la narrativa de los siglos XX y XXI”, en torno a más de 300 escritores europeos, editado por Galaxia Gutenberg. Me pareció un bonito homenaje a aquellas fronteras de mi infancia titularlo así, aparte de clamar, como he clamado siempre que he podido desde mi humilde condición de crítica literaria, por la abolición de las fronteras más mortíferas que crean los seres humanos, aparte de las políticas y geográficas: las mentales. Es decir, las de los prejuicios y prevenciones, las de la escisión y rechazo feroz del Otro, el que sea o se decida en ese momento; el que no es como

nosotros y no tiene que estar entre nosotros a menos de que se convierta, de raíz, de la cabeza a los pies, sin rechistar, en uno justo igual a nosotros. Aunque a veces, cuando el odio y la xenofobia son muy profundos, cuando están muy arraigados en la mente y los corazones, ni por esas se le admitiría a ese Otro del que se recela y se rechaza. Siempre habrá una excusa a mano para demonizarlo. Para señalarlo como alguien peligrosa y repulsivamente “diferente”.

En nuestro caso, en tiempos de la dictadura franquista, el régimen se inventó un reclamo del que todos los jóvenes de entonces nos reíamos a menudo: *“Spain is different”*. Se trataba, por parte de los propulsores de la idea, de intentar ahuyentar en alguna medida los fantasmas de aislamiento internacional en el que se vivía por aquel entonces. Es decir, en la medida de lo posible, intentar consolarnos desde dentro con una propuesta que apostaba por la diferencia, por la idea de que nada era igual dentro de casa. Pasado el tiempo, nunca creí que pudiera darle la razón a aquella fórmula publicitaria tan banal y rudimentaria. Pero siempre que me encuentro con amigos extranjeros, ya sean periodistas italianos, escritores franceses o profesores de universidad británicos, insisto en esta idea tan simple en apariencia, pero que simbólicamente influye en una gran medida a la hora de percibir nuestro país, o nuestro “espíritu” particular, dentro del espectro europeo. “Olvidaos de los patrones habituales

europeos, por favor, en el caso de España”, les digo. “No tiene nada que ver”. Y no tiene que ver, gracias a la acción (prolongada en el tiempo) de un sistema político no democrático pero, también, gracias al resultado de siglos de historia nacional hispánica, que en muchas ocasiones nos enfrentaba furibundamente a nosotros mismos.

En primer lugar, como primera y significativa diferencia —les digo a mis posibles interlocutores—, España no participa en ninguna de las dos guerras mundiales habidas en suelo europeo. Esto quiere decir que durante años, para la generación de mis padres y la mía propia, los temas relativos a aquellas dos terribles y atroces carnicerías fueron tan extraños en nuestras conversaciones, en nuestros planes de estudios y, en general, en el saber y conocimientos de todo un pueblo, como la guerra de los Boers en África o la Conquista del lejano Oeste en los Estados Unidos de América. Tengo que añadir que, en mi caso particular, dado que la familia de mi madre era francesa, el tema sí entraba de vez en cuando en nuestras conversaciones. También recuerdo que, en mis visitas a la casa de mi abuela en Francia, existían frecuentes objetos —libros, sables del Ejército pertenecientes a algún miembro de la familia, fotos de militares— que traían a la memoria sobre todo lo que para ellos fue “la guerra” por excelencia durante varias generaciones: la traumática y apocalíptica “*Grande Guerre*”.

La segunda diferencia, muy significativa también, tenía que ver con los judíos, prácticamente inexistentes en nuestro país. Nosotros, es decir, España, hablando en sentido colectivo, teníamos esta notable particularidad europea. Una particularidad que, en cambio, tanta, y tan pérfida y vergonzosa sangre, había hecho correr en otros países del continente. En la mayoría de ellos, para qué engañarnos, dependiendo de una mayor o menor intensidad y resistencia en las acciones, y exceptuando, claro, la célebre neutralidad suiza, como se nos repetía machaconamente en nuestros bachilleratos hispánicos. ¿Quiere decir esto que nuestras manos no estaban manchadas de sangre ignominiosa? Por mi parte, dudo que se pueda afirmar esto tan alegremente, porque en cambio nos habíamos dedicado a matarnos entre nosotros, con entregado entusiasmo, durante tres largos años de una bárbara y encarnizada guerra civil. Algo que, como es de suponer, ocupó por completo los relatos transmitidos por una generación —la de mis padres, que la vivió en vivo y en directo— a otra, la oyente y pasiva, la nuestra, que los escuchaba en sustitución de los relatos de muerte y destrucción, sucedidos en la etapa de la Segunda Guerra Mundial, y narrados presumiblemente en casas de más allá de los Pirineos por “los otros”. Es decir, por los europeos, gente con otro tipo de problemas, casi siempre distintos de los nuestros.

En el imaginario literario —y en uno especialmente sensibilizado como el mío, desde la más tierna infancia— las historias de frontera, tradicionalmente, han protagonizado gran número de leyendas, aventuras, apasionantes novelas de intriga y dramas desgarradores que durante tiempo pueblan con intensidad la memoria e imaginación de la gente que habita a un lado u otro de los márgenes. Contrabandistas, *passeurs* de caminos por las montañas, como la famosa *resistente* Lisa Fittko, autora de *Mi travesía de los Pirineos*, que ayudó a pasar a Benjamin y muchos otros, o como el desgraciadamente hoy olvidado estadounidense Varian Fry, autor de *La lista negra*, que organizó heroicamente en 1940 toda una red de salvamento de intelectuales, políticos y artistas antinazis perseguidos en Marsella. Desterrados, desertores, fugitivos de la justicia, espías y perseguidos de todo tipo habitan en la mitología de poemas y canciones o en fascinantes novelas como *El peso falso* de mi adorado Joseph Roth, como en *El enamorado de la Osa Mayor* del polaco Sergiusz Piasecki, en *El gran cuaderno* de la húngara en lengua francesa Agota Kristof, y en otras magistrales obras con una idea de la frontera más metafísica como es *El desierto de los tártaros* del italiano Dino Buzzati o *Le riva-ge des Syrtes* del francés Julien Gracq. Tengo que decir que cuando, a partir de los 18 o 20 años empecé a leer aquellas joyas de la literatura austrohúngara —y en especial galit-

ziana— de hijos de la frontera del Imperio de los Habsburgo y magistrales escritores, como lo fueron Bruno Schulz, Joseph Roth, Gregor von Rezzori, Józef Wittlin o Andrzej Kusniewicz, ya escribieran en polaco o alemán, inmediatamente me sentí como transportada a una casa extrañamente “familiar”, ¡pero justo en la otra punta de Europa! Ciudades como Drohobycz, Brody, Stanislav, o la bellísima Lvov, me sonaban tan comunes y habituales como Barcelona, Sevilla, Madrid, Lyon o París.

Durante generaciones, la novela *El enamorado de la Osa Mayor* de Sergiusz Piasecki (Baranavicz, Minsk, entonces Imperio Ruso, 1897–Londres 1964), escrita en polaco, concitaría los más apasionados entusiasmos. Entre ellos, uno lejano como el mío. Una mezcla de Dumas, Conrad, de la gente pícara y traficante de todo lo imaginable de los relatos y novelas de Joseph Roth, ya fuera en *Hotel Savoy* o en *La marcha Radetzky*, o bien de las del aventurero y gran escritor francoruso Joseph Kessel, su autor, Piasecki, tuvo una vida tan rocambolesca como su protagonista, un contrabandista de frontera, que más que amar la vida, la devoraba, sometido sin descanso a una febril espiral de acciones clandestinas de la que no podía zafarse y que significaban para él el precio de la más salvaje libertad.

Escrita en la cárcel por Sergiusz Piasecki, un antiguo bandolero sin preparación literaria, a quien se le había con-

mutado la pena de muerte por una de quince años de reclusión, el libro llegó a provocar en la Polonia de 1937 un fervor tal que se suscitó una suerte de plebiscito popular en favor de la liberación de su autor. Oficial polaco en las guerras contra Rusia de 1921, agente secreto de la antigua Unión Soviética entre 1922 y 1926, pero también bandolero y jefe de banda armada, Piasecki vio conmutada su pena de muerte y desde ese momento se dedicó a escribir el relato de su vida de aventuras en diversas novelas que publicó tras su liberación.

Piasecki supo retratar con precisión, y un eufórico apasionamiento, aquel mundo cerrado de fronteras, elevando a sus personajes a auténticos mitos populares de la acción pura, sin amos ni señores a quienes rendir cuentas. Es decir, individuos rebeldes, temerarios, de insólita energía, de ingenio e imaginación cuando se precisaba, salvajes, tempestuosos, de férreo compañerismo entre ellos “que no encajaban en una sociedad normal y que se sentían como pez en el agua en la guerrilla, en el frente o haciendo viajes arriesgados”. Gentes oriundas de Rusia o Polonia, la mayoría prófugos, que por las razones más diversas no podían volver a la Unión Soviética y se había asentado en la zona fronteriza: “La frontera los atraía como el imán atrae al hierro. Aquí malvivían, aquí trabajaban y aquí morían. La vida de muchos de ellos podía servir de urdimbre para una pin-

toresca novela de aventuras”, dirá el propio Piasecki en la obra que los mitificó de por vida.

Pronto comprobé que, en aquel otro lado lejano de una frontera remota, también se hacían preguntas como nosotros. Hace unos años apareció un libro maravilloso (*Mi Europa*) firmado por dos excelentes autores actuales, el ucraniano Yuri Andrujovich y el polaco Andrzej Stasiuk, pertenecientes a aquella zona limítrofe, la desaparecida Galitzia austrohúngara, hoy dividida. Así lo expresaba este gran escritor que es Andrujovich: “Occidente. ¿Qué significaba realmente para nosotros en aquellos tiempos, cuando éramos estudiantes? A veces nos enviaba una especie de mensajes sonoros bajo la apariencia de música de contrabando. En todos los otros aspectos, no existía; ésa era la ingeniosa fabulación de nuestros ideólogos maniqueístas, una especie de Antimundo o Mundo Inverso, como en la película *El lado oscuro de la luna*”.

A ello, a este misterio y magia casi inexpresable de la frontera, hay que añadir sucesos de enorme impacto y simbolismo o, si se prefiere, tragedias muchas veces “nacionales”, asociadas a grandes figuras que mueren justo en la frontera, traumáticamente, como es el caso del suicidio de Walter Benjamin en Portbou o la muerte del gran poeta español Antonio Machado en Collioure, tras haber emprendido, en enero de 1939, junto a otros cientos de miles de

españoles anónimos, y otros grandes intelectuales y amigos muy conocidos como el periodista y escritor Corpus Barga, el gran humanista y poeta catalán Carles Riba o el filósofo Ramón Xirau, el camino del exilio, pasando a pie por los Pirineos. Historias sobrecogedoras, dramáticas, que perduran mucho más allá de la época y de las sangrientas contiendas que las originaron. Cuando, desde pequeña, iba a menudo a Collioure, el bello pueblo de mar junto a Cérbère que a comienzos del siglo XX había sido inspiración para artistas como Matisse y Derain, entre otros muchos, allí, en su pequeño cementerio marino, se encontraba fácilmente, adornada por minúsculos mensajes y recuerdos dejados por visitantes, la tumba de Machado. Entonces aún no sabíamos casi nada de Benjamin y su suicidio en Portbou, perseguido por la Gestapo, pero nuestra familia francesa nos repetía con enorme respeto —ese enorme respeto que inspiran los grandes poetas de cualquier país, por encima de las ideologías— que allí había muerto *“le grand poète espagnol”*. Otra cosa que me impresionó mucho de niña es que su madre se hubiera muerto poco después que su hijo. En los relatos familiares, la diferencia de tiempo se acortaba aumentando el dramatismo de una madre que sigue a su hijo hasta el fin. Así lo manifestó en vida doña Ana Ruiz: “Estoy dispuesta a vivir tanto como mi hijo Antonio”. Dado el mito y la admiración estremecida que el solo nom-

bre de este poeta evocaba desde mi infancia, tengo que reconocer que cada vez que quedo con algunos amigos para tomar algo en el Hotel Majestic del Paseo de Gracia de Barcelona, se me encoge el corazón: allí, como señala una placa del vestíbulo colocada por la Sociedad Cultural Andaluza de Barcelona, durmió una noche Machado antes de partir hacia el exilio y la muerte. Alguien fundamentalmente bueno, sereno, querido por todos. Así mismo, en un breve y conocido autorretrato poético, se definía:

“Hay en mis venas gotas de sangre jacobina
pero en mi verso brota el manantial sereno
y más que un hombre al uso que sabe su doctrina
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno”.

En su autobiografía titulada *The Turning Point*, publicada por primera vez en Nueva York, en plena guerra mundial, en 1942, el hijo díscolo de Thomas Mann, Klaus Mann, dejaría reflejadas numerosas páginas que tenían que ver con su incondicional y encendido amor por Europa. Un amor que entonces compartían casi fanáticamente todos aquellos intelectuales libres, defensores de la legalidad democrática allá donde estuvieran, previamente aligerados de la perversa y no poco común atracción por totalitarismos, a un lado y otro, que triunfaban en la época cual sopranos de moda en la Wiener Staatsoper.

Intelectuales que más tarde sucumbirían, muchas veces por suicidio, como fue el caso de Klaus Mann en Cannes o Stefan Zweig en Petrópolis, en un Brasil que lo había recibido con los brazos abiertos pero que no había logrado acallar la desesperación que arrastraba desde su huida de una vieja e irreconocible Europa, regresada, de forma suicida e irracional, a los tiempos de Cromagnon. Rodeados de brutales e iluminados pangermanistas o paneslavos, de fieros y altivos patriotas italianos o húngaros, los únicos que entonces se declaraban apasionados eurófilos y creían fervientemente en aquella idea transnacional, de refinamiento moral y humanista de Europa, eran estos intelectuales (al noventa por ciento judíos, como decía Zweig en sus memorias *El mundo de ayer*) que en señal de agradecimiento poco después serían liquidados y aniquilados de raíz. O casi.

Así lo expresaba Klaus Mann, a finales de los años veinte, acercándose a una década, los turbulentos treinta, que pocos de ellos podían vislumbrar aún con la ferocidad y el peligro que el tiempo y la historia se encargaría de dotar: “¡Europa! Estas tres sílabas se convirtieron para mí en el compendio de todo lo bello, de lo deseable, el impulso y la inspiración, mi credo político, mi postulado moral (...) En la Hélade siempre se ha hallado el *élan vital*, el nerviosismo creador, el nacimiento del individuo (...) El mundo bárbaro persevera en su rígida monotonía; pero Occiden-

te se transforma, cambia, crece, absorbe siempre nuevos ritmos e ideas, rejuvenece su propia sustancia a través de infinitas metamorfosis y aventuras”. Un entusiasmo, todo hay que decirlo, propio de alguien que tenía entonces veintipocos años y que, aunque percibía la presencia de sombras inquietantes en el horizonte, no por ello dejaba de elogiar, o desear más bien, la imparable “marcha triunfal del genio europeo”. También el hallazgo milagroso y cíclico de “antídotos” que detendrían los males y venenos que no cesaban de reproducirse por doquier: “No obstante todo, la historia de los delitos de Europa —su sangrienta crónica de guerras y conquistas, de asesinatos en masa, de avaricia, de hipocresía— es la historia de su desarrollo mismo (...) El drama europeo se cumple de forma dialéctica: cada energía y tendencia provoca su opuesto (...) Infinitas tensiones y explosiones han impedido temporalmente y a veces paralizado el progreso de la civilización; pero con tenaz vitalidad el continente se ha vuelto siempre a levantar, como el ave fénix, renaciendo de las ruinas y de la cenizas de catástrofes casi mortales”.

Europa, en efecto, nunca ha estado exenta de esa oscura tendencia a reproducir ruinas y catástrofes periódicamente, de forma suicida. Sobresaltos, guerras fratricidas, conflictos étnicos y religiosos, apropiaciones de amplias zonas por la fuerza, tentaciones totalitarias y despóticas, ¿tendría que ser

distinto ahora? ¿Nos libraremos gracias a esos milagrosos antídotos de los que hablaba Klaus Mann? Europa es un proceso aún abierto, jamás totalmente cerrado, que ha facilitado más de una vez, con el paso de generaciones olvidadas y con la ayuda siempre renovada de ideólogos manipuladores e inmorales, la reaparición de viejos demonios tras lo que fue el más esperanzador y sensato proyecto creado tras la Segunda Guerra Mundial, aparte de la Organización de Naciones Unidas: la Unión Europea. Movimientos ultranacionalistas de arrogante desprecio por lo europeo; populismos convertidos en factorías insomnes y tenaces de intoxicaciones ambientales de todo tipo; violentos grupos xenófobos que se sitúan en un orgulloso y desafiante “más allá de la ley” y de toda advertencia llegada de las más altas instancias; antisemitismos de nuevo muy extendidos y reeditados de forma cada vez más amenazadora, gracias al radicalismo islámico y a las extremas izquierdas y derechas. Muchas veces, nada lleva a sentirse optimistas.

La que, en ocasiones, alejada de los ciudadanos, es la débil llama de la ilusión europea, o su romántico espejismo, custodiado hoy, con fervor, por algunos como aquellos alquimistas del callejón de Praga de Kafka que cuidaban de que el sueño y empeño de sus fórmulas áureas no se apagara jamás, así, esta desvalida y muchas veces menospreciada palabra, Europa, ausente en tantos imaginarios de nuestros

contemporáneos, ha demostrado ser sin embargo el último bastión a derribar, una vez más, por la barbarie. Por esos bárbaros, como en el poema de Cavafis, o en la novela de Dino Buzzati, siempre a las puertas, siempre al acecho que, dependiendo de las épocas, van tomando diferentes ropajes y denominaciones, a izquierda y derecha, a Oeste y Este, del tablero. Y opciones, que vuelven a ser reales: devenir en totalitarismos puros y duros; alcanzar mayorías absolutas por parte de populismos cuyo único anhelo y empeño es desacreditar y luego abalanzarse sobre democracias bajas de defensas. O bien, llevar a cabo la construcción de voraces nacionalracismos obsesionados en resucitar las leyes segregadoras de los años 30 del pasado siglo. Leyes y mesianismos hitlerianos que tienen como objeto, de nuevo, perseguir hasta el final de los tiempos al “diferente”, al que no pueda acreditar debidamente su pureza de sangre.

Ya lo dijo en una famosa frase el genial escritor húngaro Ödön von Horváth, que hoy encarnaría la figura del “apátrida-europeo”, ese apátrida para el que la única patria es Europa al completo: “Soy la típica mezcla —diría en 1934— de la monarquía austrohúngara, que en paz descansa: al mismo tiempo húngaro, croata, eslovaco, alemán, checo y si empezara a husmear entre mis antepasados y a someter mi sangre al análisis —una ciencia muy de moda hoy día entre los nacionalistas— encontraría allí, como en el cauce

de un río, rastros de sangre rumana, armenia y quizá gitana y judía. Yo, sin embargo, no reconozco esta ciencia del análisis espectral de la sangre, un análisis que se lleva a cabo preferiblemente de forma espectacular y primitiva, con cuchillo y pistola”. Su historia, la historia de Horváth, es la triste historia del exiliado que no pudo huir de la trampa mortal que eran casi todos los países europeos durante los años 30 y 40 del pasado siglo: cuando se disponía a escapar y ya tenía en su mano un pasaje a Estados Unidos, donde esperaba poder trabajar, como muchos de aquellos desesperados emigrantes, como guionista en Hollywood, una rama de un árbol, cuando paseaba por los Campos Elíseos un día de tormenta, le cayó encima y acabó con sus sueños.

La Unión Europea en el laberinto global: una mirada histórica a sus logros y retos

Enrique Moradiellos

La Unión Europea, en su calidad de organización supranacional que hoy agrupa a 27 Estados continentales, comenzó su andadura hace ya poco más de 65 años atrás, con los Tratados de Roma de 1957 que dieron lugar a la primera Comunidad Económica Europea. Fue aquel un hito crucial de un proceso de integración iniciado en 1945, casi al compás de la costosa victoria aliada sobre Alemania y sus satélites.^[1] Su misión era asegurar el cumplimiento de tres objetivos supremos para superar el legado de la trágica historia europea precedente:

[1] Como la bibliografía disponible es ingente, bastará citar un repaso histórico actualizado sobre los orígenes y desarrollo de ese proceso de integración europeo: Eugenio Nasarre, Francisco Aldecoa y Miguel Ángel Benedicto (eds.), *Europa como tarea. A los 60 años de los Tratados de Roma y a los 70 del Congreso de Europa de La Haya*, Madrid, Marcial Pons, 2018.

1º) La Paz en el continente: acabar con nuevas carnicerías humanas después de dos guerras europeas devenidas en mundiales entre 1914 y 1945, originadas por extremas rivalidades políticas nacionalistas, antagonismos económicos y conflictos socioculturales, que provocaron en menos de dos generaciones bastante más de 70 millones de muertos y una cifra incalculable de heridos y mutilados;

2º) El respeto a los derechos humanos: evitar nuevas experiencias de Estados totalitarios racistas, que usaron la violencia más extrema contra sus propios ciudadanos y contra los vecinos invadidos, generando una masiva mortandad de civiles no combatientes e indefensos, como los casi seis millones de judíos europeos exterminados en el Holocausto organizado por la Alemania nacionalsocialista; y

3º) La promoción de la prosperidad compartida: impedir que la miseria y la extrema desigualdad social volvieran a ser caldo de cultivo idóneo para ensoñaciones nacionalistas autoritarias y xenófobas, que ofrecían la ilusión de la salvación particular a costa del enemigo interno o del extranjero supuestamente inferior y acabaron generando en Europa destrucción hasta límites inimaginables.

Las generaciones que emprendieron la tarea eran conscientes de que cumplir los propósitos fundacionales (evitar la guerra, la tiranía y la pobreza) exigía conformar una organización comunitaria de soberanías compartidas e interdependencias concordadas, superando el marco de las soberanías nacionales irrestrictas. Resultado de aquellas iniciativas es la Unión Europea, que supone más que una confederación de Estados pero menos que un Estado federal (aunque tenga apariencia de una Federación de Estados). Este singular OPNI (Objeto Político No Identificado) ha logrado tal éxito en su andadura que, a través de sucesivas ampliaciones, integra hoy a buena parte de los países europeos.^[2] Y pese al revés que supuso la salida del Reino Unido, tiene a sus puertas la demanda de incorporación de otros países continentales.

Un somero repaso a los logros alcanzados por la UE en este tiempo acredita una trayectoria de éxito histórico realmente inédito. Conviene recordarlo porque no son suficientemente valorados debido a la mentalidad presentista y antihistórica que predomina en nuestras sociedades, que lleva a pensar que esos activos de la UE son fenómenos “naturales” y no resultado de procesos históricos contin-

[2] Supuestamente, la definición de la UE como OPNI procede de Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea entre 1985 y 1995. Cfr. Jean-Louis Quermonne, “Existe-t-il un modèle politique européen?”, *Revue Française de Science Politique*, nº 2, 1990, p. 196.

gentes, perfectamente reversibles en poco tiempo. Empecemos por atender a dos datos de partida esenciales para entender nuestro mundo: el espacio y la población.

Los países que componen la UE en 2022 apenas representan un 3% del espacio terrestre mundial: algo más de 4 millones de km² del total de más de 150 millones de km². La UE es así cuatro veces más pequeña que Rusia y algo más de dos veces más pequeña que China o Estados Unidos: ningún país europeo, por separado, está entre los quince más grandes del mundo ni llega a la mitad del tamaño del último de la lista (Indonesia). En cuanto a número de habitantes, en 2022 apenas viven en el seno de la UE el 6% de la población mundial: unos 448 millones de los casi 8.000 millones de habitantes registrados en el planeta. Cifra muy lejana de los 1.425 millones de China o de los 1.400 millones de India (que son estados unitarios). Con la peculiaridad de ser una población envejecida (la edad media europea es hoy de 44,1 años, frente a los 28 de la India) y en proceso de reducción (se calcula que en 2060 sólo será el 4% de la población global del planeta).^[3]

[3] Salvo otra indicación, las cifras proceden de los servicios estadísticos de la UE: *The EU in the World. 2020 edition*, Bruselas, Eurostat, 2021. Enlace de referencia [en línea], <<https://data.europa.eu/doi/10.2785/932944>>. Para las cifras de población extraeuropea, la fuente es *Perspectivas de la población mundial 2022*, Nueva York, ONU, 2022. Enlace de acceso [en línea], <<https://population.un.org/wpp/>> [Consultas: 6 de diciembre de 2022].

Sin embargo, ese conjunto de países unidos tan pequeño en espacio y limitado en población tiene el privilegio de contar con algunos beneficios extraordinarios en términos globales. ^[4] Baste mencionar los siguientes datos para apreciar su dimensión:

1°. Los europeos tienen una de las rentas per cápita más elevadas del mundo, por detrás de los Estados Unidos, pero por delante del resto de países. Pese a la intensa recesión vivida, en 2021 era todavía de 27.880 euros frente a los 10.324 euros de Rusia, los 14.993 euros de China, o los 1.926 euros de la India (por citar a países del G-20: los “más ricos” del planeta).

2°. Los europeos tienen uno de los Índices de Desarrollo Humano más altos del planeta. En 2022 superaba el 0,90 de conjunto (Noruega a la cabeza con 0,961 frente a Rumanía con 0,821), casi igual al de Estados Unidos (0,921), pero muy superior al de Rusia (0,822), China (0,768) o India (0,633).

3°. Los europeos tienen una de las mayores esperanzas de vida del globo y no sólo viven mejor que otros sino que viven más tiempo (dato antropométrico ligado al

[4] Además de las fuentes referenciadas, los datos que siguen proceden de: *Informe sobre el desarrollo humano*, Nueva York, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2022. *Informe sobre el desarrollo mundial 2022*, Washington, Banco Mundial, 2022. *Informe mundial sobre la protección social, 2020-2022: La protección social en la encrucijada*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo, 2022.

bienestar existencial). En 2021 esa expectativa media de vida era de casi 82 años para hombres y mujeres, frente a los 77 de China, los 72 de Rusia o los 55 de Nigeria.

4º. Y, finalmente, los europeos tienen a gala consumir algo más del 50% del gasto social público del mundo en conjunto. Ése es el pilar de su inigualable sistema educativo, sanitario y de pensiones: el estado del bienestar que es orgullo del llamado Modelo Social Europeo.

En definitiva, la UE es un verdadero oasis en un triple sentido. Es un oasis de paz y de seguridad en un mundo conflictivo (y por mucho que la guerra ruso-ucraniana iniciada en 2022 nos haya puesto en contacto territorial con un conflicto de suma gravedad). Es también un oasis de bienestar y prosperidad en un planeta que tenía en 2020, según la FAO, unos 700 millones de hambrientos: la mayoría en el sur y sureste asiático, el África subsahariana y en la América del centro y sur.^[5] Y finalmente la UE es un oasis de respeto a los derechos humanos y buen funcionamiento de la “democracia electoral” en un contexto en el que una tercera parte de países del mundo son regímenes “híbridos” (Rusia o Pakistán) o autocráticos (incluyendo potencias como

[5] Los datos proceden de *El Estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo. Versión resumida*, Roma, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, 2020.

China o Arabia Saudita), han sido derrocadas en los últimos lustros no menos de 24 democracias jóvenes (Afganistán y Tailandia) y proliferan estados fallidos (Somalia y Haití). ^[6]

Pero quien dice oasis dice igualmente su concepto conjugado: desiertos y zonas de transición. Y la UE está rodeada de tales espacios que amenazan la continuidad de su modelo y el nivel de sus logros, aunque sea en forma de arenas migratorias que tratan de entrar en sus dominios a la fuerza. Aquí empiezan los retos pendientes porque esa delicada situación no es sólo el producto de la presión de un entorno más desfavorecido que trata de llegar a la tierra prometida. Esa sería una visión sincrónica cierta pero incompleta. Si aplicamos la lente diacrónica, percibimos que esa situación es también resultado de unos cambios políticos y geoestratégicos de magnitud macrohistórica, que están poniendo en peligro el agua y las palmeras de ese oasis por movimientos telúricos seculares. Estamos ya en el escenario apuntado en 2011 por un informe del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional de España:

En el entorno del año 2025, el sistema de relaciones internacionales será totalmente diferente del sistema

[6] *El Estado de la Democracia en el Mundo y en las Américas. 2019. Confrontar los desafíos, revivir la promesa*, Estocolmo, Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral, 2019. Se entiende por “democracia electoral”, frente a “democracias populares, orgánicas o aliberales”, aquellas en las que el poder político se decide por competencia libre por el voto ciudadano.

actual, ya que la Globalización económica habrá adquirido toda su dimensión, se habrá completado la emergencia de los nuevos actores mundiales, la transferencia de riqueza y economía del oeste hacia el este será una realidad. Por otro lado, el océano Pacífico será el centro de gravedad estratégico mundial, mientras que la influencia de los sujetos no estatales habrá alcanzado una posición privilegiada. ^[7]

En efecto, el mayor reto de la UE no está sólo en mantener su propia existencia como asociación supranacional frente a las tensiones centrífugas gestadas en su interior, con toda la importancia de estos fenómenos: el resurgimiento de nostalgias nacionalistas y soberanistas (como las que alentaron el fenómeno del Brexit y atizan las derivas húngaras o polacas); la presión de nacionalismos fraccionarios (como el manifestado en la crisis secesionista catalana, banco de pruebas para las decenas de nacionalismos subestatales latentes en la UE); el radicalismo de movimientos populistas de variada orientación (como en Grecia en su momento, de perfil izquierdista, y en distintos países europeos recientemente, de perfil derechista o combinado, como en Italia), etc.

[7] Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, BRICS. *Una realidad geopolítica singular*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.

El principal desafío para la UE reside en la tarea de acomodarse a ese mundo globalizado que cada vez es menos eurocéntrico e incluso menos euroatlántico (o lo que es igual: menos occidental). Y aquí los retos son grandes por la simple razón de que la UE y Norteamérica albergan juntas sólo a un ser humano de cada siete existentes (y siguen empequeñeciéndose y envejeciéndose). Y porque sólo dos países, China e India (ninguno europeo, ni atlántico, ni occidental), albergan ya a casi tres de cada seis seres humanos y siguen aumentando su población y rejuveneciendo sus filas demográficas. Como apuntaba en 2012 el sociólogo Göran Therbon, por entonces, ya casi el 60% de la humanidad se concentraba en tres regiones: el este, sur y sudeste de Asia. Y no sólo crecían sus poblaciones, sino también su riqueza económica, su influencia política, su peso cultural y su potencia militar. ^[8]

La tendencia de entonces es hoy realidad, como revelan los estudios de Branko Milanovic sobre la desigualdad dentro y entre Estados generada por la intensificación de la globalización desde el inicio del milenio. Los cambios geopolíticos y tecnológicos han socavado la situación privilegiada de las clases medias y populares europeas (y occidentales), que acabaron resultando así “las grandes per-

[8] Göran Therborn, *El Mundo. Una guía para principiantes*, Madrid, Alianza, 2012, pp. 168 y 179.

dedoras de la globalización”, en beneficio de “las clases medias y populares de Asia”.^[9] Quizá por eso las encuestas muestran un persistente pesimismo en las poblaciones europeas y norteamericanas respecto al futuro, en tanto que registran lo contrario en otras sociedades: 14 de los 15 países cuya población es más optimista son africanos, ni más ni menos.^[10] Una panorámica que ni siquiera la pandemia mundial parece haber modificado.

A la hora de analizar la magnitud de esos procesos debe mencionarse una dimensión enmarcada en la perspectiva de la “larga duración”, por usar el concepto acuñado por Fernand Braudel. Estos procesos tienen transcendencia histórica porque, desde hace pocos decenios, asistimos al retorno al centro del escenario de “las dos civilizaciones asiáticas más ricas en vísperas del amanecer del mundo moderno” de perfil eurocéntrico: la sinosfera y la hindosfera.^[11] Dicho de otro modo: vivimos en una época de reemergencia acelerada de las grandes culturas de Asia centrooriental, que hasta finales del siglo XVIII tenían

[9] Branko Milanovic, *Desigualdad global. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*, México, FCE, 2019.

[10] Álvaro Imbernón, “Desigualdad global: elefantes y olas”, *Informe económico de ESADE. Primer semestre de 2017*, Madrid, Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas, 2017. Enlace telemático de acceso [en línea], <<https://es.weforum.org/agenda/2017/01/desigualdad-global-un-nuevo-enfoque-para-la-era-de-la-globalizacion/>>, [Consulta: 12 de diciembre de 2022].

[11] G. Therborn, *El Mundo*, p. 181.

similar nivel civilizatorio que Occidente y todavía no habían sufrido los efectos de la “gran divergencia” generada por el despegue industrial del mundo occidental.^[12]

Hay que recordar que la historia de la humanidad, tras la revolución neolítica iniciada en el área que va de Egipto a Mesopotamia, tuvo como eje geoestratégico el espacio ribereño del Mediterráneo (el Mare Medi Terrae: el mar del medio de la tierra). Como dejó escrito Braudel, “todos saben que las ‘primeras civilizaciones’ nacieron en el Mediterráneo oriental del Cercano Oriente”.^[13] En torno a ese mar se estructuró la civilización grecolatina durante la Antigüedad, tanto al norte como al sur de sus riberas, con casi igual penetración. Y ése fue igualmente el ámbito de expansión de la religión cristiana que acabó heredando la cultura clásica tras la crisis del siglo V. Ni siquiera la irrupción del Islam en el siglo VII, con su ruptura de la unidad religiosa según un eje N-S, consiguió cambiar la primacía de la posición estratégica del Mediterráneo en la historia.

Esa transformación se produjo a partir del siglo XV, con la Era Moderna, y dio origen al crucial “viraje del siglo XVI” y a su “destino atlántico”. El cambio se consolidó entre los años que van del descubrimiento de América por

[12] Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence. China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

[13] Fernand Braudel, *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, México, FCE, 1989, p. 75.

Colón (1492) a la circunnavegación del globo terráqueo por Magallanes-Elcano (1519-1522). La existencia de nuevos continentes y la comprobada esfericidad del planeta dieron paso a una concepción geográfica que plasmó Gerardus Mercator, cartógrafo flamenco que representó la esfera sobre un plano con proyección cilíndrica modificada: el mapamundi de 1595, con Europa en el centro del globo y en su parte superior (sobredimensionada por las coordenadas de la proyección). Esa vital traslación geo-histórica del Mediterráneo al Atlántico explica la decadencia de las Repúblicas de Venecia o de Génova. Y también explica la expansión imperial de Portugal o de Castilla, así como el ascenso del marginal reino de Inglaterra al rango de primera potencia universal.

El trasvase de hombres, productos e ideas iniciado en aquel siglo XVI y continuado de la mano de la constitución de los imperios ibéricos y europeos tuvo como resultado la conformación de una cultura “occidental” cimentada sobre esa vía de comunicación y configurada por las contribuciones de las poblaciones indígenas americanas y de las sociedades colonizadoras de origen europeo. Una cultura occidental (no sólo europea), de base atlántica, que impulsaría un insólito dinamismo económico y tecnológico y propiciaría desde finales del siglo XVIII “la gran divergencia” (en grado de desarrollo) del Occidente moderno respecto de

las viejas civilizaciones del mundo asiático (tanto de China como India o el Islam). Una cultura occidental que registraría la “modernización” socio-económica y político-cultural de la Era Contemporánea: los procesos de industrialización, las reformas socio-institucionales liberales, la innovación ideológica del nacionalismo y el fenómeno de los imperia-
lismos del siglo XIX, entre otros. ^[14]

Sin embargo, desde finales del siglo XX, ese espacio geoestratégico crucial para la historia está experimentando cambios notables en morfología interna y en relevancia mundial, en gran medida como resultado del proceso de globalización económica y tecnológica en curso: el eje atlántico está perdiendo peso por un desplazamiento del protagonismo universal hacia los países ribereños del Océano Pacífico, al compás del crecimiento económico y demográfico de países como China, India, Japón, Corea, Indonesia y otros “pequeños dragones” asiáticos.

Esta nueva importancia geopolítica del eje Indo-Pacífico es un elemento crucial para entender el contexto global de la UE en el siglo XXI, con sus amenazas de pérdida de significación internacional y sus oportunidades para readap-

[14] Sendos repasos, no siempre coincidentes, sobre ese “ascenso de Occidente” en: Niall Ferguson, *Civilización. Occidente y el resto*, Barcelona, Debate, 2012. Eric Lionel Jones, *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Madrid, Alianza, 1994. Philip D. Curtin, *The World and the West*, Cambridge, CUP, 2002. Robert B. Marks, *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*, Barcelona, Crítica, 2007.

tarse a la situación. Porque ambas cosas, amenazas y oportunidades, están presentes en el escenario, como señalaba el pasado noviembre de 2022 Andrea Rizzi con motivo de la cumbre del G-20 celebrada en Bali (Indonesia), al subrayar que Europa está tardando en “asumir la gran realidad de nuestro siglo: el centro de gravedad del mundo se desplaza a gran ritmo hacia el sudeste asiático”. Y proseguía:

Tres de los cuatro países más poblados del mundo se hallan aquí (India, China y el país anfitrión de la cumbre, Indonesia, con casi 280 millones de habitantes); tres de las cinco mayores economías del mundo son de la región (China, Japón e India); dos de los principales desafíos de seguridad (Taiwán, Corea del Norte) se cuecen en estos lares; la zona es además la gran fábrica del mundo (no sólo la potencia manufacturera de China; también la de Vietnam, los chips de Taiwán, la alta gama de Japón o Corea del Sur, los recursos mineros de Indonesia y un largo etcétera). (...) Conviene no dormirse en un eurocentrismo inconsciente. Lo urgente —el desafío ruso— no debe desplazar de la agenda lo importante: encarrilar de la mejor manera posible la posición de Europa en este mundo con creciente protagonismo asiático.^[15]

[15] Andrea Rizzi, “La UE vista desde Bali”, *El País*, 19 de noviembre de 2022.

Sobre ese fondo de incertidumbre se entienden mejor los fundados pero difusos temores de la ciudadanía europea ante el futuro. Y sobre ese fondo cabe comprender los procesos que nutren la inestabilidad socio-política y el malestar cultural reflejados en las últimas consultas electorales y encuestas de opinión de ámbito continental (y occidental): lo que se ha dado en llamar “la politización del malestar” que sacude a muchas de las sociedades europeas o partes de ellas. ^[16]

No es fácil hacer frente a esos procesos, como tampoco lo es frenar su dirección y el empequeñecimiento del mundo occidental en el marco de la globalización. Pero lo que sí es fácil de enunciar es que el enfado de estos inesperados “perdedores de la globalización” no se arregla con derivas nacionalistas proteccionistas, ni tampoco con recursos a la vieja retórica autoritaria y xenófoba, como si fuera posible retornar a la Arcadía Perdida o edificar aisladamente el Edén Terrenal en el viejo solar europeo (o en parte de él). Todo lo contrario. Buscar soluciones miopemente nacionales a problemas inmensamente globales sólo condenaría a los países europeos a la más absoluta irrelevancia mundial. Tampoco parece solución “mirar para otro lado”, a la espe-

[16] Pau Marí-Klose, “Los cambios en la sociedad europea. La globalización en el centro de la controversia”, en María Andrés Marín et al., *El futuro de un sueño. Europa 046*, Luxemburgo, Parlamento Europeo, 2017, p. 119.

ra de que escampe una tormenta que quizá ya no es mero incidente temporal en una trayectoria de progreso ilimitado, sino sistema duradero de existencia social. Sobre todo porque la intensidad de los riesgos exige actuaciones acordes para preparar a esa ciudadanía europea inquieta ante el futuro incierto, logrando superar tanto la desesperanza que nutre la pasividad suicida como la falsa ilusión que alimenta las distopías del nacionalismo fraccionario y xenófobo. Sencillamente porque si la UE fracasa como proyecto y su lugar es ocupado por una riestra de Estados mal avenidos o micro-Estados sucesorios peor conciliados, estará abriendo la puerta a su auto-destrucción (como sucedió en 1914 y volvió a suceder en 1939) y consagrando la definitiva marginación de Europa de las grandes dinámicas mundiales.

Europa ante la falta de una Política Exterior común

Victoria Prego

Europa es un jardín con las puertas abiertas para quien quiera entrar. Pero no tiene ni una Política Exterior común ni tampoco un Ejército capaz de defender un estilo de vida, que aunque diferente en sus formulaciones concretas, sí bebe de las mismas fuentes: el respeto a las libertades individuales y a los derechos humanos.

Para los españoles, Europa fue un sueño largamente acariciado que tardó muchos años en hacerse realidad. Hasta el 1 de enero de 1986 no pudimos formar parte de la Comunidad Económica Europea que era como se llamaba entonces. Esa entrada estuvo precedida de interminables negociaciones y fue y siguió siendo hasta el día de hoy una fuente de referencia para casi todos los asuntos que nos importan aquí. Lo último, la cuestión prejudicial presentada por el magistrado del Tribunal Supremo Pablo Llarena en la que el TJUE ha dado la razón a la justicia de España y se la ha quitado a la justicia de Bélgica.

Igualmente, y ante la presión de los catalanes independentistas, no hubo ningún país de la Unión Europea que reconociera ni remotamente esa república catalana que los secesionistas pretendían y con cuyo reconocimiento estuvieron jugando hasta que los hechos les devolvieron a la realidad. El procedimiento para elegir a los jueces españoles, preservando su independencia como en la mayor parte de los miembros de la UE —los hay, como Polonia y Hungría, que están en el punto de mira de la Unión— es otra prueba, la enésima, de que no sin razón los españoles estemos entre los más entusiastas defensores de la UE. Le debemos mucho, y se lo debemos desde antes de formar parte de este club que tiene algunas carencias que pueden dar al traste con su existencia.

La falta de unas Fuerzas Armadas bajo un mando único es una de ellas, quizá la mayor de las carencias que padece la Unión Europea para su supervivencia como proyecto de futuro. Esa y la inmigración desordenada para la que no hay freno posible que no sea tratar a los seres humanos venidos de otras partes del mundo como auténtica escoria humana, lo cual se compadece pésimamente con los principios fundacionales de la Unión.

Una guerra como la de Ucrania no sería posible mantenerla sin el sempiterno apoyo de los Estados Unidos, que ha acudido a todos los enfrentamientos armados que se han de-

sarrollado en suelo europeo. Pero eso se debe a las eternas limitaciones, en realidad a la inexistencia de unas Fuerzas Armadas comunes, con un mando único que fuera rotando como rota la presidencia de la Unión, pero con unos períodos bastante más prolongados.

Los países de la Unión Europea pertenecen en su mayoría a la OTAN —ahora Finlandia y Suecia acaban de pedir su ingreso tras la ofensiva rusa contra Ucrania— pero esa es una organización defensiva que incluye a Canadá y a los Estados Unidos. Pero Austria, Chipre, Irlanda y Malta no son miembros del Tratado defensivo y, sin embargo, sí están dentro de la Unión Europea.

Es por lo tanto otra dimensión la que tendría una fuerza de actuación rápida dentro de la Unión Europea. Pero ha sido imposible poner de acuerdo a los 27 para ese punto crucial. Y sin él puede llegar el día en que la balcanización de Europa pueda arrasarse con lo conseguido tras la Segunda Guerra Mundial. Los nacionalismos perviven en esta Europa, y nosotros, los españoles, tenemos buena prueba de ello. Que estos nacionalismos patrios tengan como objetivo el pertenecer a la Unión Europea no quita su trascendencia. Y más allá, perviven otros nacionalismos. Lo dijo muy bien François Mitterand: “¡El nacionalismo es la guerra! La guerra no es solo el pasado, puede ser también nuestro futuro, ¡y son ustedes, señoras y señores, quienes ahora son los

guardianes de nuestra paz, de nuestra seguridad y de su porvenir!”. Era uno de sus últimos discursos como presidente.

La energía es uno de los problemas a los que se enfrenta una Unión Europea que creyó ingenuamente que con la caída del Muro de Berlín y la posterior disolución de la Unión Soviética no quedaba más que una potencia en el planeta: los Estados Unidos de América.

Con este planteamiento Europa fue progresivamente depositando sus necesidades energéticas en otras manos. La prueba es que Francia, que tiene más centrales nucleares que nadie en Europa, con 19 centrales y 56 reactores, tiene 32 de ellos en mal estado y las promesas de EDF, el gigante energético francés, de repararlos en el plazo de este año no resultan creíbles. Y eso es porque hemos puesto nuestras necesidades energéticas en las manos de Moscú. Por eso estamos padeciendo un invierno que, aunque es más cálido de lo habitual, nos ha obligado a poner las calefacciones de los edificios públicos a 19º y muchas personas en el continente no pueden pagar la calefacción. El ejemplo más claro de lo que digo es el de Angela Merkel. Cuando el desastre de Fukushima en 2011, producido por un terremoto que a su vez provocó un tsunami, Merkel decidió cerrar sus centrales nucleares; la solución, entregarse al gasóleo de la Unión Soviética. Y con ella, todos los países de la Unión hicieron lo propio. La economía más grande de Europa tendría a partir

de entonces que recurrir al racionamiento del gas, obstaculizando la industria y perjudicando el ya frágil crecimiento económico.

Los dos oleoductos, el Nord Stream 1 y el Nord Stream 2 han supuesto una herramienta geopolítica de primer nivel para el Kremlin, que no habrían tenido la importancia que han tenido si Europa hubiera estado más atenta a la desconfianza que deberían haberle generado los sucesivos líderes de la extinta Unión Soviética a partir de la caída en desgracia de Mijaíl Gorbachov, un líder que se paseó por Europa y por el mundo entero con las bendiciones de todas las democracias, pero que en su país no contó nunca con el apoyo de los rusos.

El resultado es que Europa, la Europa comunitaria, ha dependido dramáticamente del gas ruso por un pecado de ingenuidad imperdonable. Y ahora que está casi todo perdido, la Comisión Europea ha venido a calificar de “energía verde” la energía nuclear.

La guerra de Ucrania ha mostrado el verdadero rostro de los dirigentes del Kremlin. Detrás del estrangulamiento energético a Ucrania estaba la intención de Rusia de iniciar la invasión de este país que Moscú reclama para sí. Y esto afecta a nuestro jardín. Porque después de eso podría venir Polonia, que ya es miembro de la UE, que está junto a Alemania y tiene la mitad de su frontera con Bielorrusia.

No es ninguna broma para la estabilidad de esta parte del continente esa guerra de Ucrania en la que, por fin y por la cuenta que le tiene, se ha implicado la Unión Europea. En ese sentido, la UE misma está amenazada. Pero carece de fuerza intimidatoria. Y ahí están los Estados Unidos, como siempre, echándole una mano a Europa, aunque en esta ocasión se trata de pararle los pies a Vladimir Putin para que no se enseñoree de Europa entera.

El otro punto importantísimo es el de la inmigración. Europa no tiene suficientes nacimientos para sostener la pujanza del “imperio” de sus principios. Necesita inmigrantes que suplan el alto nivel de bienestar que ha acabado con las familias numerosas. Pero ese es un problema, el de la migración, que ningún miembro de la Unión desea compartir con los demás. Así, España, Italia o Grecia, que recogen buena parte de la inmigración procedente de África, llevan clamando a los países del centro de Europa para que asuman su parte de responsabilidad en el problema. Pero ellos tienen otra inmigración procedente de la Europa central y de Turquía y no quieren asumir que este problema se irá incrementando a medida que las imágenes de una Europa del bienestar inundan las redes como ya lo están haciendo. Llegará un momento en que ese problema —o que esa solución si se administra adecuadamente— se plantee abiertamente como un asunto del que la Unión tendrá que hacerse cargo

como comunidad de intereses. Y en eso tendría que tener un papel la Política Exterior común de la que carece. Quizá la guerra contra Ucrania haya activado las conciencias de los dirigentes en la buena dirección. De otro modo, la Unión Europea que hemos conocido y disfrutado implosionará acechada por los problemas sin resolver que pueden acabar devorándola. Por eso, entre “Europa, otoño o primavera”, que es el título de este libro colectivo, yo diría que Europa está disfrutando de un verano que a poco que las dificultades no se resuelvan entrará en un otoño que dará paso al invierno más helador, responsable de lo que ocurra en Europa de aquí a 50 años.

Hay bellos otoños: notas sobre el futuro de Europa

Juan Claudio de Ramón

PEQUEÑO EXORDIO METEOROLÓGICO

El título bajo el cual se nos ofrece cavilar sobre el futuro de Europa opone el otoño a la primavera. Una dicotomía interesante que brinda a la imaginación más juego del que cabría suponer. A primera vista, la diferencia es neta. Se toma la primavera en su acepción figurada («tiempo en que algo está en su mayor vigor y hermosura») y el otoño en el sentido que le sirve de contraste («período de la vida humana en que esta declina de la plenitud hacia la vejez»). Así las cosas, una Europa primaveral, alegre y atlética, habría de ser algo muy distinto a una Europa otoñal, declinante y en rumbo cierto hacia la extinción. Pero hay motivos para cuestionar una oposición tan tajante. De entrada, lo mismo la primavera que el otoño son estaciones templadas y hospitalarias. Mucho peor sería la disyuntiva entre invierno y verano, estaciones de contornos más afilados, y unidas

—el hábito vacacional lo encubre— por su antipatía hacia la vida, que se retrae cuando hace demasiado calor o demasiado frío. Primavera y otoño como términos de la comparación presupone, por tanto, un sutil optimismo, legitimado también por el carácter circular de las estaciones: incluso si creyéramos que Europa experimenta un declive fronterizo con la senilidad, nuestro corazón tendría motivos para esperar el recurrente milagro de la primavera, esto es, una nueva fase de juvenilismo insolente y atrevido. Vivir es recomenzar, e infaliblemente habría de llegar el momento en que, con el poeta, cabría decir que al tronco seco, carcomido y polvoriento de Europa «algunas hojas verdes le han salido».

Pero hay más tela que cortar en la pareja primavera / otoño. Y es que damos por sentado muy deprisa que sean términos opuestos. La etimología sugiere justo lo contrario. En latín, *autumnus* toma raíz de *auctus*, participio pasado de *augeo*; esto es: crecer, aumentar, expandirse. Sumado a *annus*, el significado se acerca sin obstáculos a «momento de plenitud del año». El otoño se convierte así en una segunda primavera, con otros frutos y vestida de otros colores. No es solo una curiosidad filológica. Antes de que el Romanticismo lo convirtiera en el hogar de los sentimientos moribundos, el otoño era, en la Europa preindustrial, una estación fecunda y alegre, propicia a la amistad y al festejo. Tomemos *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. ¿Alguien pue-

de creer, escuchando los primeros compases del concierto consagrado al otoño, que se trata de una estación triste? El compositor veneciano lo aclara en el soneto que acompaña la partitura: «al aire que templado da placer, la estación que invita a tantos a un dulce sueño, al bello gozo». Los invitados a gozar son los campesinos, que al fin pueden recoger la cosecha y chocar copas con el vino recién vendimiado. El otoño es, pues, estación rica en frutas y fiestas, como enseña Arcimboldo, que pinta la otoñada como un rostro gordo de legumbres y vides saliendo de una tinaja. ¿Y no significa acaso, en español, retoñar, florecer de nuevo?

El lector avisado intuye a dónde quiero ir con este exordio meteorológico. Si Europa viviera el otoño de su peripetia colectiva, no por ello debemos arrojarnos a la desesperanza. Hay otoños espléndidos. Ciertamente: la caída de la hoja, la evasión de los pájaros, el acortamiento del día: todo eso induce a la tristeza. Sí, hay razones para pensar melancólicamente en Europa. Pero me conformaría con instalar en el lector la idea de que el otoño de Europa será, como la estación, ambivalente: a la vez victoria y fracaso, afirmación de una dignidad visitada de vez en cuando por la impotencia. Resulta sencillo tomar la luz del alba por la del ocaso y un edificio en construcción puede confundirse con una ruina. Así también las señales que Europa emite en el primer tercio del siglo XXI conforman un evasivo augurio.

Progresos integradores tan notables como la mutualización de la deuda pública —el famoso momento hamiltoniano previo a la creación de un tesoro común— conviven con la mineralización en los electorados nacionales de corrientes euroescépticas aversas a una mayor cesión de soberanía. De modo que no es fácil interpretar la dirección de los vientos que se perciben al examinar con un poco de cuidado la atmósfera social europea en el año 2023. ¿Envejece Europa? ¡Qué menos! Este anfractuoso apéndice continental ya se quiso «Viejo Mundo» hace cinco siglos, con ocasión del viaje de Colón. El Tratado de Tordesillas en 1494 y el remate dramático del ciclo bélico en 1945 marcan el inicio y el final del largo periodo en que Europa fue el verdadero «Imperio del Centro», la civilización que daba nombre a las cosas, obsesionada por borrar los espacios en blanco de sus mapas. No, Europa ya no es la juventud del mundo. Tampoco lo es ya América, por cierto, ese colosal ensanche europeo de ultramar. Joven es Asia y joven es África. Pero envejecer no es necesariamente malo. Como diría Sainte-Beuve, sigue siendo la única manera de vivir una larga vida.

LA SABIDURÍA DE LOS PADRES FUNDADORES

De hecho, desde su alumbramiento como Comunidad Económica Europea en el Tratado de Roma en 1957, podemos

ver la Unión Europea como un mecanismo de gestión del otoño: una ingeniería médica que hizo levantarse de una tierra que era carroña y vísceras a un elegante caballero con bastón cuyos bríos vernaes yacían enterrados tras el apocalipsis bélico. La Unión Europea nació otoñal y ha sido desde entonces una plácida paz de hojas caídas (la mitad oriental del subcontinente hubo de esperar a 1989 para disfrutarla). Los europeos deben admirarse de ese imprevisto retoñar (¡no es poca cosa sobrevivir a un suicido!) y sentir orgullo de la sabiduría política que lo propició. Una sabiduría que se encuentra contenida en el discurso de Robert Schuman del 9 de mayo de 1947.

Los europeístas no releen lo suficiente este discurso. Si lo hicieran, hallarían en él las claves para salir de las tribulaciones existenciales a las que periódicamente se entregan. Recordemos su paso más comentado: «Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho». Me asombra que se pase por alto, al glosar el pasaje, el exquisito maquiavelismo al servicio de ese ideal que pocos años más tarde se condensaría en la fórmula de una «unión cada vez más estrecha». Lo que Schuman y su sagaz escriba Jean Monnet nos dicen es que la unidad de Europa debe presentarse como *fait accompli*, un hecho consumado, y que esta es una obra que acometer

sin dilación, aprovechando la guardia baja de los instintos nacionales, cabizbajos tras la masacre. Schuman y Monnet saben lo que hay que hacer y saben que ha de hacerse rápido, porque también saben que llegará el día en que los nacionalismos vuelvan a salir, altaneros, del rincón donde purgan avergonzados su pecado. «Realizaciones concretas», y no idealistas proclamas *à la* Coudenhove-Kalergi. «Solidaridades de hecho», sin vuelta de hoja, que hagan la marcha atrás imposible. Poner en común la producción del carbón y del acero de Francia y Alemania: he ahí «un punto limitado pero decisivo», donde la palabra cargada es «decisivo». Un programa que hacía confluir, de un lado, la idea ilustrada de Europa como instancia emancipadora de la férula de los Estado-nación (y su caprichosa costumbre de ir a la guerra por deporte) y de otro, una tradición tecnocrática que ponía el énfasis en el andamiaje institucional necesario para construir la Europa supranacional.

LA UNIÓN EUROPEA REPOSA SOBRE UN EQUILIBRIO

El cimiento estaba echado, pero nada hacía prever el velocísimo ritmo con que se acometió la obra. Si queremos atisbar el futuro, debemos entender cómo hemos llegado al momento presente. A mi entender, el mejor análisis de la

historia de la integración europea sigue siendo el del profesor Joseph H. H. Weiler. En su clásico texto *La transformación de Europa*, Weiler —hoy gozoso nacional español en virtud de su condición de judío sefardita— describe un proceso de transformación no declarado de naturaleza dialéctica. La primera fase se da en los años sesenta. En una rápida y audaz sucesión de decisiones maestras y trascendentales, el Tribunal de Justicia de Luxemburgo sentó los principios legales de primacía, efecto directo y competencia implícita. Como resultado, casi de la noche a la mañana, Europa se convirtió en algo parecido a una federación de fines generales. Importa entender que este resultado no era un producto necesario de los Tratados: fue el trabajo jurisprudencial de los magistrados en Luxemburgo lo que hizo de Europa una especie de comunidad federal. Tan decisivo como la voluntad de los jueces fue que los gobiernos nacionales aceptaran este desenlace federalizante, no sin antes exigir una contrapartida esencial: el control legislativo. Este fue el segundo momento dialéctico —la antítesis— que llega tras el Compromiso de Luxemburgo de 1966: si el derecho europeo iba a primar sobre el nacional, parecía justo que los Estados asumieran el papel de legisladores principales de la Unión, rol que retienen hasta la fecha, reunidos en el Consejo, a pesar de las crecientes prerrogativas del Parlamento Europeo.

De modo que en el proceso de integración de la Unión Europea hallamos estos dos vectores fructíferamente contradictorios, entrelazados como la doble hélice del ADN: de un lado, el supranacionalismo, generador de un acervo comunitario cada vez más rico y complejo; de otro, el intergubernamentalismo, garantía de que los intereses de los Estados se tienen en cuenta en la producción del ordenamiento jurídico. Subyace aquí una teoría del equilibrio: el derecho europeo tendrá primacía, pero no sin antes pasar, en asuntos de calado, por la aduana de los gobiernos nacionales, fijada en la regla de la unanimidad (que otorga poder de veto al más pequeño de los miembros). De manera perspicaz y original, Weiler aplicó a este proceso la tríada de Albert Hirschmann: voz, lealtad y salida. Cada decisión jurisprudencial hizo que los Estados miembros tuvieran menos posibilidades de salida; a cambio, conseguían más voz: poder de veto sobre los nuevos desarrollos legales. Y todo ello con vistas a generar una lealtad de nuevo cuño hacia la federación *de facto*. Dotado de esta teoría del equilibrio, Weiler predijo el fracaso del proyecto constitucional. La generalización de la regla de la mayoría lesionaba el pacto entre el polo intergubernamental y el comunitario, creando problemas para la legitimación del proyecto. No se equivocó.

EL ENJAMBRE Y LAS ABEJAS

Weiler no había sido el primero en hablar de Europa como un fecundo equilibrio entre dos polos. En 1953 un anciano filósofo español tuvo el desparpajo de acudir a Múnich a dar una conferencia bajo este título: «¿Hay una conciencia cultural europea?». Tras presentarse como «el decano de la idea de Europa», José Ortega y Gasset explicó a su auditorio alemán que el conjunto de los pueblos europeos siempre se ha caracterizado por «una forma dual de vida». Esto quiere decir que, al menos desde la primitiva unidad imperial forjada en época de los césares, el espacio o ámbito común siempre ha estado presente. Los pueblos europeos viven en sociedad desde que Roma los agavilló, y Europa como sociedad existe con anterioridad a las naciones europeas, que se fueron «formando poco a poco, como núcleos más densos de socialización dentro de la más amplia sociedad europea». Conmina Ortega a entender este hecho capital:

«El hombre europeo ha vivido siempre, a la vez, en dos espacios históricos, en dos sociedades, una menos densa, pero más amplia, Europa; otra más densa, pero territorialmente más reducida, el área de cada nación o de las angostas comarcas y regiones que precedieron, como formas peculiares de sociedad, a las actuales grandes naciones»

Si todo esto tiene importancia para el tema que nos traemos, que es el porvenir de Europa, es porque no hay motivos para pensar que esta dualidad vaya a cesar de existir en las décadas venideras. En el federalismo europeísta a veces se adivina un deseo de cancelar el polo nacional de la vida europea. El soberanismo euroescéptico quiere lo contrario: una rarefacción de la atmósfera supranacional y común. Como en los movimientos de sístole y diástole, la historia registra épocas de mayor identificación con la comunidad, así los siglos de Carlomagno y de Voltaire, y épocas de mayor rivalidad y afirmación individual, así los siglos de Westfalia y del Congreso de Berlín. Lo que no se pierde nunca, lo que en puridad no puede perderse, es la perfecta conciencia de un perímetro cultural compartido y de la necesidad de contar los unos con los otros. Los pueblos europeos, incluso en sus momento de mayor autoconsciencia, se saben precisamente eso: pueblos europeos, afluentes de un mismo río que acarrea los metales de Roma, Atenas y Jerusalén. Antes de viajar a Alemania en su vejez para recordarlo, Ortega y Gasset lo había anticipado en el “Prólogo para franceses” de *La rebelión de las masas*. «Europa es, en efecto, enjambre: muchas abejas y un solo vuelo».

La Unión Europea es por tanto un feraz y complejo equilibrio entre una comunidad jurídica de nuevo cuño y

las tradiciones de los Estados que la fundaron. Tras más de setenta años de convivencia formalizada, la mayoría de europeos vive a gusto en esos dos niveles de copertenencia. Poco importa que, según el país o la sensibilidad política, el binomio muestre proporciones distintas. Lo que importa es que de ningún corazón europeo está ausente la mezcla y que no hay nacionalismo capaz de anestesiar durante mucho tiempo la conciencia de un *modus vivendi* en común. No han tenido que pasar, además, demasiados años para que el Brexit se revele como un cuento con moraleja a favor de las pertenencias múltiples. Una mayoría de británicos abomina del momento en que se les obligó a escoger y quizá no ande muy lejos una rectificación completa.

¿Qué hacer con equilibrios políticos basados en la pertenencia múltiple? Primero, entenderlos. Segundo, no forzarlos sin necesidad. Los Estados que sientan la necesidad de gravitar hacia el polo comunitario tienen derecho a agruparse en torno a cooperaciones reforzadas; los Estados refractarios a cesiones ulteriores de soberanía (Grupo de Visegrado) tienen derecho a expresar sus reservas y abroquelar su sentimiento nacional, respetando en todo caso el acervo comunitario ya consolidado.

De un tiempo a esta parte defendiendo un europeísmo sin prisas, que haga hincapié en poner a cubierto el tesoro de

«realizaciones concretas» acumulado. Un europeísmo capaz de sobrellevar con estoicismo ciertas disfunciones institucionales, rechazando la tentación de creer que los problemas se resuelven siempre acometiendo obras de ingeniería constitucional. Un europeísmo fiado más al buen hacer de carpinteros creativos que a los designios de arquitectos visionarios. Es dudoso que Europa necesite, para poner a cubierto su futuro, proceder a reformas de calado en los Tratados que, por otro lado, pocos reclaman (así lo sugiere la impactante falta de interés que ha suscitado en la opinión pública europea la Conferencia para el Futuro de Europa). Las herramientas para avanzar existen y décadas de integración acelerada imprimen una poderosa inercia difícil de detener. La libre circulación de personas, servicios, capitales y mercancías; la moneda única; los fondos de cohesión y los nuevos mecanismos de estabilización; la posibilidad de casar ante instancias europeas las decisiones judiciales nacionales. Todo eso forma un capital previo que devengará intereses durante mucho tiempo. Conformen un fecundo europeísmo de mínimos que poner a recaudo. Lo demás se irá haciendo a su debida sazón. Por lo pronto, el mazazo de la pandemia ha dejado una nueva y valiosa solidaridad de hecho: la mutualización de la deuda pública. Se confirma la vieja sabiduría de Monnet: Europa se construye en las crisis y encuentra la solución cuando el problema es acuciante, no

antes. Dicho de otro modo: el ideal solo fructifica bajo el disfraz de solución técnica.

EUROPA YA NO ESTÁ EN EUROPA

Antes de terminar, me gustaría decir algo sobre la voz de Europa en el mundo, toda vez que la debilidad de la Unión Europea para proyectarse como un actor unitario en el mundo es algo que exaspera a los europeístas convencidos. La paradoja se presenta así: Europa tiene 450 millones de habitantes y un producto agregado parecido al de Estados Unidos. Es similar en superficie a India o China y no mucho más pequeña que Rusia. Cuando se agrega el gasto militar de los Estados miembros y se suma al de Reino Unido, este resulta no ser muy disímil al gasto militar chino. Es el primer socio comercial para más de ochenta países (Estados Unidos lo es solo de veinte). Europa tiene, sobre el papel, por tanto, las trazas de una superpotencia. ¿Por qué, entonces, no actúa como tal, se hace oír como tal, influye como tal? La respuesta es que todas estas cifras son, por el momento y como diría Emilio Lamo de Espinosa, realidades más aritméticas que políticas. La política exterior unitaria es el rasgo más visible de la soberanía: Europa no es un Estado soberano. Tampoco puede extrañar que países que hasta hace poco se enseñoreaban por separado de diversas

porciones del globo se resistan a fusionar sus voces, por más que esto les haga ganar volumen.

Personalmente —y como diplomático de un alcornioso Estado miembro habrá quien sospeche que hablo desde el corporativismo— nunca me ha mortificado que Europa no hable, como se suele decir, con una única voz. Una polifonía bien ejecutada puede dar mucho juego. A la vista de la unidad cultural del continente, y dada la creciente comunidad de intereses, no ha de costar que los mensajes en política internacional confluyan, como sucede en una fuga barroca, en la que el mismo tema se hace pasar, de manera persuasiva y penetrante, de una voz a otra. (La unidad mostrada ante Rusia tras la invasión de Ucrania avala este optimismo). Por otro lado, la pujanza política de Europa en el exterior será siempre una función de su dinamismo social en el interior: el declive demográfico, el anquilosamiento económico, o que solo una

de las grandes empresas tecnológicas del mundo sea europea^[1] son cuestiones más preocupantes en punto a nuestra proyección mundial que las ocasionales desavenencias entre Estados miembros en materia de política exterior, incluso cuando no son de mero matiz.

Europa cuenta además con una ventaja que es fácil pasar por alto: el mundo que conocemos, para bien y para

[1] La neerlandesa ASLM, dedicada a la fabricación de máquinas para la producción de circuitos integrados.

mal, es hechura suya. «*Rome n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis*». Los versos de Sertorio en la tragedia de Corneille sugieren que Roma no dejó de existir con la caída de su imperio, porque para entonces todo el orbe había sido irradiado con su cultura. También hoy un europeo puede decirse: Europa ya no está en Europa, la encuentro allá donde voy. Son muchas las acotaciones que habría que hacer a esta frase para hacerse disculpar su jactancia. Baste decir que si esto no es necesariamente cierto de usos y valores, sí lo es respecto de las aspiraciones. Europa es el lugar del mundo que más energía ha invertido en intentar dar respuesta a la pregunta por la vida digna de ser vivida. El bienestar alcanzado por sus países sigue siendo el patrón oro que mide el desarrollo de las sociedades humanas. Al decir de Gilles Lipovetsky: «Miremos donde miremos, modernizarse es, en cierto sentido, occidentalizarse, es decir, transformarse y reestructurarse de acuerdo con núcleos fundamentales de la cultura-mundo que proceden de Europa». Prerrequisito para seguir siendo ese ejemplo digno de emulación es no apartarse nunca de lo mejor de la herencia europea: gobierno de las leyes y no de los hombres, fortaleza de las instituciones comunes frente a la llamada de la tribu y el espíritu de facción, preservación del pluralismo ideológico y social, y antidogmatismo para emprender las reformas que relancen la economía. Si Europa se mantiene

obstinadamente fiel a su legado –que es la democracia liberal– su otoño será bello y perpetuo.

¡BIEN EXCAVADO, VIEJO TOPO!

Termino. Con las líneas que preceden he querido trasladar esta sencilla convicción: la unión política de Europa llegará sin ser proclamada. Será el subproducto inevitable de la comunidad solidaria, hecha de realizaciones concretas, pensada por los fundadores. Los pueblos europeos caminan, *nolens volens*, por una senda llena de esos *corsi e recorsi* de los que habló el filósofo Giambattista Vico, en la dirección que señala el Tratado: *hacia una unión cada vez más estrecha*. Los primeros setenta años de integración europea se hicieron en volandas de un impulso mesiánico que hoy parece agotado. Los segundos setenta se apoyarán en una inercia ya invencible, aderezada por sanas dosis de *Realpolitik* ante los desafíos económicos que conlleva la competencia de potencias globales ya emergidas. Las culturas particulares serán cada vez más porosas a las influencias recíprocas, cada vez más habitantes del continente dominarán dos, tres y hasta cuatro lenguas europeas. La libre circulación de las personas será el excipiente de un mestizaje que desdibujará las lealtades meramente nacionales. Las amenazas existenciales de la Unión Europea contribuyen a reforzar, como en

los siglos de mayor unidad, esa conciencia común europea, paso previo y necesario para la creación de un verdadero *demos* paneuropeo aún en la fragua. No hay que apresurar los plazos. Algunos Estados podrán avanzar más rápido. Otros se inhibirán durante un tiempo. Pero tengamos por cierto que para ningún europeo la palabra Europa designa hoy, como creía o fingía creer Bismarck, una mera realidad geográfica. Nótese el detalle no menor de cómo los procesos electorales nacionales en un Estado son seguidos con creciente interés en el resto de países, casi como si fueran de comicios regionales de un país mental mayor al que se tuviera la sensación de pertenecer. Una señal que apunta al cumplimiento de la profecía que Benedetto Croce consignó en su *Historia de Europa en el siglo XIX*:

«Mientras tanto, ya en cada rincón de Europa se asiste al germinar de una nueva conciencia, de una nueva nacionalidad (porque, como ya fue dicho, las naciones no son datos naturales, sino estados de la conciencia y formaciones históricas); y del mismo modo que hace setenta años un napolitano del Antiguo Reino, o un piamontés del reino subalpino, se hicieron italianos no renegando de su ser anterior, sino elevándolo y resolviéndolo en ese nuevo ser, así franceses y alemanes e italianos se elevarán a europeos y sus pensamientos se dirigirán a Europa y sus corazones latirán

por ella como antes por las patrias más pequeñas, no olvidadas, y mejor amadas».

Concluyo con una vieja metáfora tomada de la tradición marxista: el viejo topo. Este pequeño mamífero zapador representaba el espíritu revolucionario horadando su camino bajo la superficie. Hoy el viejo topo ha abandonado sus planes para hacer estallar la revolución. Se ha hecho europeísta y trabaja metódicamente para sellar el destino común de los europeos. No está lejos, tal es mi presentimiento, el momento en que podremos exclamar, con la obra terminada, ¡bien has excavado, viejo topo! No sabemos cómo será el resultado final, porque lo que Europa intenta hacer no se ha ensayado antes: una forma de unidad que no responde a parámetros ni nacionales ni imperiales. La única certeza es que llegaremos juntos. Cada vez que escuchen a un analista levantar el acta de fallecimiento de la Unión Europea, recuerden a Ortega y Gasset: Muchas abejas, sí, pero un solo enjambre y un solo vuelo.

El otoño de Europa

José Manuel Sánchez Ron

“Toda época suspira por un mundo mejor. Cuanto más profunda es la desesperación causada por el caótico presente, tanto más íntimo es este suspirar. Hacia el fin de la Edad Media es una amarga melancolía el tono fundamental de la vida. El matiz de resuelta alegría de la vida y firme confianza en la propia energía, que alienta en la historia del Renacimiento y a través del movimiento de la Ilustración, apenas se percibe en la esfera de la vida franco-borgoñona del siglo XV”.

Estas frases proceden de un libro espléndido, para algunos —me temo que ya pocos— no olvidado, *El otoño de la Edad Media* (1919), de Johan Huizinga. En él, el historiador y filósofo neerlandés analizó la transición que se produjo en Europa entre los siglos XV y XVI, cuando la Edad Media, en cuyo final predominó “una amarga melancolía”, dio paso a una era más esperanzada, el Renacimiento. “El Renacimiento llega —escribió Huizinga en las últimas líneas de su libro— cuando cambia el ‘tono de la vida’, cuando la bajamar de la letal negación de la vida cede a una

nueva pleamar y sopla una fuerte, fresca brisa; llega cuando madura en los espíritus la alegre certidumbre (¿o era una ilusión?) de que había llegado el tiempo de reconquistar todas las magnificencias del mundo antiguo, en las cuales ya se venía contemplando largo tiempo el propio reflejo”.

UNA PRIMAVERA ESPLENDOROSA: LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

El Renacimiento, aquel momento esplendoroso de la historia en el que se pugnó por recuperar las artes y letras antiguas, dio paso al mundo de los Copérnico, Vesalio, Kepler, Galileo, Boyle, Descartes, Harvey, Leibniz y Newton, los principales protagonistas de lo que posteriormente se denominaría la Revolución Científica, el período de los siglos XVI y XVII en el que se sentaron las bases de la ciencia moderna, la mano maestra que “mecería la cuna” del desarrollo futuro de la humanidad. Europa, donde se gestó aquella revolución, mantendría su liderazgo científico hasta el siglo XX, cuando Estados Unidos tomó la delantera, que parece va a compartir con China en el XXI.

Sobre las bases y el espíritu que asentó especialmente Newton en su inmortal libro de 1687, *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* (*Principios matemáticos de la filosofía natural*) se levantó el edificio de un siglo inolvida-

ble, el XVIII, el de la Ilustración, o Siglo de las Luces. Era tal el poder explicativo de la física newtoniana, tantos sus éxitos, tanto lo que prometía, que se terminó por creer que en sus principios fundamentales, en las tres leyes de movimiento y en la ley de la gravitación universal que formuló Newton, se encontraba la llave para comprender el funcionamiento del universo. En el libro *Essai sur les éléments de philosophie*, publicado en 1759 y completado en 1767, del matemático y físico Jean Le Rond d'Alembert, director junto al filósofo Denis Diderot de una obra paradigmática como es *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (1751-1768), se encuentran unas frases que reflejan las esperanzas de aquella centuria:

“La ciencia de la naturaleza adquiere día a día nuevas riquezas: la Geometría ensancha sus fronteras y ha llevado su antorcha a los dominios de la Física que le son más cercanos; se conoce, por fin, el verdadero sistema del mundo, que ha sido desarrollado y perfeccionado; la misma sagacidad que se ha aplicado al movimiento de los cuerpos celestes se ha llevado a los cuerpos que nos rodean; aplicando la Geometría al estudio de estos cuerpos, o intentando aplicarla, se ha sabido percibir y fijar las ventajas y abusos de este uso; en una palabra, la ciencia natural ha cambiado su aspecto desde la Tierra hasta Saturno, desde la Histo-

ria de los Cielos hasta la de los insectos. La física ha cambiado de cara, y con ella todas las demás ciencias han cobrado nueva forma. [...]

Desde los principios de las Ciencias hasta los fundamentos de la religión revelada, desde los problemas de la Metafísica hasta los del gusto, desde la Música hasta la Moral, desde las cuestiones escolásticas de los Teólogos hasta las de la economía y el comercio, desde los derechos de los Príncipes hasta los de los pueblos, desde la ley natural hasta las leyes arbitrarias de las Naciones; en una palabra, desde las cuestiones que nos afectan más hasta las que nos interesan menos, todo ha sido discutido, analizado, removido. El fruto o la consecuencia de esta efervescencia general de los espíritus, ha sido una nueva luz sobre algunos objetos y una nueva oscuridad sobre muchos, lo mismo que el flujo y reflujo del Océano, que acerca a la orilla algunas materias y aleja a otras”.

Estrictamente, sin embargo, no es verdad que todo fuese “discutido, analizado, removido”. Ni que desapareciese la creencia de que era la Revelación, suministrada por la religión cristiana, y no la Ciencia el mecanismo para acceder a la Verdad, pero al menos, en la idea que dejó tras de sí, aquella fue una centuria optimista, ilusionada, que veía en la razón y en la ciencia sus principales valedores. Gra-

cias a ellas, los ilustrados creyeron que era posible construir una sociedad más racional, justa y cómoda. Coherente con ese espíritu —¿vana ilusión?— no es sorprendente que a finales del siglo tuviese lugar uno de los acontecimientos políticos que ha ejercido más influencia en la historia de la humanidad: la Revolución Francesa (1789). Sin embargo, y a pesar de los buenos deseos de los ilustrados —muchos de los cuales llevaban una vida en modo alguno cercana a la de los *sansculottes* que habían tomado la Bastilla el 14 de julio de 1789—, no desaparecieron muchas de las desigualdades sociales, entre ellas las que afectaban a las mujeres.

LA PROLONGACIÓN DE LA PRIMAVERA

El siglo XIX europeo fue una época particularmente activa en ideas político-filosóficas que influirían poderosamente en el futuro de la humanidad, como fueron las de Karl Marx, resumidas, junto a Friedrich Engels, en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). Y quiero recordar la mil veces repetida, ejemplar y conmovedora frase que Marx incluyó en su *Crítica del Programa de Gotha* (expuesta en una carta a W. Bracke, del 5 de mayo de 1875): “De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades”.

Entre los movimientos que surgieron en este siglo, y que en la centuria siguiente formarían parte de la idea, neta-

mente europea, del “Estado del bienestar” no se debe olvidar uno del que fue responsable un médico alemán, Rudolf Virchow (1821-1902). Además de un gran científico —se le considera como el “padre” de la teoría celular: presentó de manera completa sus ideas y resultados en uno de los grandes libros del siglo XIX: *Die Cellularpathologie in ihrer begründung auf physiologische und pathologische gewebelehre* (La patología celular basada en la histología fisiológica y patológica) de 1858, un clásico de la literatura médica y, en general, científica—, Virchow fue también un hombre profundamente preocupado, un activista, de hecho, por la situación de la salud pública, en general, y de los hospitales, en particular. Especialmente importantes en este sentido son una serie de artículos sobre las reformas médicas en la salud pública, que presentó durante 1848 en una revista semanal que él mismo fundó junto al psiquiatra R. Leubuscher: *Die Medizinische Reform*, que se convirtió en el portavoz de un movimiento nacional de reforma médica que intentaba promover un progreso administrativo que se correspondiese con los avances científicos y se beneficiase de ellos. Así, en el número 5 de esta publicación (4 de agosto), manifestaba:

“No basta con que el Gobierno salvaguarde los meros medios de existencia de sus ciudadanos; esto es, que ayude a todos aquellos cuya capacidad de trabajo no

es suficiente para ganarse la vida [aquí, Virchow incluía la siguiente nota a pie de página: ‘El nuevo borrador constitucional francés otorga a los ciudadanos el ‘derecho a la asistencia’, definido como sigue: ‘El que pertenece a los niños abandonados, a los enfermos y a los ancianos, de recibir del Estado los medios para existir’]. El Estado debe hacer más. Debe ayudar a todos a que vivan una vida sana. Esto se deriva directamente de la concepción del Estado como la unidad moral de todos los individuos que lo componen, y de la obligación de la solidaridad universal”.

Y en el número 9 (1 de septiembre) escribía:

“La admisión en un hospital debe estar abierta a todo paciente que lo necesite, independientemente de si es judío o ateo. Si alguien solicita la admisión, el único criterio debe ser si está enfermo, y qué circunstancias justifican su admisión en un hospital. Hasta ahora, sin embargo, era lo contrario; la primera pregunta era si la persona podía pagar, o si alguna otra persona era responsable de pagar por él”.

Las ideas de Virchow encontraron eco en la propia Alemania de la mano del canciller Otto von Bismarck, quien en 1883-1884 creó un “seguro de enfermedad” y un programa de indemnización para los trabajadores. Fue el primer país en el mundo en adoptar medidas semejantes.

EL “ESTADO DEL BIENESTAR”

Ideas como las anteriores se vieron ampliadas en el siglo siguiente, el XX, con uno de los grandes logros históricos de Europa: la introducción del “Estado del bienestar”, la idea, y logros consiguientes, de que era obligación ineludible de los Estados atender a la salud, educación, desempleo, desamparo y jubilación de todos los ciudadanos, independientemente de su condición social.

Un momento que incluso se podría denominar “fundacional” fue la presentación en 1942 del informe, *Social Insurance and Allied Services*, preparado por William Beveridge, en respuesta a la solicitud, en 1940, de Ernest Bevin, ministro de Trabajo británico, quien por entonces ya estaba pensando en la reconstrucción del país cuando finalizase la Segunda Guerra Mundial. El “Informe Beveridge” proporcionó las bases del *Welfare State* —“Estado del bienestar”— británico de la posguerra. Incluía recomendaciones relativas a una cobertura sanitaria universal, ayudas a las familias, seguros sociales y la obligación del Gobierno de mantener el pleno empleo, a cambio de que todos aquellos en edad laboral deberían abonar ciertas tasas. Su publicación atrajo una enorme atención, vendiéndose aproximadamente medio millón de ejemplares —un claro indicador de lo que la ciudadanía, en este caso, británica, deseaba—, e

influyendo no sólo en la opinión pública y en la política del Reino Unido, sino en gran parte del mundo, lo que no quiere decir que siempre se siguiese su ejemplo. En 1944 apareció un segundo informe, también de Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, en que se desarrollaban las ideas del anterior. Con el final de la Segunda Guerra Mundial los países más avanzados de Europa fueron adoptando este modelo del estado del bienestar.

El año siguiente de la aparición de este libro-informe de Beveridge, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en cuyo artículo 22 se establece que “Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social”. Europa marcaba el paso, pero es bien sabido los límites de los acuerdos de la ONU. El que en una parte de Europa se implantasen, o se esforzase por su implantación, medidas que beneficiasen a toda su población, en especial a los más necesitados, se vio favorecido por la propia historia europea, por las ideas filosóficas y políticas que habían ido apareciendo desde la Ilustración. Una historia, la de Europa, que, no se olvide, proporcionaba numerosos ejemplos de los abusos cometidos en el pasado por los poderosos — reyes o nobles, principalmente — que buscaban sus propios intereses, y de las consecuencias de las guerras de las que la población, los menesterosos, los desposeídos, poco o nada

había obtenido, salvo sufrimiento y muerte. Y tampoco hay que olvidar el papel de la religión, la católica en especial, con su énfasis en que la tierra es un “valle de lágrimas” que hay que soportar en aras de un prometido futuro eterno en un feliz mundo celestial.

El *Welfare State* encontró apoyo en las tesis económicas que había defendido John Maynard Keynes (1883-1946), para quien el Estado tenía la obligación de intervenir, especialmente en tiempos de crisis, para garantizar el eficaz funcionamiento del mercado, teniendo en cuenta los intereses y necesidades de los trabajadores y del conjunto de la población. Pero las tesis keynesianas, que renovadas especialmente por Paul Samuelson (1915-2009) —el postkeynesianismo— han continuado aflorando y siendo discutidas hasta la actualidad, encontraron fuerte posición en otros economistas, a la cabeza de ellos el austriaco, instalado posteriormente en Inglaterra, Friedrich Hayek (1899-1992) y el estadounidense Milton Friedman (1912-2006), representante de la denominada “Escuela de Chicago”. Fue, y es, el enfrentamiento entre lo que —según muchos de sus oponentes— no era sino socialismo (es difícil considerar a Keynes socialista) y el liberalismo, el *laissez faire* o la creencia en que la sociedad sabe autorregularse en beneficio común.

EL OTOÑO DE EUROPA

Fue en el propio Reino Unido donde el estado del bienestar comenzó a ser socavado. La *manu militari*, utilizando una analogía, fue la Primera Ministra británica, Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido entre 1979 y 1990, a quien se unió el canciller alemán Helmut Kohl, canciller de Alemania desde 1982 hasta 1998, y, no sorprendentemente, Ronald Reagan, presidente de Estados Unidos entre 1981 y 1989, un país para el que el estado del bienestar ha sido históricamente un “*foreign country*” (“un país extraño”), utilizando algo modificada la famosa frase — “*the past is a foreign country*” — de la novela de L. P. Hartley, *The Go-Between* (1953). Privatizaciones de servicios públicos, como los transportes por ferrocarril, y despidos laborales masivos fueron habituales en el Reino Unido de Thatcher.

Un problema es que el estado del bienestar —la educación, la sanidad, los seguros de desempleo, los subsidios y la jubilación— cuesta mucho dinero. Y Europa ya no posee la riqueza de que disfrutó en el pasado. Esa riqueza procedió de diversas fuentes, algunas hoy no sólo desaparecidas sino profundamente cuestionables o repudiables, como la que emanaba del colonialismo, dominio en el que el Reino Unido con su Commonwealth fue maestro, aunque no se debe olvidar lo que Bélgica extrajo del Congo, empleando

procedimientos mucho más violentos que el Reino Unido en India o, remontándonos mucho más atrás, las riquezas que España —a la que significativamente se ha denominado el “Imperio de la Plata” de aquella época— “importó” del Nuevo Mundo, o las que obtuvo la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, un pequeño gran Estado en sí misma.

A pesar de la herencia ilustrada, del deseo y sentimiento de obligación de mantener los necesarios servicios sociales en los campos antes citados, los problemas asociados a la globalización, a las distintas políticas, al diferente desarrollo económico y cuotas de desempleo en los países que forman Europa, y en particular en la Unión Europea, han conducido a que siguiendo indicaciones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la propia Comisión Europea, los países del sur de Europa (Grecia, Italia, España) se hayan visto obligados a introducir importantes medidas de reducción del gasto público que afectan a su estado del bienestar, mientras que en otros países, como Noruega, Finlandia, Suiza, Holanda o Francia, la situación es muy diferente. Se trata, en definitiva, de economía. La célebre frase de Bill Clinton, “Es la economía, estúpido”, continúa vigente.

Hoy, en un mundo globalizado gracias a la tecnociencia optoelectrónica, los generadores de riqueza más importan-

tes proceden de tres fuentes: la disponibilidad de materias primas, de las que Europa carece en general..., salvo Rusia en lo que se refiere al gas y petróleo, un país europeo, sí, pero ajeno actualmente a la mejor herencia ilustrada europea, como se está demostrando con especial intensidad con la guerra que ha desencadenado en Ucrania; el comercio, donde Europa tiene enfrente competidores temibles, a la cabeza China, el gigante asiático que, se podría decir, ha despertado, o, si se prefiere, ha decidido abrirse al mundo, tal vez para conquistarlo o, cuanto menos, para arrebatar a Estados Unidos la supremacía mundial; y, por último, el desarrollo de la ciencia y su aliada, la tecnología.

En el siglo XIX, la hegemonía científica europea llevó asociada la aparición de grandes compañías tecnológicas, que generaban riqueza y empleo. Así, la revolución que se produjo en la química orgánica, que despegó gracias sobre todo a los trabajos que llevó a cabo en la Universidad de Giessen el alemán Justus Liebig (1803-1873), condujo a la creación de nuevas y exitosas industrias. En 1827, por ejemplo, Heinrich E. Merck, uno de los alumnos de Liebig, fundó en Darmstadt la Chemische Fabrik E. Merck para la producción en gran escala de productos farmacéuticos. El éxito de la empresa hizo que se extendiese, y uno de los lugares en los que se introdujo fue en Estados Unidos, de la mano de un miembro de la familia, George Merck, que

se trasladó a Nueva York en 1891 estableciendo allí una tienda que suministraba productos a, en especial, los farmacéuticos de la ciudad y sus alrededores. En 1897, sus ventas alcanzaron el millón de dólares y contaba con un edificio propio de seis plantas, aunque pronto se instaló en New Jersey. Estrictamente se trataba de una nueva compañía, denominada Merck & Co., de la que la Merck alemana poseía una parte de las acciones, situación que se mantuvo hasta 1917 cuando al entrar Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial el gobierno norteamericano se apropió de las acciones que poseía la firma de Darmstadt. Con la ayuda de inversores de Nueva York, George Merck compró esas acciones al gobierno, comenzando así la historia independiente de la Merck & Co. estadounidense que, con el paso del tiempo, se convertiría en uno de los gigantes del mundo farmacéutico, la multinacional Merck, Sharp & Dohme. En 1856, Ludwig Baist, otro de los antiguos estudiantes de Liebig, estableció la Chemische Fabrik Griesheim para la producción de fertilizantes artificiales, y otro más de sus pupilos que se convirtió en un industrial importante fue Karl Clemm, quien cofundó en 1865 junto con su hermano August y el industrial Friedrich Engelhorn una industria dedicada inicialmente a la producción de anilina, aunque más tarde ampliaron su campo de interés a la sosa y el ácido sulfúrico, necesarios para la producción de los tintes, y

a los fertilizantes artificiales. La compañía tomó el nombre de Badische Anilinund Soda-Fabrik (BASF); tras diversos avatares y su refundación en 1952, hoy es una de las grandes de la industria química mundial.

Otro ejemplo significativo de lo que la ciencia europea dio a la industria, y la consiguiente riqueza que generó, se encuentra en el campo de la electricidad, no en vano fue en Europa, en el Reino Unido principalmente, donde se creó la gran síntesis de la teoría electromagnética, a la que está asociado por encima de todos el nombre de James Clerk Maxwell, sin olvidar a otros como Michael Faraday o William Thomson (lord Kelvin). Fue gracias a la ciencia del electromagnetismo que Werner Siemens (1816-1892) pudo construir un imperio industrial en el campo de la electrotecnia, que abrió un nuevo mundo en la iluminación, las comunicaciones, así como en algunos procesos industriales.

Pero la Europa cuyo liderazgo científico era incontestable durante el primer tercio del siglo XX ha desaparecido, si no totalmente, sí en lo relativo a su explotación industrial. La mecánica cuántica fue un logro europeo (Planck, Einstein, Bohr, Heisenberg, Schrödinger, Dirac...), pero su desarrollo (electrodinámica cuántica) y, sobre todo, sus aplicaciones navegaron por otros escenarios: el transistor, un hijo de la física cuántica y auténtica célula de la revolución digital, se inventó en 1947 en los laboratorios Bell,

fundados en 1925 en Nueva York por la compañía American Telephone & Telegraph, por tres físicos que trabajaban allí: John Bardeen, Walter Brattain y William Shockley.

Las posibilidades que abrían el transistor y los materiales semiconductores, como el silicio y el germanio, no tardaron demasiado en hacerse evidentes para el mundo industrial. Compañías emprendedoras, pero también científicos norteamericanos, que, inmersos en un mundo en el que el dinero y los negocios representaban un valor no sólo material sino también cultural, se decidieron —algunos al menos— a traspasar las fronteras de la academia de manera mucho más radical que cuando aceptaron trabajar para laboratorios industriales, como podían ser los Bell, esto es, convirtiéndose ellos mismos en empresarios. Tal fue el origen del célebre Silicon Valley (Valle del Silicio), situado al sudeste de San Francisco, en cuya constitución desempeñaron papeles centrales Frederick Terman, catedrático y director de la Escuela de Ingeniería de la cercana Universidad de Stanford, y William Shockley, que abandonó los laboratorios Bell buscando horizontes más lucrativos (en 1955 fundó, en lo que entonces era simplemente los alrededores de la bahía de San Francisco, su propia compañía, el “Shockley Semi-conductor Laboratory”). Como es bien sabido, el crecimiento, durante las décadas de 1960 y 1970 de Silicon Valley fue extraordinario, pero no es explorar ese

crecimiento lo que me interesa aquí, sino resaltar el papel simbólico y ejemplificador que desempeñó en la configuración de una “nueva alianza” entre ciencia e industria, una alianza que se desarrolló sobre todo en Estados Unidos.

Sin embargo, pese a mantener una notable presencia en el mundo de la innovación digital, la influencia de Silicon Valley ha disminuido en la actualidad. Los grandes nombres de esas empresas tecnológicas son hoy gigantes, cuyos “brazos” se extienden por todo el planeta, como Amazon, Google o Huawei, en los que, por cierto, se aprecian características que reflejan los diferentes Estados en los que tienen sus bases. Así, Huawei, cuyo presupuesto anual en I+D (Investigación y Desarrollo) es de, aproximadamente, 15.000 millones de dólares, cuenta con el apoyo del gobierno chino. Un estudio del *Wall Street Journal* (25 de diciembre de 2019) sobre los subsidios que el gobierno chino estaba proporcionando a Huawei los situaba en 75.000 millones de dólares, en forma de terrenos, créditos bancarios y deducciones de impuestos. Y es que la Guerra Fría de 1985-1991, renovada ahora entre Estados Unidos y Rusia, ha dejado paso a otra más importante para el presente y futuro, como es una guerra tecnológico-comercial entre Estados Unidos y China, nación ésta que cada vez ocupa más puestos de liderazgo en la creación de nuevo conocimiento científico y desarrollo tecnológico. Esta guerra abarca diferentes fren-

tes, pero uno de ellos, particularmente importante, es el que se puede denominar la “Guerra del microchip”, una contienda en la que Europa tiene escasa presencia —lo mismo sucede con el en otro tiempo poderoso Japón— pero aparte de Estados Unidos y China, sí lo tienen otros participantes, no creadores pero sí manufactureros, a la cabeza de ellos Taiwán, cuya empresa Taiwan Semiconductor Manufacturing Company, más conocida por sus siglas, TSMC, domina el mercado de producción y ensamblaje de dispositivos imprescindibles en las tecnologías digitales, hasta el punto de que su posición clave, e insustituible por el momento, representa un potencial factor geoestratégico de riesgo de primer orden dado el hecho de que China no ha renunciado a integrarla —recuperarla— en su territorio.

Basada en el descubrimiento de la estructura en doble hélice de la molécula de la herencia, el ácido desoxirribonucleico (ADN), realizado en 1953 en el Laboratorio Cavendish de Cambridge (Inglaterra) por James Watson y Francis Crick, la biotecnología y la ingeniería genética constituyen otro ejemplo importante de dominios científicos muy relevantes para la industria, que también afectan a la vida, en este caso en su dimensión médico-biológica, aunque por el momento su repercusión en el mundo es mucho menor que la informático-digital. Sucede que a pesar de semejante prioridad, ambos campos científico-tecnoló-

gicos se han desarrollado y se desarrollan en mayor medida en Estados Unidos que en Europa. Los estadounidenses lo hicieron fomentando la alianza entre ciencia e industria; en este sentido se encuentran casos como el de Herbert Boyer, catedrático de Bioquímica en la Universidad de California (San Francisco), que había desarrollado en 1973 con Stanley Cohen un método para reordenar moléculas de ADN en un tubo de ensayo a fin de crear moléculas híbridas (ADN recombinante), y que fundó en 1976, junto a un joven socio capitalista, una compañía biotecnológica para explotar comercialmente la nueva técnica (Boyer aportó sobre todo sus conocimientos científicos; en lo que a capital económico se refiere su contribución fue modesta: 1.000 dólares). Finalmente, y tras captar capital adicional, la nueva compañía se denominó Genentech (“Genetic Engineering Technology”). Y paradigmático es el célebre Proyecto Genoma Humano, que pese a la participación, minoritaria de Alemania, Reino Unido, Francia, Japón y China, fue una empresa netamente estadounidense, liderada en principio por los Institutos Nacionales de la Salud (NIH), a los que se terminó uniendo “Celera Genomics”, una compañía comercial fundada en 1998, dirigida por el innovador biólogo molecular Craig Venter.

LA CRECIENTE DESIGUALDAD DE LA RIQUEZA

No puede existir un Estado del bienestar cuando la riqueza general pasa a manos de unos pocos. Y esto es lo que está sucediendo cada vez de forma más marcada, hasta el punto de que parece que acumular megafortunas es ahora si no una meta sociocultural ambicionada (lo es un muchos casos), sí una tolerada. Que en la actualidad la riqueza mundial esté cada vez en manos de menos personas es un hecho favorecido por las oportunidades que surgen del avance científico y el desarrollo tecnológico. Elon Musk, por ejemplo, actualmente la persona más rica del mundo, posee un verdadero “imperio”, formado por empresas como SpaceX (aero-espacial), Tesla (vehículos eléctricos), Starlink (conexión por nano-satélites), Solarcity (paneles solares) y Neuralink (biotecnología), a las que recientemente ha añadido Twitter, un poderoso instrumento de comunicación y, por consiguiente, influyente en la opinión pública. Que una persona pueda tener el poder e influencia que posee Musk es algo sobre lo que es preciso reflexionar. Se dirá que es consecuencia de su inteligencia, habilidad y visión de futuro, lo que seguramente es cierto, pero, ¿es razonable que una sola persona pueda introducirse en territorios que deben ser patrimonio de la humanidad? Me refiero en particular al hecho de que uno de los proyectos en que está empeñado

Musk es el del turismo espacial. Y es más que un proyecto, una realidad que ya está en marcha: el 15 de septiembre de 2021 SpaceX, fundada en 2002, puso en órbita alrededor de la Tierra una cápsula con cuatro civiles que apenas habían recibido entrenamiento astronáutico; antes, el 6 de febrero de 2018, SpaceX había lanzado al espacio un coche desca-
potable de la marca Tesla, en una clara maniobra publicitaria. Que un individuo pueda intervenir en el espacio, que debería ser, que es, insisto, patrimonio de la humanidad, es contrario a la legislación internacional promovida por la ONU sobre la utilización del espacio, en la que no se incluye nada que se refiera a actividades de carácter privado, únicamente trata de acciones de los Estados. En el “Prefacio” a un documento producido por la ONU en 2002 en el que se reproducen los cinco tratados internacionales multilaterales firmados hasta la fecha sobre el tema (el primero de 1967, el último de 1979 pero que entró en vigor en 1984) se declaraba que “El espacio ultraterrestre, un medio extraordinario en muchos aspectos es, por añadidura, único en su género desde el punto de vista jurídico. Sólo recientemente las actividades humanas y la interacción internacional en el espacio ultraterrestre se han convertido en realidad y se han comenzado a formular las reglas de conducta para facilitar las relaciones internacionales en el espacio ultraterrestre”. Basta un somero repaso de estos tratados para apreciar que

las actividades de carácter privado, como el turismo espacial u otras posibles futuras, no se recogen en ellos, limitándose estos a incluir artículos generalistas del tipo: “La exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes, deberán hacerse en provecho y en interés de todos los países, sea cual fuere su grado de desarrollo económico y científico, e incumben a toda la humanidad”; u otros que responden más a la mentalidad de la Guerra Fría que a situaciones presentes; por ejemplo: “Los Estados Partes en el Tratado se comprometen a no colocar en órbita alrededor de la Tierra ningún objeto portador de armas nucleares ni de ningún otro tipo de armas de destrucción en masa, a no emplazar tales armas en los cuerpos celestes y a no colocar tales armas en el espacio ultraterrestre en ninguna otra forma”.

El turismo espacial, en definitiva, no tiene visos de responder a ningún “beneficio para toda la humanidad”, estando como está, y previsiblemente estará, al alcance de unos pocos, sin dejar de lado cómo puede afectar al espacio cercano en lo que se refiere a la “basura espacial”. Que Europa permanezca en silencio ante semejantes hechos no es sino otra manifestación de la escasa influencia que posee en la geopolítica mundial, otra manifestación de su otoño, aunque éste pueda ser a veces dulce.

El capitalismo, el liberalismo, la libre empresa, la tesis económica (una ideología, en realidad) del crecimiento continuo —una imposibilidad física— han aportado muchos beneficios a la humanidad, pero está conduciendo a una era en la que la distribución de la riqueza y el poder político se están viendo seriamente afectados con la cada vez mayor proporción de riqueza en manos de menos empresas o personas. El cambio climático que está teniendo lugar es una de las víctimas de semejantes ideologías, con la colaboración, reconozcámoslo, de la ciudadanía, que participa de las tesis consumistas. Como en su día escribió el politólogo y ensayista italiano Giovanni Sartori (1924-2017), las nuestras, las más desarrolladas en especial, son “Sociedades de Derechos y no de Deberes”. El mal ya está hecho, y las generaciones futuras sufrirán sobre todo las consecuencias, pero deberíamos esforzarnos por suavizar en alguna medida la destrucción en curso y preservar una climatología, una biodiversidad y un medioambiente más acorde con la existencia humana y su pasado como especie. La lógica del disfrute y la explotación que representan iniciativas de magnates como Elon Musk o de demasiadas empresas multinacionales no se dirigen en esta dirección.

EPÍLOGO

“Nuestra generación”, escribió José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (1923), “si no quiere quedar a espaldas de su propio destino, tiene que orientarse en los caracteres generales de la ciencia que hoy se hace, en vez de fijarse en la política del presente, que es toda ella anacrónica y mera resonancia de una sensibilidad fenecida. De lo que hoy se empieza a pensar depende lo que mañana se vivirá en las plazuelas”. Y en un artículo publicado en *El Imparcial* el 27 de julio de 1908, expresó la misma idea de forma diferente y sucinta, a la vez que poderosa: “Europa = ciencia; todo lo demás es común con el resto del planeta”.

Hoy añadiríamos otras cosas, como que Europa es —o querría ser, no sé si todos— democracia y ansias de Estados “del Bienestar”, pero aun así ese bienestar no será posible sin la ayuda de una ciencia y una tecnología que permitan generar la riqueza necesaria y su correcta distribución. Lo que no ha cambiado, o no debería haber cambiado, es que Europa defienda los mejores valores de la Ilustración. Honrará así a lo mejor de su historia.

La Unión Europea ante la guerra de Ucrania

José Ignacio Torreblanca

La Unión Europea es un proyecto de paz, pero Europa está en guerra. Esto no quiere decir que la Unión Europea como tal esté en guerra, haya ido a la guerra o esté pensando en ir a la guerra. No es éste su papel. Pero sí es el papel de la UE, como ha dicho el Alto Representante de la Unión, Josep Borrell, asegurarse de que Rusia no gana esta guerra. Esa política no se basa en un deseo de venganza ni de humillación sobre Rusia como algunas veces se dice, sino en el entendimiento de que no podrá haber una paz duradera en Europa si Rusia consigue imponerse. La historia nos enseña que una mala paz es a menudo el preludio de la siguiente guerra. La Unión Europea confió en 2014 en que la paz impuesta a Ucrania aceptando la pérdida de Crimea y de parte del Dombás serviría para estabilizar la región y contener el expansionismo ruso. No ha sido así. No debemos repetir los

errores cometidos entonces. Entonces erramos de buena fe, ahora ya no tendríamos esa justificación.

Los principios en los que se basa el orden europeo han sido demolidos por la invasión rusa de Ucrania. Nada volverá a ser igual en Europa hasta que contemos en el Kremlin con un liderazgo político comprometido con el respeto de la soberanía, la integridad territorial y la libertad de elección de socios y aliados, por supuesto, también de sistema político. El tiempo de las esferas de influencia, el derecho de veto y la soberanía limitada acabó en 1989. No podemos aceptar un nuevo reparto de Europa en bloques.

Los europeos debemos prepararnos para una guerra larga y para poder prevalecer en esa guerra necesitamos no solo actuar unidos sino ser capaces de redibujar nuestras principales políticas, especialmente de energía y seguridad, para que sean capaces de proyectar seguridad y estabilidad a todo el continente europeo, se trate o no de miembros de la Unión. También debemos ser capaces de rediseñar nuestras instituciones y procesos de la Unión Europea para que puedan funcionar de forma abierta, acabando con la rigidez de las distinciones entre miembros de pleno derecho y Estados asociados o candidatos. En las siguientes líneas esbozo algunos de los desafíos que enfrenta la Unión Europea, así como sus posibles respuestas.

EL DESAFÍO DE LA UNIDAD

El primer desafío al que ha tenido que hacer frente la Unión Europea es el de su propia unidad. Al comienzo de la guerra fue manifiesta la existencia de una división entre los países del bloque báltico y centro europeo oriental, que habían venido preconizando una línea dura de actuación hacia Rusia, y otros países, como Alemania y Francia, cuyas políticas hacia el Kremlin eran mucho más contemporizadoras. Tanto desde Berlín como desde París se acusó en numerosas ocasiones al bloque báltico-polaco de exagerar el riesgo de una agresión rusa e incluso de estar contribuyendo con ello a la propia materialización de dicha agresión.

Como el propio Alto Representante de la Unión, Josep Borrell, ha reconocido, hubo un error de percepción y evaluación por parte de las instituciones europeas y de muchos de los gobiernos de los Estados miembros a la hora de evaluar los riesgos de la agresión rusa, incluso calificando de “históricos” a los países que alertaban sobre el peligro de una invasión. Las continuas apelaciones al diálogo y a la negociación con Putin en los compases anteriores a la invasión por parte del presidente de la República francesa, Emmanuel Macron, y la tibieza de los pronunciamientos del gobierno alemán, generaron una fuerte tensión entre estos dos bloques. Incluso cuando las gestiones de Macron no

solo se mostraron infructuosas, sino que claramente estaban siendo interpretadas por Putin como una muestra de debilidad en un momento en el que lo que se requería eran muestras de firmeza que le disuadieran de agredir a Ucrania. El caso es que incluso después del comienzo de las hostilidades el 24 de febrero, las reticencias del canciller Scholz y otros países europeos, incluyendo España, a enviar armamento a Ucrania, fueron objeto de polémica y tensión dentro de la UE, mostrando que ni siquiera la materialización de la invasión rusa estaba siendo capaz de generar la unidad necesaria para hacer frente a la agresión.

Por suerte, la reacción de la opinión pública alemana llevó muy rápidamente al Gobierno de coalición alemán a modificar su posición y acceder al envío de armas, lo que arrastró a otros países como Francia, y también a España, a sumarse al envío de armamentos. Ese cambio de posición alemana ayudó a que el Consejo de la Unión pudiera adoptar una serie de medidas sancionadoras sobre Rusia que hasta entonces el propio Gobierno alemán había considerado que no eran opciones que debieran estar ni siquiera encima de la mesa. Pero en cuestión de días la Unión Europea encontró su unidad y adoptó un paquete de sanciones masivo e inédito que desde luego Moscú no esperaba, y que incluía medidas novedosas y de gran impacto como la congelación de activos rusos en el exterior y el bloqueo de las transac-

ciones financieras rusas a través del sistema de pagos Swift.

Desde entonces, los diez paquetes de sanciones adoptados por la Unión Europea hacia Rusia han dado muestra de la unidad de los europeos, con la salvedad de la posición adoptada por el gobierno húngaro, que desde el principio decidió adoptar una posición de rechazo a las sanciones hacia Rusia que pudieran perjudicar a Hungría, lo que ha exigido difíciles y largas negociaciones con Budapest para encontrar la vía para que el gobierno húngaro no bloqueara las sanciones y obtuviera compensaciones por los efectos de estas sanciones. Y aunque lo cierto es que las tensiones entre Alemania y Francia y el bloque báltico-polaco dentro de la Unión Europea han continuado, estas han tenido que ver más con la intensidad y el ritmo de entrega de material bélico a Ucrania que con diferencias políticas sustantivas de fondo. Por tanto, pese a los intentos rusos de dividir a los europeos, la Unión Europea ha sido capaz de encontrar un grado muy elevado de unidad para hacer frente a la agresión rusa y mantenerlo en el tiempo a lo largo del ya más de un año transcurrido desde la invasión.

REDUCIR LA DEPENDENCIA ENERGÉTICA

El segundo elemento destacado de la respuesta europea a la agresión rusa es el relacionado con la energía. Nada refleja

con más intensidad los errores de análisis cometidos por la Unión en la última década respecto a las dinámicas de poder existentes en Rusia que la decisión de ahondar en la dependencia energética de Rusia y completar el gasoducto Nord-Stream 2. Pese a las enseñanzas que debieran haberse extraído de la invasión rusa de Ucrania en 2014 y la anexión de Crimea, era sabido desde antes de 2014 que el talón de Aquiles de la Unión Europea en su relación con Rusia era la altísima dependencia energética.

Esa dependencia se había venido entendiendo fundamentalmente desde Alemania como una interdependencia que garantizaría la paz y la ausencia de conflictos en el continente. Además, permitiría a Europa crecer sostenidamente sobre la base de bajos precios de energía y un suministro garantizado en el largo plazo. Sin embargo, como se ha visto, esa interdependencia no solo no sirvió para garantizar la paz, sino como acicate para que el Kremlin iniciara una política de expansión y anexión territorial. Los europeos han sido capaces de corregir esas decisiones y hacerlo de forma irreversible, ahondando por un lado en el proceso de transición energética con vistas a la descarbonización del continente y, a la vez, tomando medidas para reducir drásticamente y al final cortar todo lazo energético de dependencia con Rusia, negando así al Kremlin tanto la capacidad de chantaje y coacción sobre las políticas europeas como los

instrumentos para financiarse y financiar sus fuerzas armadas y políticas expansionistas.

Europa ha sido capaz de sobrevivir al primer invierno sin gas ruso de forma exitosa pese a las presiones inflacionistas. Con ello ha negado a Rusia su principal arma y ventaja en esta guerra: la capacidad de debilitar la voluntad de resistencia y de apoyo a Ucrania de los Estados miembros de la Unión, vía la generación de malestar social y protestas en la Unión Europea. Incluso como se ha visto en el caso de Italia, el acceso al poder de Georgia Meloni, que en anteriores pronunciamientos había mostrado actitudes muy contemporizadoras con el Kremlin, no se ha producido ese giro favorable al Kremlin. El reto ahora para la Unión Europea es conseguir que su plan de transición energética no se vea ralentizado ni fracase debido a la guerra. Al contrario, aunque en primera instancia haya habido que recurrir a los combustibles fósiles, incluyendo el carbón y la energía nuclear, para compensar la retirada de los suministros rusos, se trataría de utilizar la presión de la invasión para poder acelerar ese proceso de transición energética.

Un elemento que preocupa mucho en Europa es la tensión que se está generando con Estados Unidos a costa de los programas de subvenciones a las inversiones en transición energética que ha aprobado la administración Biden. La ley de reducción de la inflación (IRA) se ha convertido

en un objeto de litigio puesto que está atrayendo a empresas europeas a invertir en Estados Unidos, detrayendo esas inversiones del continente europeo. Por su parte, la Unión Europea está considerando cómo responder a esta renovada política industrial de Estados Unidos basada en subsidios. Recordemos que Estados Unidos, debido tanto a su inmensa capacidad financiera y de endeudamiento como a su posición dominante en los mercados financieros y de divisas, está demostrando tener una capacidad de inversión y de gasto público muy superior a la europea. Europa pondera si la respuesta a Estados Unidos debe ser sancionadora o, por el contrario, debe adoptar su propia política industrial y sus propios programas de inversión y subvenciones, y de esa manera recuperar la competitividad perdida frente a un Estados Unidos que gracias a sus políticas energéticas ha logrado no solo la autonomía energética sino convertirse en un país exportador clave.

Las lecciones que aprender respecto a la política energética de la Unión Europea no solo tienen que ver con Rusia, sino muy particularmente con China. La Unión Europea, que está buscando su autonomía estratégica en el campo energético, no puede aceptar cambiar la dependencia de recursos fósiles en geografías geopolíticamente tóxicas (Rusia, Oriente Próximo) por una dependencia de tecnologías esenciales para completar su transición energética que en

este caso sitúa a la Unión Europea en dependencia de China. Este es ya el caso de determinadas tecnologías como la producción de baterías, la extracción y procesamiento de tierras raras, los aerogeneradores y las placas solares, sectores que Europa ha descuidado, fiando su suministro a cadenas de producción global ahora tensionadas por la presión combinada del aumento de la demanda y las tensiones geopolíticas.

LA EUROPA DE LA DEFENSA

La guerra de Ucrania también ha expuesto otro de los grandes talones de Aquiles de la Unión Europea: la inexistencia de una industria de defensa capaz de suministrar equipos y material moderno a todos los Estados miembros de forma conjunta y fiable. La dispersión de los programas de gasto en armamento de los países de la Unión Europea es uno de los principales obstáculos para que la Unión pueda asumir su propia defensa de forma autónoma. No se trata de que los presupuestos de defensa de los Estados miembros de la Unión Europea sean generalmente inferiores o no alcancen el compromiso establecido en el marco de la Alianza Atlántica de representar el 2% del PIB. Se trata de que ese gasto es ineficiente y redundante en programas de armamento que se solapan, compiten entre ellos y resultan muy costosos.

Aquí también la guerra de Ucrania nos dota de una oportunidad única para que los incrementos de gastos en defensa con los que los Estados miembros se han comprometido se hagan de forma coordinada y de acuerdo con evaluaciones de necesidades y capacidades conjuntas que tengan en cuenta cuál es el escenario geopolítico dominante y cuáles van a ser las necesidades de política, seguridad y defensa en los próximos 10-20 años.

El desafío ahora es convencer a los Estados miembros del bloque báltico-polaco de que un reforzamiento de la política común de defensa de la Unión Europea no se hace ni se hará en perjuicio de la relación transatlántica. Para algunos de estos países, la guerra de Ucrania representa la confirmación de que solo en el marco de la Alianza Atlántica estaría garantizada su seguridad. Sin embargo, esta es una lectura errónea de las dinámicas políticas en Washington. En Estados Unidos esta guerra se ve como una distracción respecto al objetivo estratégico principal, que es contener y ralentizar el ascenso de China. Por tanto, los europeos que piensen que la participación de Estados Unidos en el esfuerzo de guerra de Ucrania les exonera de contribuir al reforzamiento de la política europea de defensa están equivocados. Lo que Estados Unidos espera del continente es que precisamente cuando ellos confrontan un desafío tan importante como el que plantea China los europeos sean

capaces de defenderse a sí mismos y hacerlo de forma autónoma, de manera que la OTAN se convierta en un instrumento de defensa europeo, sí, pero no en el instrumento por el cual los Estados Unidos defienden a una Europa incapaz de defenderse a sí misma.

Europa debe perseverar en su objetivo de incrementar su autonomía estratégica. A pesar de la guerra de Ucrania y la excelente colaboración entre la administración Biden y sus aliados europeos en el marco de la OTAN, sabemos que la política interna en Estados Unidos es muy susceptible de volver a llevar al poder a un Partido Republicano cuyas posiciones sobre las relaciones transatlánticas y su visión sobre Europa están muy alejadas de las que sostiene la actual administración Biden. Por esa razón, fiar todos los programas de defensa y de armamento en Europa a la existencia de una estrecha colaboración con Estados Unidos no es aconsejable dadas las incertidumbres que penden sobre el futuro de la gobernanza en Estados Unidos y la posibilidad de que accedan al poder líderes republicanos hostiles a la idea de una estrecha colaboración transatlántica.

Pero no solo se trata del ámbito de la defensa. Como estamos viendo en el de la tecnología, Estados Unidos está imponiendo sanciones a China en determinados ámbitos, especialmente los semiconductores, con el objetivo de denegar capacidades tecnológicas avanzadas al ejército

chino. Las sanciones tecnológicas tienen importantes repercusiones geopolíticas y económicas, puesto que no solo aspiran a bloquear la producción y venta de armas y sus sistemas, sino que se refieren a materiales y tecnologías de doble uso (civil y militar). Las sanciones de Estados Unidos invitan a Europa a desarrollar su propia política industrial en el ámbito de los semiconductores, ya que se trata de una tecnología de la que Europa no puede prescindir si quiere ser autónoma desde el punto de vista estratégico.

LA ARQUITECTURA INSTITUCIONAL DE LA EUROPA DE LA POSGUERRA

Aunque no cabe ignorar ni despreciar las importantes contribuciones financieras que la Unión Europea está haciendo para poder sufragar los envíos de armamento de sus Estados miembros a Ucrania, que son numerosos y muy importantes, el esfuerzo principal en el ámbito militar y de armamento sin duda lo está llevando a cabo Estados Unidos. Sin embargo, hay dos aspectos en los que la contribución de la Unión Europea es mucho más decisiva que la de Estados Unidos. Uno es la asistencia macrofinanciera y de estabilización al gobierno ucraniano, que tendrá su prolongación en los programas de ayuda y reconstrucción que se están llevando a cabo, tanto durante como posteriormente a la

guerra. Pero a medio plazo el instrumento más importante de estabilidad que puede ofrecer la Unión Europea a Ucrania tiene que ver con el diseño de la estructura institucional en la cual podrá encajarse la aspiración ucraniana de ser parte de la familia europea.

Acomodar en la UE un país como Ucrania, que no está ni va a estar en un futuro próximo en condiciones de cumplir con los muy estrictos criterios de adhesión que se requieren para ser miembro de la Unión Europea, representa un enorme desafío. Estos criterios están pensados para países cuyas economías están en senda de crecimiento, cuyas instituciones estén consolidadas y cuyas economías sean capaces de resistir las presiones competitivas de las fuerzas de mercado de la Unión. Como demuestra la experiencia de los Balcanes, el legado de una guerra hace muy difícil cumplir con todas estas exigencias. A fecha de hoy, seis países de los Balcanes son todavía candidatos a la adhesión, no habiendo podido materializar sus ambiciones y sin que se vislumbre una fecha próxima de adhesión. En el caso de Ucrania, las expectativas de una adhesión rápida a la Unión van a generar frustración. Por eso es muy importante que las instituciones europeas sean capaces de proporcionar una perspectiva de adhesión que no sea solo retórica, sino que incluya un proceso de preparación real y con contenido, de

tal manera que no haya un vacío entre la promesa y su materialización.

La iniciativa de la “comunidad política europea” lanzada por el presidente Macron es un buen paso en esa dirección, puesto que genera un marco temporal e institucional en el cual la Unión Europea puede trabajar con los países europeos que no forman parte de la Unión. Sin embargo, dotar de contenido a ese proceso de preadhesión es una tarea todavía pendiente y por supuesto requiere no solo que la guerra concluya, sino que lo haga de una manera en la cual Ucrania disponga de garantías de seguridad suficientes como para poder iniciar un proceso de reconstrucción que le permita aproximarse a la Unión Europea e ingresar en condiciones de seguridad y estabilidad.

CONCLUSIÓN: LAS CRISIS Y EL PROYECTO EUROPEO

La Unión Europea se ha construido siempre sobre la necesidad de dar respuesta a las sucesivas crisis que ha ido enfrentando. Sea la crisis financiera de 2008, la pandemia del covid o la política exterior; más que bien, la Unión Europea siempre ha terminado por encontrar el camino hacia una mayor integración. La invasión de Ucrania o Rusia no es diferente. Ha vuelto a poner de manifiesto que el proyecto

europeo es un proyecto útil tanto desde el punto de vista de las respuestas prácticas a situaciones concretas como valioso desde el punto de vista de los valores que sostiene. Prepararse para una larga guerra no supone alentar el belicismo ni el militarismo sino asegurarse de que la Unión Europea es capaz de sentar las bases para la paz y seguridad en el continente en el siglo XXI, de tal manera que alcance a todos los europeos, incluyendo, ojalá, en un futuro no muy lejano, a los propios rusos.

Autores

Alfonso Guerra (Sevilla, 1940) fue vicepresidente del Gobierno de Felipe González entre 1982 y 1991. En 1997 asumió la presidencia de la Fundación Pablo Iglesias, vinculada al Partido Socialista Obrero Español, y permaneció en el puesto hasta 2017. Tras su retirada del Gobierno, publicó dos ensayos de teoría política titulados *La democracia herida* (Espasa, 1997) y *Diccionario de la Izquierda* (Planeta, 1998). En 2019 regresó al ensayo de la mano de *La España en la que creo* (La Esfera de los Libros). Sus memorias han sido publicadas en tres volúmenes, los dos primeros en Espasa y el tercero en Planeta.

Miguel Ángel Aguilar (Madrid, 1943) periodista y licenciado en Ciencias Físicas, se inició en 1966 en el diario *Madrid*, cerrado por el gobierno en noviembre de 1971, apenas llegado como corresponsal a Londres. En Bruselas estuvo de corresponsal para *Cambio 16* y en Madrid para *La Libre Belgique*. Cubrió para el semanario *Posible los fusilamientos del 75*, desde el campo de tiro de El Palancar; los prolegómenos de la *Marcha Verde marroquí* sobre

el Sáhara, desde El Aaiun; y la muerte de Franco, desde El Pardo. Del 77 al 80 director de *Diario 16*. Corresponsal político del diario *El País* hasta 1984, director de la agencia Efe hasta 1990. También del informativo *Entre Hoy y Mañana* de Tele 5, colaborador de Cadena SER en *Hora 25* y en la sección el Telegrama de *Hora 14*. Director del diario *El Sol*, antes de regresar como columnista semanal a *El País* en 1994 y también a *La Vanguardia*. Lanzó el periódico semanal *AHORA* en 2015. Es colaborador de *Vozpopuli* y *20Minutos*, de *Espejo Público* de Antena 3tv y de la sección *¿Pero qué broma es ésta?* de Cadena SER. Autor de algunos libros como *Las últimas Cortes del franquismo* (Avance, 1976), *El Golpe, anatomía y claves del asalto al Congreso* (Ariel, 1981), *El vértigo de la prensa* (Mezquita, 1982), *Sobre las leyes de la física y la información* (Espasa, 2009), *España contra pronóstico* (Aguilar, 2013) o *En silla de pista* (Planeta, 2018).

Miguel Arias Cañete (Madrid, 1950) es un expolítico español que, hasta su retirada de la política institucional en 2019, estuvo vinculado al Partido Popular durante casi cuatro décadas. Como tal, ocupó el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación entre los años 2000 y 2004, durante la segunda legislatura de José María Aznar; y una vez más

entre 2011 y 2014, durante la primera legislatura de Mariano Rajoy. Fue, durante más de una década, diputado en el Parlamento Europeo. Fue comisario europeo de Energía y Acción por el Cambio Climático entre 2014 y 2019. Jurista de formación y Abogado del Estado, desempeñó, antes de dar el salto a la política en 1982, labores como docente en la Facultad de Derecho de Jerez de la Frontera.

Juan Luis Arsuaga (Madrid, 1954) es un paleantropólogo español, catedrático de paleontología en la Facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense de Madrid y director científico del Museo de la Evolución Humana de Burgos desde el año 2013. En su larga trayectoria como investigador en paleontología se recogen décadas de trabajo en los yacimientos de Atapuerca, así como la fundación, en 1999, de la propia Fundación Atapuerca. Además de haber firmado numerosos y fundamentales artículos en revistas del prestigio científico de *Nature*, *Science* o *Journal of Human Evolution*, es también autor de una larga serie de ensayos y obras divulgativas alrededor de su campo de investigación, tales como *El enigma de la esfinge* (Plaza & Janés, 2001), *El mundo de Atapuerca* (Plaza & Janés, 2004) o *Elemental, queridos humanos* (Temas de Hoy, 2010), este último con ilustraciones de Forges. En sus dos últimos li-

bros, publicados en 2020 por Alfaguara y firmados junto al escritor Juan José Millás, trata *La vida y la muerte contadas por un sapiens a un neandertal*.

Josep Borrell (Puebla de Segur, Lleida, 1947) es un político español que, desde diciembre de 2019, desempeña el cargo de Vicepresidente de la Comisión Europea y alto representante de la Unión Europea en materia de Asuntos Exteriores y Política de Seguridad. Ingeniero aeronáutico de formación y doctor en Ciencias Económicas, ha estado vinculado al PSOE desde 1975. A lo largo de dos legislaturas de Felipe González ocupó el Ministerio de Obras Públicas y Transporte y, después de haberse desempeñado como diputado en el Parlamento Europeo entre 2004 y 2009, regresó en 2018 a la política nacional como Ministro de Asuntos Exteriores del ejecutivo de Pedro Sánchez, cargo que abandonó a finales de 2019 para incorporarse a la Comisión Europea de Ursula von der Leyen. Es autor de una serie de ensayos sobre materia económica y política. Sus últimas publicaciones son *La crisis del Euro. De Atenas a Madrid* (2012, con Andreu Missé, Ed. Turpial), *Las cuentas y los cuentos de la independencia* (2015, con Joan Llorach, Los Libros de la Catarata) y *Los idus de octubre* (2017, Los Libros de la Catarata).

Ignacio Camacho (Marchena, Sevilla, 1957) es un periodista español que, entre los años 2004 y 2005, ejerció el cargo de director del diario *ABC*. Con anterioridad había sido redactor para otras cabeceras de tirada nacional como *Diario 16* o *El Mundo*. Su obituario al escritor Francisco Umbral, publicado en 2008 en *ABC*, lo hizo merecedor del Premio González Ruano de periodismo. Asimismo, en 2014 fue galardonado con el Premio Nacional de Periodismo ‘Miguel Delibes’. En la actualidad se desempeña como columnista en *ABC* y como colaborador en diversos programas de radio y televisión. Participó como autor en los volúmenes colectivos *Crónica de un sueño* (Ediciones El País, 2001), sobre la transición democrática en Andalucía, y *Memoria del paisaje* (Turismo de la Provincia de Sevilla, 2003).

Araceli Mangas (Ledesma, Salamanca, 1953) es Catedrática de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid, así como integrante del Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI). En 2013 fue elegida miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España, la segunda mujer en toda su historia. Es autora de una extensa producción en revistas científicas y libros colectivos y varias monografías especializadas en

Derecho Internacional y Derecho de la UE. Ha dirigido las tres revistas científicas españolas más valoradas en Derecho Internacional y Europeo. Fue Premio Castilla y León de Ciencias Sociales y Humanidades en 2017, Premio Pelayo para Juristas de Reconocido Prestigio en 2022 y Premio Julián Marías de Humanidades 2023.

Cristina Manzano (Madrid, 1965) es una periodista española especializada en cuestiones internacionales. En la actualidad, es directora de *esglobal*, una publicación digital líder en asuntos globales en español y columnista de cabeceiras como *El País* o *El Periódico*. Es, además, presidenta del patronato de la ONG Alianza por la Solidaridad, y miembro de un buen número de organizaciones como el Real Instituto Elcano, CIDOB, el Club de Roma y el Club de Madrid, entre otras. Participa habitualmente en reuniones de toda índole sobre relaciones internacionales, especialmente en lo que tiene que ver con la gestión de la globalización y la gobernanza global, la política exterior europea y la política exterior española.

César Antonio Molina (La Coruña). Licenciado en Derecho y en Ciencias de la Información. Doctor en Literatura. Profesor en la Universidad Complutense y en la Carlos III.

Fue coordinador de los cursos de verano de El Escorial. Director adjunto de *Diario 16*. Director del Círculo de Bellas Artes, así como del Instituto Cervantes y Ministro de Cultura. Diputado socialista. Creó y dirigió Casa del Lector. Autor de numerosos libros. Premiado nacional e internacionalmente por sus artículos periodísticos y su obra literaria. Tiene las más altas condecoraciones de Francia, Portugal, Italia, Chile, Serbia, España y la Medalla Castelao de Galicia. Doctor Honoris Causa por la Universidad L'Orientale de Nápoles (Italia).

Mercedes Monmany (Barcelona, 1957) es una escritora y crítica literaria española. En su faceta de crítica ha firmado en cabeceras como *El País*, *Revista de Libros*, *ABC*, *Revista de Occidente* o *La Vanguardia*. Recibió, en 2014, la Medalla de la Orden de las Artes y las Letras de la República Francesa y en 2016 el título de Cavaliere dell'Ordine della Stella d'Italia. Entre su producción literaria cabe destacar *Por las fronteras de Europa* (Galaxia Gutenberg, 2016), una aproximación extraordinariamente exhaustiva a la literatura contemporánea europea. Sus últimas dos obras son *Ya sabes que volveré* (Galaxia Gutenberg, Premio Internacional de Ensayo Caballero Bonald 2018), en la que explora la producción literaria vinculada al Holocausto; y

Sin tiempo para el adiós (Galaxia Gutenberg, 2021), en la que estudia los movimientos migratorios y su presencia en la literatura del siglo XX.

Enrique Moradiellos (Oviedo, 1961) es un historiador español, Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura y miembro de la Real Academia de la Historia desde noviembre del año 2020. Se formó bajo la tutela del historiador británico Paul Preston, quien dirigió su tesis *El gobierno británico y la insurrección militar española en 1936*, con la que obtuvo su doctorado en la Universidad de Oviedo en 1989. Desde entonces se ha dedicado a la docencia universitaria y la investigación historiográfica, publicando alrededor de tres decenas de obras que se han convertido en puntos cardinales de consulta para los historiadores. En el año 2017 se le concedió el Premio Nacional de Historia de España, por su obra *Historia mínima de la Guerra Civil española* (Turner, 2016). Su último libro publicado hasta la fecha es *El Holocausto y la España de Franco* (Turner, 2022).

Victoria Prego (Madrid, 1948) es una periodista española que, desde su incorporación a Televisión Española en el año 1974, ha comandado y colaborado en diversos espacios de la radiotelevisión pública. Entre ellos cabe destacar la serie

documental *La Transición*, emitida en trece episodios en el año 1995, en la que trató de dar cobertura histórica al periodo comprendido entre los años 1973 y 1977, que vio cómo España abandonaba la dictadura franquista y se encaminaba a sus primeras elecciones democráticas en más de 40 años. Además de su trabajo en televisión, ha colaborado también en numerosos medios radiofónicos y en prensa escrita, llegando a ser directora adjunta del diario *El Mundo* entre 2005 y 2015. En el año 2018 fue galardonada con el Premio Nacional de Televisión. Su último libro publicado es *Pequeña historia de la Transición* (Espasa, 2021), con ilustraciones de Peridis.

Juan Claudio de Ramón Jacob (Madrid, 1982) Escritor y diplomático. Se licenció en derecho y en filosofía y es Máster en Filosofía Teórica y Práctica por la UNED. Ha trabajado en las embajadas de España en Canadá e Italia. Escribe columnas en *El Mundo* y reseñas en *La Lectura*. Ha colaborado en *El País*, *The Objective*, *Letras Libres*, *Jot Down*, *Claves de Razón Práctica*, *Revista de Occidente* o *Revista de Libros*. En 2018 publicó *Canadiana: Viaje al país de las segundas oportunidades* (Debate). Junto a Aurora Nacarino-Brabo, coordinó *La España de Abel: 40 jóvenes españoles contra el cainismo en el 40 aniversario de la Constitución Española* (Deusto). Del mismo año es su

Diccionario de Lugares Comunes sobre Cataluña (Deusto). Participó en la obra colectiva: *Anatomía del procés: Claves de la mayor crisis de la democracia española* (Debate). Su último libro es *Roma desordenada* (Siruela). Sus trabajos han merecido el VII Premio de Periodismo Político Antonio Fontán y el III Premio de Periodismo David Gistau. Interesado por la historia de las ideas políticas, la teoría de la nación y del estado, e inquieto por el futuro de España y de Europa. Casado y padre de dos, le gusta el cine clásico y el chocolate negro.

Ignacio S. Galán Salmantino, nacido el 30 de septiembre de 1950, casado y padre de cuatro hijos, Ignacio Galán es ingeniero industrial por la Escuela Superior de Ingeniería (ICAI), de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Diplomado en Administración de Empresas y Comercio Exterior por ICADE, de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), y diplomado en Administración General de Empresas y Comercio Exterior por la Escuela de Organización Industrial (EOI) de Madrid. Habla inglés, francés, italiano y portugués. Es presidente de Iberdrola y presidente de las sociedades *subholding* del grupo Iberdrola en el Reino Unido (ScottishPower), en los Estados Unidos (Avangrid, sociedad cotizada en la Bolsa de Nueva York) y en Brasil (Neoenergia). Ha dirigido empresas punteras de los secto-

res industriales y tecnológicos más avanzados en las que ha modificado profundamente el perfil de las mismas, dejando patente su visión de futuro y su capacidad para adelantarse a las nuevas necesidades de los distintos sectores. En 2019 *Harvard Business Review* lo seleccionó entre los cinco mejores CEO del mundo.

José Manuel Sánchez Ron (Madrid, 1949) es un físico e historiador de la ciencia que relevó, en marzo de 2003, al poeta José Hierro en el sillón G de la Real Academia Española. Licenciado en Física por la Universidad Complutense y doctor por la Universidad de Londres, fue profesor titular de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Madrid, hasta que obtuvo su cátedra en Historia de la Ciencia en 1994, también en la UAM. Desde el año 2006 también es académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En 2015 recibió el Premio Nacional de Ensayo, y en 2016 el Premio Julián Marías a la carrera investigadora en Humanidades de la Comunidad de Madrid. Además de colaborar frecuentemente con diversos medios de comunicación como articulista especializado en física e historia de la ciencia, desde 1998 dirige la colección ‘Drakontos’ de la editorial Crítica. Algunas de sus publicaciones más recientes son *El país de los sueños perdidos* (Taurus, 2020), *La vida de la ciencia y la ciencia de la vida*

(Nórdica, 2021), *El poder de la ciencia* (Crítica, 2022) o *Querido Isaac, querido Albert* (Crítica 2023).

José Ignacio Torreblanca (Madrid, 1968) Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, es Profesor de Ciencia Política en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y director de la oficina en Madrid del European Council on Foreign Relations (ECFR). Entre los años 2016 y 2018 fue jefe de Opinión del diario *El País*, al cual había estado vinculado desde 2008. Es también columnista en el diario *El Mundo* y colaborador de RNE. Es autor de los libros *La fragmentación del poder europeo* (Icaria, 2011), *¿Quién gobierna en Europa?* (Los Libros de la Catarata, 2014) y *Asaltar los cielos. Podemos o la política después de la crisis* (Debate, 2015). Más recientemente ha editado, junto a Carla Hobbs, el volumen *La soberanía digital de Europa* (Los Libros de la Catarata, 2020).

*Edición no venal de Zenda, zendalibros.com,
patrocinada por Iberdrola*

El libro que tiene en sus manos, lector, es una reflexión colectiva acerca de la situación actual del proyecto europeo. Políticos, gestores de Europa, en activo y del pasado, diplomáticos, periodistas, profesores, estudiosos, científicos e historiadores han expresado sus puntos de vista acerca del crepúsculo o amanecer del momento de Europa.

Miguel Ángel Aguilar, Miguel Arias Cañete, Juan Luis Arsuaga, Josep Borrell, Ignacio Camacho, Araceli Mangas, Cristina Manzano, César Antonio Molina, Mercedes Monmany, Enrique Moradiellos, Victoria Prego, Juan Claudio de Ramón, Ignacio S. Galán, José Manuel Sánchez Ron y José Ignacio Torreblanca, convocados y prologados por Alfonso Guerra, se han hecho estas preguntas: ¿Atraviesa Europa un otoño declinante que le conduzca a la irrelevancia en el conjunto de las naciones? O, contrariamente, ¿Europa vive una primavera creativa que le fortalece y asegura un puesto clave en el nuevo reparto geopolítico del mundo?

«Tras el duro otoño Europa pasará un tormentoso invierno que habría de desembocar en una acogedora primavera. En manos de los europeos está».

Alfonso Guerra



Europa, ¿otoño o primavera?